MUNDO DE BRUJAS - Nº. 2

ANDRE NORTON

HISTORIA DE UN MUNDO EMBRUJADO

La saga del Mundo de Brujas, de «la gran dama de la fantasía y la ciencia ficción», Andre Norton, continúa en *Historia de un mundo embrujado*.

Tras repeler a los Kolder, la tierra de Estcarp está a salvo, hasta que una repentina desaparición embarca a Simon Tregarth y sus aliados en una aventura para detener el nuevo y enigmático peligro que amenaza su mundo. Desde Karsten, en el sur, hasta los pantanos de Tor, pasando por la impenetrable fortaleza de los Kolder y más allá, Simon deberá luchar para detener de una vez por todas a los invasores de su hogar adoptivo.

Andre Norton

Historia de un mundo embrujado

Mundo de brujas: Estcarp - 2

ePub r1.0
Titivillus 12.05.2023

Título original: *Web of the Witch World*
Andre Norton, 1964
Traducción: Ramiro, 1967
Ilustración de cubierta: Rodney Matthews
Retoque de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo primero

EL DESAFÍO

Aquella noche había habido tormenta, una tormenta impresionante, doblemente sobrecogedora por la implacable furia del viento, que azotaba los vetustos muros haciendo penetrar el agua por las junturas de las ventanas, para discurrir suavemente por el muro interior de la habitación. Pero tanto la violencia del viento como la de la lluvia, habían amainado considerablemente, no quedando más que un suave murmullo desapacible al exterior de South Keep, como consecuencia de los últimos coletazos de la tormenta. Y Simon Tregarth se sintió aliviado por la súbita calma.

No, en realidad no era ésta la causa de su malestar; los hombres de verdad deben luchar y procurar por su propia supervivencia. Pero tendido en su lecho en aquella desapacible madrugada, su malestar era muy distinto. Era algo así como el duermevela de un centinela a la escucha de ruidos extraños, procedentes de un lugar impenetrable a sus ojos.

Un sudor frío corrió por sus sienes, un sudor frío que se deslizaba hasta las mejillas.

Tenue resplandor grisáceo inundaba las sombras de la habitación. En la habitación no había ruidos, pero…

Extendió la mano movido tan sólo por el impulso de su subconsciente. Ni siquiera se dio cuenta de lo que hacía, impelido por un estado emocional, que le parecía extraño y difícil de comprender. No fue más que una llamada instintiva a la autodefensa, y la reacción contra… ¿contra qué? No podía, no llegaba a definir el malestar que le embargaba.

Sus dedos tropezaron con carne tibia, de un tibio sensitivo y atrayente que irradiaba de tersa y suave piel. Se revolvió sobre la almohada. La lamparilla estaba apagada, pero había luz suficiente, aunque mortecina, como para ver a su compañera de lecho. Unos

ojos desmesuradamente abiertos, serenos, pero interrogantes por la creciente ansiedad de Simon, se encontraron con los de éste.

Ella cambió de posición. Jaelithe, que había sido hechicera en Estcarp, y que ahora era su esposa, se sentó repentinamente, con la negra seda de sus cabellos cubriendo sus mejillas y ocultando sus torneados hombros, y con las manos púdicamente plegadas sobre su alto, terso y bien proporcionado pecho. No volvió a mirar a Simon, pero auscultó con mirada inquieta cada uno de los rincones de la habitación que, alzados los tules que rodeaban el lecho para que la brisa de la calurosa noche estival llegara hasta ellos, se abrían ante sus ojos.

Una extraña sensación de desacostumbrada familiaridad martilleaba en la mente de Simon, una y otra vez. En ocasiones, el presente era para él un sueño, un sueño amazacotado, podrido e ilusorio, que le embargaba cuando pensaba en el pasado. Otras veces, era el pasado el que no formaba parte de él. ¿Qué era él? Simon Tregarth, un ex oficial de la Armada, un criminal que había escapado de la venganza de la ley lobezna y ansiosa de apoderarse de él, un hombre que había conseguido atravesar el último escalón de la libertad perfecta, saliendo, tal como se dice en este demoníaco mundo, por la puerta grande. Jorge Petronius era quien había abierto esta puerta para él, puerta que desembocaba en un sillón de antiguos sillares pétreos, y que estaba al alcance de cualquier hombre que osara sentarse en él para forjar un nuevo mundo, un hombre cuya inteligencia y medios de comprender la vida, le hicieran sentirse como en su propia casa. Eso era Simon Tregarth.

Era otro ahora, en el South Keep de Estcarp, otro, llamado March Warder, jurado al servicio de las Mujeres del Poder; había tomado por esposa a una de las temidas hechiceras de la tierra de Estcarp. Y éstos eran unos tiempos en que el presente anulaba al pasado. El recuerdo de todas estas cosas era como el ardor producido por una aguda lanza que le estuviera atravesando su carne, haciéndole olvidarse de sí mismo y de lo que estaba haciendo allí. Se incorporó con la misma rapidez que antes lo hiciera Jaelithe, y al sentarse sus hombros quedaron rozando a los de su mujer, y en su mano apareció un revólver de dardos. Pero al mismo tiempo que Simon sacó el arma de debajo de la almohada, reconoció la insensatez de su comportamiento. No era una llamada a la lucha lo

que había sentido, sino el eco de clarín mucho más sutil y más lejano, y en cierto modo más terrorífico.

—Simon… —dijo Jaelithe con voz temblorosa, y en tono más alto e inseguro que el normal.

—¡Ya lo sé! —él comenzaba a saltar del amplio lecho, y sus pies se posaron sobre la tarima, que elevaba el lecho nupcial por encima del nivel de la habitación. Fue tanteando unos instantes, hasta encontrar sus vestiduras en la silla donde las había dejado cerca del estrado.

En alguna parte —bien sea en el centro de South Keep, o en sus alrededores— ocurría algo desagradable. Todas las posibilidades que podía imaginar como causantes de su estado anímico, pasaron en pocos instantes por su mente. ¿Sería un asalto por mar desde Karsten? Estaba seguro de que nada podría ganar del duchado, a través de las montañas, máxime cuando toda la extensión de tierras estaba patrullada por los Falconers de las alturas, reforzados por sus propias compañías de Borderers. ¿O sería quizás un intento de ruptura por mar de las fuerzas defensivas, desde Alizon? Durante meses había habido un constante malestar por aquellas zonas. Ó bien…

Las manos de Simón se mostraban reposadas y serenas, mientras se ponía las botas, o después al abrocharse el cinturón, pero su respiración se agitó bastante al pensar en la tercera y peor de las posibilidades: la de que Kolder no hubiese sido aplastado, de que el demonio, ajeno a este mundo del mismo modo que le era ajeno a él, hubiese removido, hurgado y arañado, hasta acercarse más a ellos.

Durante los meses transcurridos desde que los enemigos habían caído sobre ellos, y habían sido repelidos, desde que la invasión de Kolder sobre la isla de Gorm había sido desbaratada, y el levantamiento de sus seguidores en Karsten había fracasado, todo marchó normalmente. Nada ni nadie soliviantaba los ánimos desde el oscuro rincón de Ile, aunque ninguna de las fuerzas de Estcarp podría romper y atravesar aquel racimo de torres que se cerraban unas junto a otras en defensa de un ataque por mar o por tierra. Simón, en aquellos momentos, no creyó que la derrota de Gorm hubiese acabado con la amenaza de Kolder. Y esto no se conseguiría hasta que las fuerzas enemigas no se vieran reducidas a sus reductos, y éstos ser aplastados como un nido de víboras con las

víboras dentro. Pero para conseguir esto tendría antes que ocurrir que las fuerzas enemigas se situaran de tal forma que pudieran ser atacadas sin riesgo para las suyas.

Quedó a la expectativa, pero no sólo con aquel sentido que no hubiera sabido definir, y que antes le advirtiera sacándole de sus sueños, sino también escuchando la alarma que las campanas habían empezado a extender por los alrededores, desde la torre superior. A los Borderers, encargados de esta vigilancia, no se les podía coger desprevenidos. ¡La alarma sonaba con desespero, filtrando a través de los viejos muros de piedra!

—¡Simon! —Su nombre sonó de un modo tan agudo e imperativo, que se volvió con toda rapidez, con el arma empuñada otra vez.

En la penumbra de la habitación, el rostro de Jaelithe mostró su palidez, y mostraba los labios pegados contra los dientes, de un modo poco natural en ella. Quizás era el temor lo que encendía sus ojos. Cuando pocos minutos antes saltara del lecho, se había cubierto su desnudo cuerpo, con una tenue túnica de color rojo vivo, que ahora sostenía negligentemente sobre sí con una mano. No había metido los brazos por dentro de las amplias mangas, y la túnica arrastraba ligeramente por el suelo, al acercarse, con la suavidad y seguro paso de un sonámbulo, hacia él. Pero estaba despierta, muy despierta, y no era el temor lo que la agitaba.

—Simon… yo… yo aún puedo…

Esto le sacó de su ensimismamiento, le produjo una reacción mucho mayor de la que le hubiera producido cualquier otro acicate. ¿Tanto había significado eso para ella? Eso le demostraba que ella se sentía minimizada, postergada, disminuida por lo que había habido entre ellos. Y otra parte de Simon, menos dañada por la emoción, se alzó para defenderla. La hechicería había sido su vida. Igual que todas sus hermanas de hechizo se había sentido orgullosa de sus atribuciones; pero de pronto se había separado voluntariamente de ellas, al menos así lo pensó, viniendo junto a él, y creyendo que con la unión de sus cuerpos no perdería todo lo que tanto había significado para ella. Y lo que Simon pensó en segundo término tenía mucho más fundamento que su primer pensamiento.

Simon extendió la mano, aunque su verdadero deseo era rodearla completamente entre sus brazos.

Y la felicidad que ella sentía en aquellos momentos emanaba de cada una de las partes de su cuerpo, como si un fuego interior se hubiera encendido dentro de su piel, de sus huesos, de su carne. Aquel fuego, aquel contacto tibio y suave, enardecía a Simon haciéndole estremecer, al mismo tiempo que el lazo de sus manos se estrechaba más y más, a medida que los dedos de ambos se apretaban con fuerza.

—¿Cómo…? —empezó a hablar él.

Pero ella le interrumpió.

—¡Aún está en mí! ¡Aún! ¡Oh, Simon, no sólo soy una mujer, sino también una hechicera!

La otra mano de Jaelithe descendió para recoger la túnica, replegándola a sus pies. Se llevó después su blanca mano al pecho, buscando algo que hacía tiempo que no llevaba: la joya de hechicera, de la que se había desprovisto desde el primer momento de su matrimonio.

Su semblante se ensombreció un tanto al comprobar que ya no poseía el objeto que le podría ser de utilidad en aquel momento que la energía, la extraña sensación de poder, la embargaba. De repente, con la misma rapidez que en otros tiempos tuviera para entrar en acción, deshizo el lazo que le unía a Simon, y se mantuvo erguida, con la cabeza alzada, como si ella también estuviera escuchando.

—La alarma general de batalla todavía no ha sonado —dijo Simon cruzando la túnica de Jaelithe para protegerla del fresco matinal.

—No creo que sea un ataque, pero algo ocurre.

—Sí, pero ¿dónde?, y ¿qué?

Ella continuaba en actitud de escucha, pero Simon, en esta ocasión, comprendió que ella no oía, pero que sin embargo detectaba algunas ondas que llegaban hasta su mente. Él también se sintió invadido por aquella incertidumbre que cada vez se hacía más creciente y que le empujaba a la acción. ¿Pero qué clase de acción, dónde, contra quién o contra qué?

—¡Loyse! —Un susurro. Jaelithe dio media vuelta y fue hacia el lugar donde guardaba sus vestidos. Se vistió con más rapidez todavía de lo que lo hiciera Simon, pero no con las ropas que usaba habitualmente en casa. Lo que buscó con más ansiedad era el suave cuero que, puesto bajo la cadena de malla, se había convertido en el

aditamento tradicional de quienes se aprestaban a la lucha y al asalto.

¿Loyse? Simon no estaba muy seguro, pero aceptaba sus palabras incuestionablemente. Había cuatro de ellos, disparatadamente distintos, que luchaban por la libertad de Estcarp, por su propia libertad y liberación del demonio que Kolder había sembrado con tanta prodigalidad en lo que otros tiempos fue un mundo de ensueño. Simon Tregarth, el extranjero de otro mundo; Jaelithe, la Hechicera de Estcarp; Koris, exiliado de Gorm, posteriormente a su hundimiento en las tinieblas, Capitán de la Guardia y Senescal y Mariscal de Estcarp; y Loyse, la Heredera de Verlaine, un castillo de Lores a la deriva sobre la costa. Pretendiendo casarse Ivian de Karsten con ella, había hecho salir a Jaelithe de Verlaine. Loyse con atuendos guerreros, espada y escudo, se había unido al ataque sobre Gorm. Y en la ciudadela de Sippar había brindado su ayuda a Koris. Loyse, muchacha pálida, diminuta y bien proporcionada, era un contumaz guerrero, fuerte y valiente como el que más. ¡Y todo aquello significaba un gran peligro para Loyse!

—¡Pero ella está en Es Castle…! Y ése es un punto vital, si es que el enemigo se ha atrevido a atacar por allí.

—¡No! —respondió Jaelithe, mostrándose positiva una vez más —. Es en el mar… ¡lo que ocurre es en el mar!

—¿Koris?

—No lo creo. No creo que él se halle metido en esto. ¡Si tuviera mi joya! —Se esforzaba por ponerse las botas de montar—. Es algo así como si tratara de descifrar un sueño difuminado. Veo la situación, pero nada está claro. Pero Loyse está en peligro y el mar forma parte de él.

—¿Kolder? —Simon puso en sus palabras el más profundo temor.

—No. No tiene la blancura de los muros de Kolder. ¡Pero necesitan ayuda urgentemente! Tenemos que cabalgar, Simon, al oeste y al sur.

Miró hacia un lado y sus ojos se fijaron sobre el muro, como si realmente pudiese ver a través de él el lugar donde se fijaban sus ideas.

—Pues iremos —accedió él.

Las habitaciones circundantes a la de ellos estaban en silencio. Pero en el mismo momento en que salían hacia el exterior oyeron el ruido característico del cambio de la guardia. Simon gritó:

—¡Que se desplieguen los Riders!

Sus palabras tuvieron la resonancia de un eco, pero el mismo eco se vio transformado en exclamaciones procedentes de los patios inferiores. Antes de que Simon y Jaelithe se hallaran a medio camino de su descenso por las escaleras, Simon oyó las voces y atenciones de alerta.

La guarnición estaba bien preparada para ataques o defensas repentinos. Durante toda la primavera y el verano la alarma había sonado una y otra vez hasta conseguir que los Borderers no descansaran prácticamente ni un solo momento. Aquellos que eran considerados como la fuerza de choque que mandaba Simon, eran reclutados de la Old Race. Sacados de Karsten cuando Kolder dio la orden de masacre, tenían muchos motivos para odiar a los asesinos y usurpadores que se habían apoderado de sus tierras, y que ahora se convertían en defensores de Estcarp, que había sido la última morada de aquella raza de pelo negro y negros ojos, y que llevaban en ellos la herencia de su antigua sangre, y cuyas mujeres habían ejercido un poder hechicero y cuyos hombres no eran más que un compungido avispero de luchadores.

—¡No tenemos una pista cierta, señor…!

Era Ingvald quien hablaba, el segundo en el mando de las tropas de Simon, y cuya autoridad le venía de los viejos tiempos en que lucharon, cabalgaron y volvieron a luchar sobre los campos de aquellas tierras. Ingvald le estaba esperando en el patio. Fue Jaelithe quien habló:

—Un grupo de hombres, capitán.

Los ojos diminutos del Karstenian se abrieron de par en par al mirarla. Pero no hizo ninguna objeción.

—¿Acaso nos atacan?

—No. Algo ocurre al oeste y al sur —respondió Simon—. Nosotros cabalgaremos a toda velocidad con media tropa. Tú te quedarás aquí al mando de la otra mitad.

Ingvald dudó por unos momentos, como si quisiera mostrar su desacuerdo por las órdenes recibidas, pero no dijo otra cosa que:

—La compañía de Durstan tenía hoy como misión el despliegue

y la inspección de las colinas y. están prestos para cabalgar.

—Muy bien.

Una de las sirvientas vino corriendo tras ellos, llevando en sus manos una bandeja llena de rodajas de pan de aquel mismo día, y humeantes tajadas de carne. Tras ella, un ayudante de la cocina llenaba jarras a toda prisa para apaciguar la sed de los presurosos comensales. Jaelithe y Simon comieron de pie, mientras observaban el desenvolvimiento y preparación de la tropa, que aprestaba sus armas y se disponía a salir.

—¡Ella sabe en estos momentos nuestra situación! ¡Si tuviera mi joya de hechicera, podríamos obligarla a que se metiera en otros asuntos!

Simon se sobresaltó. De modo que Jaelithe, incluso sin contar con el poder de su joya, se había comunicado con la joven hechicera que era su enlace en el alto mando de Estcarp. La advertencia ya debía estar en camino del Consejo de Guardias. Sin embargo, Jaelithe, por su parte, tenía que ponerse en contacto y enterarse de cómo se desarrollaban las cosas mientras cabalgaban.

Simon empezó a pensar en los accidentes del terreno de este a sur, montañas, altiplanicies cortadas a pico, y el mar al oeste. Había uno o dos pequeños centros urbanos, cuya misión específica era el mercado, pero sin embargo no había ningún refugio o castillo. Había también algunos puntos de guardia temporales, pero eran demasiado pequeños, demasiado distantes del verdadero territorio de Estcarp.

Los faros de las colinas transmitían sus dictados. Pero allí no había ningún faro encendido.

—¿Qué hacía allí Loyse? ¿Por qué había avanzado desde Es Castle y se había metido en aquella encrucijada salvaje?

—Es una trampa —dijo Jaelithe leyendo sus propios pensamientos—. Aunque no te sabría decir en qué consiste la trampa. Pero el propósito creo que es…

—¡El traslado de Ivian! —Era la respuesta más lógica a cualquier acto contra la Heredera de Verlaine. Según las leyes de Karsten, ella era la esposa de Ivian, a través del cual podía aspirar a Verlaine, si bien él no había puesto nunca los ojos sobre Loyse ni ella en él. Ivian, el mercenario que había conseguido el poder por las armas, se hallaba frente por frente a la antigua nobleza. Ivian tendría que

responder por su hostilidad, pues de otro modo su trono ducal se derrumbaría sobre él.

Y Loyse pertenecía a la antigua estirpe; podía aspirar a los derechos de soberanía, al menos por tres distintas y poderosas organizaciones. Haciendo uso de ella para sus planes ambiciosos, Ivian podría llevar a cabo, con tacto y habilidad, los más disparatados proyectos. En primer lugar tenía que restaurar inmediatamente el poderío de Karsten. Aunque Simon sabía que Estcarp no tenía ninguna intención en llevar la guerra más allá de sus fronteras, excepto en lo que a Kolder se refería, Ivian no pensaba del mismo modo.

El duque de Karsten no debía descansar muy tranquilamente, sabiendo que su masacre sobre Old Race habría provocado razón suficiente como para centrar la venganza de las hechiceras sobre él. Y en ningún momento hubiera confiado en que ellas no intentaran atacarle. Sí, Loyse era un arma y un útil del que se servía Ivian a manos llenas.

Salieron de la guarnición a un trote vivo, con Jaelithe y Simon callados, sumidos en sus pensamientos, y a la cabeza de los veinte hombres de Durstan, formando una aguerrida escuadra de luchadores avezados tras ellos. El camino que habían emprendido se dirigía hacia la costa, que se hallaba a unas cuatro horas de marcha.

La tropa atravesó, al mismo paso que antes iniciaran, Romsgarth, punto central de reunión de los granjeros de las colinas. Pero puesto que aquel día no era de mercado, el paso de la patrulla despertó el interés de los campesinos y ciudadanos. Simon vio cómo Durstan saludaba con la mano a uno de los guardias de la ciudad, y pudo constatar que su paso por allí dejaría una aureola de expectación.

Algunas leguas más allá de Romsgarth, Jaelithe alzó la mano para que la patrulla se detuviera. Cabalgaba con la cabeza desnuda, y el escudo balanceándose en el cuerno de la silla. Miró en ambas direcciones, a derecha e izquierda, como si olfatease el peligro. Pero Simon ya había encontrado las huellas.

—¡Aquí! —La sensación de peligro que le había invadido al despertar aquella mañana, se convirtió en algo infalible. Las huellas se dirigían hacia el sur por el camino principal. Cruzado en el camino, un tronco, y sobre el tronco frescas heridas abiertas en la

corteza. Uno de los guerreros desmontó para inspeccionar.

—¡Huellas de cascos, recientes…!

—¡Hay que infiltrarse! —ordenó Simon.

Se desplegaron con el fin de no hacer uso de la arteria cerrada por el enorme tronco, pero se fueron abriendo camino entre la maleza y los árboles. Jaelithe se previno con el escudo.

—¡Hay que darse prisa!

Atravesaban un terreno propicio para las emboscadas; el lanzarse a un ataque hubiese sido una idea alocada. Pero Simon accedió. Lo que les había llevado allí era el riesgo y la posibilidad de afrontarlo. Jaelithe apretó con todas sus fuerzas los talones contra su montura, saltó el árbol caído y se lanzó en loca carrera sobre la vertiente del sendero, mientras Simon se esforzaba por ponerse a su altura de nuevo. A cualquier observador le hubiese dado la impresión de que estaban solos, puesto que sus hombres quedaban repartidos entre uno y otro lado del camino.

El viento que azotaba sus rostros llevaba el perfume del mar. Cabalgaban directamente hacia una ensenada. ¿Había un barco allí, haciendo una pequeña escala, para proseguir su ruta hacia Karsten? ¿Qué le habría metido a Loyse en tal peligro? Hubiera querido tener allí a los Falconers y sus pájaros amaestrados, para que espiaran lo que ocurría en la distancia.

Simon oía el avance rastreado de sus hombres entre la espesura. Su montura alzó la cabeza e hizo ademán de detenerse, pero Simon la obligó a seguir adelante, hasta que llegaron a un claro donde se abría el inmenso horizonte del mar ante ellos. Más adelante, dos caballos con las sillas vacías, pastaban tranquilamente. Y adentrado en el mar, un barco, con las velas suavemente acariciadas por el viento, y lejos de su alcance.

Jaelithe desmontó y fue corriendo por un sendero irregular hacia la playa, seguida de Simon, que se quedó mirando fijamente a la mujer en cuanto estuvieron uno junto al otro. El rostro de Jaelithe mostraba tranquilidad, pero sus manos se apretaban con fuerza entre sí, tratando de disimular la ira. Para Simon, en aquellos momentos era una mujer desconocida.

—¿Quién?

Jaelithe frunció el ceño.

—La he visto. Estaba al otro lado de las montañas. Se llamaba…

—en algún rincón de su memoria encontró un nombre olvidado que le hizo iluminar el rostro—. Se llamaba Berthora, y en una ocasión vivió en Kars.

—¡Señor!

Simon miró hacia donde uno de los de la tropa se entretenía mirando con interés, hasta tal extremo que despertó el suyo. Se acercó y vio una lanza clavada profundamente en el suelo, orgullosamente erguida y desafiante, y en el extremo superior llevaba un guante de malla. Simon no necesitó palabras de explicación. Karsten había estado allí y se había ido, y había querido dejar constancia de su incursión en aquellas tierras. Ivian había declarado la guerra abierta. Simon arrancó aquel signo de desafío del suelo y lo tiró lejos con rabia.

Capítulo II
ASALTO EN LAS FRONTERAS

Los rayos de luz se centraban sobre el resplandeciente objeto que en medio de la mesa parecía tener vida propia. Y sin embargo no era más que un guante, un guante cuya parte inferior tenía e] cuero teñido por el sudor, y por el dorso era de malla.

—Se fue hace dos días, pero no sabemos por qué —decía una voz fría, de la que había desaparecido toda modulación de camaradería y cordialidad Koris de Gorm se hallaba en un extremo de la mesa inclinado hacia delante, y apretando con tal fuerza en su mano el hacha de guerra, que los nudillos se mostraban rígidos y pálidos por la tensión—. ¡La víspera, la víspera me di cuenta! ¿Pero qué demonios tenía ella que hacer aquí?

—Eso fue obra de Karsten, y el porqué, podremos averiguarlo —respondió Simon.

Pensó que no era el porqué, sino los porqués, lo que tendrían que averiguar, y encontrando su mirada con la de Jaelithe, se dio cuenta de que ella compartía su misma opinión. Con Koris tan emocionalmente envuelto en este rapto, podría desequilibrarse la delicada balanza de la defensa de Estcarp. Ni los mismos poderes hechiceros podrían evitar que el joven Senescal se fuese tras el rastro de Loyse, y obraría así, si no se conseguía al menos serenarle y hacerle volver a razonar.

—¡Éste será el final de Kars! —el tono de voz demostraba convencimiento y resolución.

—¿Así, simplemente? ¿Por qué lo digamos nosotros? —respondió Simon con cierta burla. Si Koris daba media vuelta y se disponía a ir hacia la frontera, con las fuerzas que pudiera reunir a toda prisa, sería la estupidez más grande que Simon hubiera visto en toda su vida—. Sí, éste será el final de Kars, debe serlo, pero hay que planearlo y estudiarlo detenidamente, no podemos atacar sin

pensar en las consecuencias.

—Koris… —la mano de dedos largos de Jaelithe se alzó para salir a la luz, que hasta aquel momento sólo parecía converger en el guante de desafío de Ivian—. Koris, no desprecies ni pongas en evidencia el valor de Loyse.

Con estas palabras ella había captado su atención, cosa que hasta aquel momento no había conseguido Simon.

—¿Poner en duda su valor?

—Recuerda a Briant. No olvides esos dos nombres, Koris.

Briant y Loyse…, una vez más tenía razón su esposa hechicera; Simon sabía encomiar lo que era encomiable. Loyse había cabalgado tras escudo blanco, bajo el nombre mercenario de Briant, había vivido con Jaelithe en Kars, y siempre vigilante en las mismas entrañas del enemigo. Y bajo la apariencia de Briant, no solamente ganó la libertad de Verlaine, sino que llevó a la cautiva Jaelithe con ella, en el comienzo de su aventura, cuando todo el poder del castillo y de su señor se habían vuelto contra ella. Loyse, que era también Briant, no era una muchacha sin recursos, sino que tenía inteligencia, voluntad y astucia suficientes para defenderse por sí misma.

—¡Ella es de Ivian, según sus retorcidas leyes!

Koris, al decir esto, alzó el hacha y describió un arco que brilló intensamente al reflejo de la luz.

—No, ella no pertenece más que a sí misma, mientras no sea otra su voluntad, Koris. Qué clase de estratagema fue la que hizo que cayera entre las manos de Ivian, no lo comprendo. Pero de ahí a que pueda apoderarse de ella, lo dudo. Sin embargo, piensa en esto, mi orgulloso capitán, si vas hasta Kars, como es tu deseo, ella, inmediatamente, no será más que un arma más para Ivian. La marca de Kolderaun está ahí… ¿y vas a permitir que la usen a ella contra ti mismo?

El rostro de Koris se volvió hacia ella, y alzó la vista para, debido a su escasa estatura, encontrarse con los ojos de Jaelithe. Tenía sus enormes espaldas un poco arqueadas, de modo que en aquellos momentos recordaba más bien a un animal poseído de un veneno mortífero.

—Pues yo no la dejaré allí —dijo con ira.

—Ni nosotros tampoco —accedió Simon—.

Pero ten en cuenta que a estas horas ellos están esperando nuestra reacción, para que caigamos en la trampa que nos habrán tendido.

El rostro de Koris se iluminó por la sorpresa.

—Entonces… ¿qué es lo que vamos a hacer? ¿Dejarla que se libere por sí misma? Ella poseía gran valor, mi señora, pero no es una hechicera. Ella no puede luchar contra tantos, y emprender una batalla por sí sola.

Simon esperaba esta reacción. Afortunadamente, Simon había disfrutado de unas cuantas horas, antes de que Koris y sus guardias llegaran corriendo a la guarnición, para poder hacer sus planes. Extendió un mapa apergaminado sobre la mesa, y al lado del hacha de Koris, que éste continuaba empuñando, pero que ahora reposaba sobre la mesa.

—No iremos directamente a Kars. No podríamos llegar a esa ciudad sin una armada completa, y aun así tendríamos que luchar durante todo el camino. Nuestra caravana entrará en la ciudad por la propia invitación de Ivian.

—¡Y entraremos tras la amenaza de la guerra! —su hostilidad empezaba a disiparse, a medida que iba comprendiendo el punto de vista de Simon.

—Iremos hasta aquí… —decía Simon señalando en el mapa.

Allí había un peligro. Había estado pensando en tal operación durante algunas semanas, pero llegó a la conclusión de que las posibilidades le favorecían, y había que arriesgarse. Ahora que necesitaban sublevarse contra Karsten, era lo mejor que podían pensar.

Koris estudió el mapa.

—¡Verlaine! —Miró el punto y luego a Simon.

—Ivian quiere apoderarse de Verlaine, lo ha querido desde un principio, y esa fue en parte la razón por la que se casó con Loyse. No solamente son sus tesoros lo que le atraen —recuerda que sus hombres son mercenarios, y hay que pagarles tanto haya lucha y botines como no los haya—, sino también porque ese castillo puede servirle de guarnición desde donde poder operar contra nosotros.

Y ahora, cuando ya habían dejado exhaustas las provisiones de Old Race, de las que se habían apoderado por la fuerza, les era mucho más necesario Verlaine. Fulk ha sido muy listo, no

aventurándose a entrar en el territorio de Ivian. Pero supongamos que él…

—¡Cambiar a Verlaine por Loyse! ¿Es a eso a lo que te refieres, verdad, señor? —el hermoso rostro de Koris reflejaba la preocupación.

—Quiero decir que nuestra misión tendría que ser hacer creer a Ivian que iba a apoderarse de Verlaine con toda facilidad —Simon fue ensamblando las ideas que le bullían en el cerebro. Koris le escuchaba con toda atención mientras hablaba, y estaba totalmente concentrado buscando algún fallo, algún punto no muy claro que denotara debilidad de estrategia. Pero no interrumpió las explicaciones y Simon continuó haciendo una exposición de los hechos más sobresalientes de que tenía noticia a través de sus Falconers.

—Desembarcarán en un acantilado. Bien es verdad que Fulk mantendrá una guardia en el castillo, pero no vigilarán los pasadizos y pasillos de su propio castillo que ni siquiera él conoce. Sólo Loyse y mi señora los conocían. Un grupo que vendrá desde las montañas no tendrá dificultades para me terse allí, y el corazón de la guarnición será nuestro. Podremos llevarlo a efecto mientras los otros van en busca de botines.

—Pero eso costará mucho tiempo, y un ataque muy violento y arriesgado, escogiendo un día propicio, y nos hará falta suerte —pero Simon sabía que las objeciones que ponía Koris no eran suficientemente fundadas, aparte de que ni el mismo Koris las veía tal como las expresaba. El Senescal accedería a sus planes; el peligro de un ataque en territorio enemigo había pasado, al menos mientras Koris pudiera estar ocupado en Verlaine.

—En lo que a tiempo se refiere —dijo Simon envolviendo nuevamente el mapa—, hemos estado preparándonos para esto durante varios días. He enviado un mensaje a los Falconers, y ellos ya han realizado diversas incursiones. Hay exploradores Borderers que conocen palmo a palmo el territorio, y los Sulsar tripularán una de las naves de la bahía Sippar. Con velas nuevas, podrá navegar a la perfección, dando desde fuera la impresión de ir bastante cargado, gracias a los tanques de agua, pudiendo llevar también mercancía típica de Alizon. En cuanto a una tormenta…

Jaelithe se puso a reír:

—¡Ah, la tormenta! ¿Olvidas que el viento y las olas son vasallos nuestros, Simon? Yo misma me ocuparé del viento y las olas cuando llegue el momento.

—¿Pero…? —Koris la miró de nuevo de un modo inquisitivo.

—¿Acaso me consideras impotente, Koris? ¡Pues te aseguro que todavía guardo en mí el poder suficiente como para llevar a efecto cosas sorprendentes —su voz mostró orgullo y convencimiento de sus facultades—. Espera que pueda tener mi joya de nuevo y te podré dar prueba de cuanto digo. De modo, Simon, que mientras tú te vas a la frontera para tejer tu tela de araña sobre Fulk, yo correré hacia Es Castle para recuperar lo que por derecho debe estar de nuevo conmigo.

Simon asintió, pero una sombra de pena corrió una vez más por sus venas. Ella se había separado de la joya por él, y al parecer lo hizo con alegría y contento. Era ahora cuando se daba cuenta de que no había podido olvidar lo que en un momento creyó que había perdido para siempre, y se dio cuenta de que el sacrificio no había sido tal sacrificio, y de que con todo aquello había vuelto a pone el viejo recuerdo, por delante de los más íntimos sentimientos que ella le revelara a él. Y entre ellos había de nuevo las sombras de la separación. El desánimo creció en Simon como consecuencia de su temor. ¿La separación que habría entre ellos, se haría quizá más fuerte, hasta convertirse incluso en un muro infranqueable? Simon prefirió apartar de sí tales pensamientos; ahora en lo que había que pensar era en Verlaine.

Simon mandó convocar a todos sus hombres, pero no quiso que se hiciera tal llamada con el faro de la colina, lo cual podrían advertir los espías Kars tenían desde las alturas, sino que lo hizo enviando hechiceras donde fuera posible, o mandando un simple correo a caballo donde no hubiera la primera posibilidad. Las guarniciones de las colinas estaban muy diseminadas y formadas por pequeños grupos, aquí cinco hombres, allá diez o doce. Los hombres que cabalgaban en estas misiones lo hacían de una montaña a la otra, y de ésta a una tercera, como simples patrullas de control, siempre a la espera de otras instrucciones.

Koris negoció con Anner Osberic cuyos mercaderes de Sulcar se habían instalado en Es Port, puesto que había perdido su guarnición en la costa. Hubo ciertas escaramuzas para apoderarse de Gorm y

hacer de ella una base. Pero como los hombres rehuían aquella isla trágica en la bahía, con su ciudad encantada de Sippar, donde la ciudadela abandonada por los Kolder estaba cercana, controlando el movimiento de entrada y salida, por los Guardianes de Escarp, para que cuantos conocimientos tuviera el enemigo de aquel país extraño no pudieran ser usados con malos fines. El padre de Osberic había muerto en Sucarkeep, y el odio que sentía por Kolder era enorme. Y si no podía controlar las tormentas, de lo que Kolder era capaz, sin embargo se atrevía a desafiarlas. Y tanto él como sus hombres no podían otra cosa que entrar pronto en acción contra el enemigo. Este juego peligroso, con un castillo semiderruido como cebo, les gustaría en grado sumo.

El plan estaba en pleno desarrollo y todo cuanto necesitaba era tiempo. Simon se había tumbado sobre un peldaño de la escalinata de piedra. El día era gris, pero la niebla no era tan intensa como para impedirle ver los altos muros que le rodeaban y las torres de Verla en la distancia.

El cielo gris, el aire plomizo, anunciaban la tormenta. Pero necesitaban que la furia, la fuerza de la tormenta controlada, hiciera sus efectos en tiempo previsto. Simon se puso en pie y con unas lentes de cuarzo transparente comenzó a otear el horizonte, e inspeccionar el terreno, pero sus pensamientos tomaron otros rumbos. Jaelithe se había ido a Es Castle y los guardianes se mostraban gozosos y vibrantes al saber que las atribuciones de hechicera no se habían hecho impotentes en ella. Pero desde entonces, ni una sola palabra procedente del norte que trajera noticias suyas, y ni siquiera un pequeño contacto mental en la distancia, para que tal contacto sirviera de lazo entre ellos. Casi le parecía un sueño las dos semanas pasadas en South Keep, y no comprendía, puesto que nunca los había experimentado, que dentro de él hubiera tal cantidad de deseos, deseos que se habían mitigado con el suave terciopelo de la carne de Jaelithe entre sus brazos; ahora Simon conocía un sitio que estaba más allá de la Tierra y de las Estrellas, más allá de sí mismo, si aquel sitio lo compartía con otra persona.

Había poco tiempo que perder. Esta noche, pensó Simon, volviendo a colocar las lentes de cuarzo transparente en la funda del cinturón, esta noche tenía que hacer un reconocimiento. Antes

de que Jaelithe se fuera, le había dejado el secreto de los caminos subterráneos en su mente. La noche anterior, él, Ingvald y Durstan habían descendido a la cueva que era el comienzo del pasadizo, y habían contemplado con cierta desgana el antiguo altar que muchos años antes había sido erigido en loor de los dioses. Ahora el altar se cubría con el polvo de los restos de quienes le habían hecho levantar. Notaron un algo extraño que pendía en el aire, y que les impresionaba de tal modo, que Simon tuvo que imponer el control de acero sobre su cuerpo tembloroso. Más de una clase distinta de poder había sido usado en este sombrío continente de un viejo, viejo mundo.

Descendió los escalones y se dirigió a un pequeño grupo donde tres Borderers exploradores, y un Falconers estaban sentados con las piernas cruzadas unas sobre otras, como si quisieran calentarse entre ellos con un fuego que no osaban encender.

—¿No hay noticias?

Una pregunta estúpida, pensó Simon, en el momento de formularla. Ya lo hubiera sabido, en el caso de que ella se acercara. Pero un joven, vestido con cuero y malla, atuendo de las fuerzas de exploración, se acercó suavemente hasta sus pies para responder:

—Un mensaje del Senescal, señor. El capitán Osberic tiene el barco a punto. La libertará a ella cuando reciba una señal, pero que no sabe cuanto tiempo se verá favorecido por el viento.

Tiempo… Simon quiso auscultar el espacio para darse cuenta de lo que el viento tardaría en amainar, pero no sabía nada del mar. Si Jaelithe no volvía, entonces tendrían que ir igualmente y afrontar el enorme peligro inherente de una verdadera tormenta, sin ayuda de hechicerismos. Tendría que ser esta noche, o mañana a lo sumo.

Se oyó el silbido de un pájaro. Todos quedaron a la expectativa y Uncar se adelantó para recoger su bicho amaestrado que se posó sobre su puño.

—El Senescal que viene —explicó Uncar.

Simon no había comprendido nunca los lazos que pudieran unir a los hombres con los pájaros, pero sabía desde hacía mucho tiempo que tales mensajes eran convincentes y bastante completos, y que el especializado grupo de los Falconers, era mucho más efectivo que cualquier exploración humana. Koris estaba al acecho, y por esta vez Simon tuvo que convenir con los demás que urgía ponerse en

movimiento. ¿Pero dónde estaba Jaelithe?

A pesar de su cuerpo desgalichado, Koris se movía con la soltura y la experiencia de un luchador. El hacha que había arrebatado de la mano del legendario Volt, en la tumba escondida de los pájaros de los Dioses, estaba guardada en el saco de su montura, pero sin embargo llevaba el escudo alado y todos los demás accesorios propios para emprender la batalla. Aquel hermoso rostro masculino contrastaba sobremanera con las deficiencias estéticas de su cuerpo.

—¡Esta noche nos vamos! Anner dice que el viento y las olas nos favorecen. Y que más adelante no sabe si podremos tener esta ventaja. —Dudó un momento y añadió en voz baja—. No hay noticias procedentes del norte.

—De acuerdo. Da la señal, Waldis. Al oscurecer, en marcha.

El muchacho desapareció entre las rocas, con la rapidez de una flecha. Por el rostro de Uncar, con un casco en forma de cabeza de pájaro, se veía correr el sudor a través de una de las rendijas.

—Pronto habrá lluvia. Eso nos favorecerá mucho más. Al oscurecer, March Warder… Con su pájaro sobre la muñeca siguió a Waldis para poner al corriente a sus hombres.

No había una verdadera puesta de sol. Las nubes eran demasiado densas. Y la acción de las olas era mucho mayor. Pronto Osberic pondría en movimiento su barco hacia el lugar desde donde había de servir de reclamo para los enemigos. Habría tres puntos de observación, dos en los arrecifes, y uno en el centro de la torre; todo se llevaría a cabo en el momento en que las condiciones atmosféricas fuesen peores. Los de los arrecifes no tenían por qué ser tan temidos, pero había que tener presente que el puesto de centinela desde lo alto de la torre, divisaba todos los campos, a través de los cuales tenían que avanzar los atacantes. Y aunque lo habían preparado todo con el máximo cuidado, Simon estaba preocupado. La lluvia les daría protección.

Pero los vientos de la tormenta llegaron antes que la lluvia. Hubo un súbito resplandor y Simon oyó a Koris que lanzaba una exclamación.

La hoja del hacha de Volt brilló con la luz, y Simon sintió una rara sensación que le llenó de temor.

—¡La batalla de la luz! —gritó sarcástico Koris—. ¡Gracias Volt, por el favor que nos prestas.

—Hay que salir de aquí —ordenó Simon—. No sabemos lo que nos puede acarrear el brillo del hacha.

Encontraron la entrada al pasadizo rápidamente. Una extraña sensación se manifestaba sobre la piel de Simon, y el pelo se le erizaba a pesar del peso del casco, como consecuencia de la electricidad que invadía aquel lugar. Había teas encendidas a lo largo de los muros, y un creciente olor a podrido les rodeaba a su paso. A sus pies, el suelo vibraba como consecuencia del azote de las olas sobre los muros a escasa distancia de donde se hallaban.

Una escalera se abrió ante ellos, una escalera donde huellas doradas se cruzaban y entrecruzaban sobre la piedra, como si unos gigantes hubiesen trazado allí su camino, durante incontables generaciones. Simon volvió a pensar en Jaelithe, que en otros tiempos conociera estos pasadizos, y luego recordó a Loyse, que era quien los había descubierto y posteriormente los había usado para sus propósitos. Simon hubiera querido que ella le dirigiera en estos momentos. Pero él sabía lo que se proponían y dónde tenían que ir a desembocar. Llegarían al fin a la habitación de la torre que en otros tiempos fuera de Loyse, y desde allí se podrían extender para apoderarse de la guarnición de Fulk, teniendo en cuenta que el fuerte de su guarnición estuviera ocupado en otro sitio.

Las escaleras se alzaban indefinidamente, y Simon dejó de contarlas. De pronto se hallaron con una puerta. La empujó suavemente, pero no cedió,

Tocando por el lado izquierdo, encontró un pestillo grande, pero indefenso. Lo alzó y la puerta giró sobre sus goznes. Incluso dentro de la habitación tuvieron que hacer uso de las luces de orientación v las teas. Una cama se alzaba ante ellos. Y a los pies de la cama una cómoda, y otra al lado de la ventana, a través de la cual soplaba el viento de la tormenta.

—¡La señal! —no hubiera hecho falta que Simon diera esa orden. Uno de los hombres de Koris se había puesto en pie sobre la cómoda y alzando el brazo dio la señal convenida, de tal modo que Anner Osberic pudiera ponerse en acción, y llevara a término los planes preconcebidos respecto a la embarcación que debería dejarse a merced y acecho del enemigo. Ahora no tenían más que esperar a que la alarma de su llegada despertara el castillo.

Pero esta espera fue lo peor para todos ellos, pues no soportaban

un momento la inacción. Dos grupos reducidos, uno bajo el mando de Ingvald, y otro grupo formado por Falconers, bajo el mando de Uncar fueron hacia los muros para explorar. Uncar encontró otra puerta, que daba a una habitación vacía, donde había otro lecho.

Sin embargo, el tiempo pasaba, y Simon se entretuvo repasando las cosas que dadas las circunstancias, podrían ir mal. Sin lugar a dudas, Fulk estaría preparando para una invasión. Tenía sus exploradores, como habían podido comprobar en su avance. Pero este pasadizo, según Loyse, nunca había sido descubierto.

—Aahhhhh… —Uno de ellos emitió un grito, mientras que del piso inferior llegaba hasta ellos la conmoción que había producido aquel grito.

—¡Eso es! —dijo Koris cogiendo a Simon por el hombro y acercándose hacia la puerta de la habitación—. ¡La alarma! ¡Esto sacará a estas ratas de sus agujeros!

Capítulo III
NOCHE NEGRA

Paciencia. Hacía mucho tiempo que Loyse había aprendido a tener paciencia. Tenía que hacer uso de ella nuevamente, contra el temor y el pánico que la dominaba, y que le hacía sentir como una argolla de madera rodeando su cuello de modo que le impidiera todo movimiento, y un peso aplastante sobre el cuerpo. La paciencia, y su inteligencia y rapidez de reflejos era cuanto le habían dejado.

Era bastante tranquila la habitación donde la habían dejado sola desde hacía mucho rato. De nada serviría levantarse de la silla y probar la posibilidad de escape por las ventanas o por la puerta de la habitación. Incluso le habían quitado las cortinas que rodeaban el lecho. Seguro que lo habían hecho con la intención de que no pudiera atentar contra sí misma. Pero no había llegado a ese extremo; ¡oh!, no, a eso no. Los labios de Loyse dibujaron una sombría sonrisa, pero en el resplandor de sus ojos no había nada de divertido.

Se sentía muy débil, y se le hacía muy difícil pensar cuando toda la habitación le daba vueltas. Las náuseas se habían apoderado de ella en su viaje en barco por la costa, y no había comido desde hacía mucho tiempo.

¿Cuánto tiempo? Empezó a contar como un niño con los dedos, tratando de recordar cada uno de los días. ¿Tres, cuatro, cinco días?

No conseguía separar un rostro de su imaginación en ningún momento, un rostro de mujer con pelo negro, que se le había acercado por la mañana y le había contado una historia. ¿Qué historia?

Loyse luchó por recordar aquel encuentro. Y el temor y la angustia crecieron en ella, como una nube espesa, al comprobar que todo aquello no era consecuencia de la fiebre mental producida por las náuseas, por los últimos acontecimientos y emociones. Había

sido una mujer… ¡Berthora! Loyse experimentó un resplandor de triunfo cuando comprobó que era capaz de recordar el nombre de la mujer. Y Berthora la había sacado de Es Castle con un mensaje.

¿Pero qué era ese mensaje y de quién? ¿Por qué ¡Oh!, por qué no le diría a nadie que salía a caballo de Es, con Berthora? Tenía recuerdos vagos de un camino por el bosque… y una tormenta… y ellas dos refugiándose entre las rocas, mientras la lluvia y el viento se mostraban furiosos en la noche. Después, una pequeña vertiente hasta el mar, donde les esperaban.

¿Por qué? ¿Por qué se había sentido tan tranquila con Berthora, sin experimentar ningún sentido de desconfianza o de malestar? ¿Embrujada? ¿Había sido juguete de un extraño poder? Pero no… ¡no podía creerlo! Estcarp era amiga, no enemiga. Y ahora que Loyse estaba logrando reconstruir aquellos jirones de su recuerdo, se daba cuenta de que Berthora se había movido apremiantemente, como un fugitivo en el territorio enemigo. ¿Tenía también Karsten sus hechiceras?

Loyse encerró su rostro entre las manos, y la carne fría encontró carne fría. Creer aquello era tanto como negar lo que sabía de su propia tierra. No había hechiceras en Karsten, al menos desde los tiempos de las luchas contra Old Race, y estaba segura, completamente segura, de que había sido llevada a aquel encuentro con el barco del sur, en condiciones fuera de las normales.

Y aún había algo más, algo a cerca de Berthora. ¡Y tenía que recordarlo, porque debía ser muy importante! Loyse se mordía los nudillos y luchaba desesperadamente por encontrar la causa de aquel sobresalto, que recién llegado a su mente, le invitaba a recordar. Al menos acertaba a descubrir y percatarse de un trozo de la escena…

Veía a Berthora gritando, aunque era más el tono que las palabras lo que percibía. Y veía a uno de aquellos del barco que con la mayor tranquilidad del mundo la golpeaba. Luego vio a Berthora que caía hacia atrás con las manos sobre la espada que la había dado muerte, y se aferraba de tal modo a ella, que su dueño no podía retirarla. Después una orden, y otro hombre inclinándose hacia Berthora, envolviéndola en su túnica de montar, y apartando una mano, una mano que permanecía asida a algo, a algo que Loyse no había visto.

Berthora la había entregado a ella a Karsten, y lo había pagado con la muerte. Pero en su favor y para sus propósitos, Berthora había hecho uso de un arma que Loyse desconocía.

Cómo había ocurrido todo, era algo en que no debía pensar ahora. Ya estaba hecho… Loyse separó con esfuerzo la mano de la boca y la apoyó sobre la rodilla. Estaba en Kars, en la guarida de Ivian. Si ahora la estaban buscando en Estcarp, lo único que podían hacer era pensar en dónde la habrían llevado. Pues intentar algo contra Karsten, sería tanto como necesitar una armada, una armada de la que Estcarp carecía. Loyse había asistido a bastantes consejos de guerra como para saber lo precaria que era la situación de Old Kingdom. Si se aventuraban a un ataque para invadir Karsten, Alizon caería sobre ellos desde el norte. En Verlaine, en cierta ocasión se había encontrado sola contra lodo el poder de Fulk, sin nadie que la secundara.

Y ahora estaba sola de nuevo contra muchos. ¡Si no se encontrara tan debilitada y enferma, podría pensar con más claridad!

Se abrió la puerta y el resplandor de una lámpara de mano cayó sobre ella a través de la oscuridad, cegándola y haciéndole perder el sentido de la posición que ocupaban los que había ante ella, eran tres. Dos con atuendos de sirvientes ducales, uno que llevaba la lámpara y el otro con una bandeja en la que había varios platos tapados. Pero la tercera, era una figura delgada, con un pañuelo que le cubría la cabeza y los hombros, dándole un aspecto reservado…

Dejando la lámpara y la bandeja sobre la mesa, los sirvientes se fueron, cerrando la puerta tras ellas. Cuando éstas ya se habían ido, la tercera se acercó a la luz y descubrió su velo para mirar frente a frente a Loyse.

Era más alta que la heredera de Verlaine, y su figura tenía una gracia delicada que Loyse no podía envidiar. Su hermoso pelo estaba maravillosamente peinado en enormes sortijas. Y toda ella iba repleta de joyas, joyas que cubrían su garganta, la frente, los brazos, las mangas de su vestido, y cada uno de los dedos de sus manos. Loyse al ver la expresión tranquila de sus ojos, pensó que no sería más que un gesto exterior que formaría parte de su manera de no expresar sus sentimientos. Toda la riqueza de joyas que llevaba consigo era debida a su condición que le llevaba a mostrarse

siempre en tal actitud, pues en ningún modo y para nada serviría llevar todos aquellos tesoros a aquella entrevista.

Dio un paso adelante, alzó la mano y cogió la lámpara para colocarla más alta, al mismo tiempo que miraba a Loyse como si quisiera arrancar de ella sus pensamientos. Loyse no se movió. No podían compararse ambas bellezas. Eran muy distintas. Y sus inteligencias y rapidez de reflejos también era posible que estuvieran a la par, pues Lady Aldis se distinguía por sus astutos movimientos en las enturbiadas aguas de la corte de Ivian.

—Debe ser usted otra cosa de lo que aparenta en este momento —rompió el silencio Aldis con esas palabras que estaban preñadas de ironía. Con la lámpara en la mano, hizo una reverencia confiriendo a sus ropas y su gesto una gracia tal que ni una mujer entre cien hubieran podido igualar—. Mi señora duquesa, está servida.

Volvió a dejar la lámpara sobre la mesa, aunque sus modales eran mucho más refinados que los de una simple sirvienta, y al ver que Loyse ni se movía y respondía a las sugerencias que le hacía, puso el dedo índice en la boca con gesto dubitativo y añadió:

—¡Ah!, no he sido presentada a su noble gracia, ¿verdad? Me llamo Aldis, y es placer para mi recibirla en esta, su ciudad de Kars, donde ha sido durante tanto tiempo esperada. Y ahora, ¿quiere cenar, mi duquesa?

—¿No cree que es más bien su ciudad de Kars que la mía? — Loyse no puso inflexión alguna al hacer la pregunta, habiéndolo dicho con la misma simplicidad que un niño.

Al oír esto, la sonrisa de Aldis se hizo más abierta e hipócrita.

—Eso son rumores infundados y hechos con mala intención, que nunca debieron haber llegado a sus oídos, mi señora duquesa. Cuando la señora del castillo no está en él, tiene que haber alguien que la sustituya, y que cuide de que todo se lleve a efecto tal y como nuestro señor duque desea. Me enorgullezco de pensar de que aquí encontrará muy pocas cosas que hayan cambiado.

¿Era una amenaza o una advertencia? Quizás era las dos cosas pero habían sido desveladas de tal forma que no revelaban énfasis de ningún género, Pero Loyse creyó que Aldis no tenía la menor intención de demostrar el poder que tenía aquí, a una esposa casada por razones de Estado.

—Cuando nos dijeron que había muerto fue un duro golpe para nuestro señor duque —continuó Aldis—. Cuando estaba preparado para recibir a una novia, le llegó la noticia de que ya nunca podrá pensar en tenerla entre sus brazos. Triste compañía, la de este recuerdo, para ser compartida por el duque en su almohada aquella noche. Y qué enorme tranquilidad cuando llegó otra noticia que decía que Loyse de Verlaine había sido llevada con ellos como rehén. ¿Pero ahora, todo ha pasado ya verdad? En estos momentos en Kars hay cientos de espadas que forman un muro infranqueable entre mi señora y sus enemigos. Come, pues, mi señora duquesa, y descansa. No está lejos la hora en que debes estar encantadora para que el duque no tenga más ojos que para su compañera. —La burla se había convertido en zarpas felinas que intentaban destrozarla.

Aldis alzó las tapaderas de los platos que había en la bandeja y el olor de la comida convirtió G sensación de vacío de Loyse en un repentino dolor No era momentos para orgullos o desafíos.

Se pasó la mano por los ojos, como haría un niño que acabara de llorar inconsolablemente, y se puso en pie, sujetándose a la cama para dar mayo: firmeza a sus pasos. Al fin llegó al borde de la mesa avanzó sujetándose al tablero, hasta dejarse caer sobre un taburete.

—¡Pobre criatura! ¡Estás verdaderamente agota da —pero Aldis no hizo mención de acercarse a ella y Loyse se lo agradeció. Sin embargo no pudo impedir que Aldis contemplara su debilidad cuando tuvo que emplear las dos manos para llevarse un vaso a la boca.

Pero en aquellos momentos Aldis no le importaba en absoluto. Lo que tenía que hacer era restaurar las energías de su cuerpo, y aclarar su cabeza. El hecho de que Aldis estuviera allí podría tener algún significado, pero en realidad Loyse no veía la ventaja de aquella visita.

El calor que le produjo el líquido que acababa de tragar le reconfortó. Loyse dejó el vaso. No quería que el vino enturbiara sus pensamientos Tomó una sopa con avidez, saboreando su sabor.

El duque de Ivian estaba bien servido por sus cocineros.

—Carne de jabalí con vino rojo —comentó Aldis—. Es un plato que comerás a menudo, mi señora, pues a nuestro señor le encanta. Jappon, el jefe de cocina, tiene una mano maestra para este plato. Mi señor duque quiere que respetemos siempre sus gustos, y que

prestemos mucha atención a ellos.

Loyse tomó otro sorbo de vino.

—Producto de una buena cosecha —comentó con un nuevo ánimo en la voz—. Y parece que vuestro duque tiene un buen paladar. No sé por qué, tenía la impresión de que un vino propio de la más baja taberna, hubiera sido más apropiado a su gusto.

Aldis sonrió con más dulzura.

—A nuestro señor duque, no le importan las alusiones que se hagan de sus, digamos, irregulares comienzos. Ganó Karsten por la fuerza de su espada y de su brazo…

—Y con el respaldo de sus hombres —ironizó Loyse.

—Sí, y con la lealtad de sus seguidores —acordó Aldis—. Se siente orgulloso de esto y muy a menudo le gusta hablar a los demás de ello.

—Uno que pretende llegar a las alturas no debe, en ningún momento, olvidar lo que tiene a sus pies —dijo Loyse, partiendo un trozo de pastel de nuez.

—El que pretende llegar a las alturas se asegura antes muy bien de que a sus pies nada puede fallar —expuso Aldis—. El señor duque, ha aprendido a no dejar nada para que sea resuelto por la suerte, pues la Fortuna es caprichosa.

—Y la experiencia y la sensatez deben ser siempre más fuertes que todas las espadas —replicó Loyse con un proverbio de los de su pueblo. La comida la había sacado de su estado anterior de mi seria. Pero Ivian no era un estúpido guerrero a quien se pudiera burlar fácilmente. Y esta Aldis…

—Nuestro señor duque, es el mejor en todas la: cosas, igual con la espada, que en la cámara de consejo, que… en el lecho. Y su cuerpo no está deformado…

Loyse deseó ardientemente que el estremecimiento que sintió hubiera pasado inadvertido, pero lo dudó. Y lo que a continuación dijo Aldis confirmaba aquella teoría.

—Hablan de grandes hazañas llevadas a cabo en el norte, y de cierto mal nacido y deformado burdo que presume de un hacha robada y que conduce a un grupo de hombres…

—¿Ah, sí? —Loyse bostezó una y otra vez. Su cansancio no era fingido—. Los rumores siempre hacen mover en demasía a las malas lenguas. Ya G comido. ¿Me es permitido ahora dormir?

—Pero, mi querida duquesa, hablas como quien se considerase a sí mismo un prisionero. ¡Siendo que eres la más noble y respetada dama de todo Kars y Karsten!

—¡Me acordaré de eso! Pero a un así, y con todo lo ensalzador que es ese atributo, me alegraría mu cho más de momento el del descanso. Le deseo buenas noches, mi lady Aldis.

Otra sonrisa, una risita, y se fue. Pero nada ocultó el sonido que Loyse ya esperaba: el de la llave de la habitación al cerrar por fuera. Ya podía ser la más noble dama de Kars, pero aquella noche sería una prisionera en su misma habitación, y la llave estaba en otras manos. Loyse se mordió e labio inferior, considerando qué debía hacer.

Echó una mirada a toda la habitación. El lecho sin cortinas, se alzaba del suelo sobre dos altillo! de tarima. Había ventanas en dos de los muros, y en el momento de ir abriéndolas, se dio cuenta de que una resistente malla de hierro separaba la parte interior del muro de la exterior que tenía otra malla de hierro idéntica a la anterior.

Había un pequeño armario en el muro opuesto al lugar donde en este momento se hallaba. Y en el armario había ropas guardadas que no sintió la curiosidad por mirar. Pero estaba cansada. Todo su cuerpo no pedía más que tumbarse sobre el lecho. Pero antes de acostarse se propuso llevar a cabo una tarea, que todavía la dejó más extenuada. Había que dormir, pero nadie la cogería por sorpresa, pensó. Arrastrando como pudo la mesa, la dejó cruzada ante la puerta.

Creyó que no llegaría a tener las fuerzas suficientes para desvestirse, ni llevarse la mano a la cabeza. Hizo caso omiso de la luz de la lámpara lo que le permitía ver casi la habitación por completo.

En el pasado había conocido una inquietud semejante, más fuerte que nada, en aquel templo de la raza olvidada donde se ocultaban los pasadizos escondidos de Verlaine, de un Verlaine abierto al inmaculado cielo. Los pasadizos de Verlaine… Por un momento le pareció estar rodeada de la misma humedad y el mismo olor fuerte y característico de ellos. ¡Brujería! Se la podía presentir si se la había conocido antes. Las aletas nasales de Loyse se agitaron al respirar profundamente llenando los pulmones. Después de todo

ella no conocía todos los secretos de Estcarp… y en una ocasión había tomado parte de alguno de los secretos de aquí, de Kars, mientras ella y Jaelithe, indagaban subrepticiamente aquí y allá, buscando indicios de información que pudieran ser de utilidad a la causa del norte.

¡Si pudiera enviar un mensaje! Un mensaje que fuera recogido por alguien amistoso. Sintió deseos de gritar, y lo hizo para sus adentros, pues su intención no era realmente buscar ayuda, sino sentirse acompañada. Una vez ya había estado sola, pero entonces llegó Jaelithe y Simon, el extranjero alto, en quien había confiado instintiva e instantáneamente, y… y Koris. El color le subió a las mejillas al recordar las palabras de Aldis. ¡Bastardo! ¡Deforme! ¡No era verdad, no era verdad! Con mezcla de sangre, sí, puesto que él unía a dos ramas a pesar suyo. Poseía el cuerpo poderoso de la raza de su madre, Tor, y la hermosa cabeza de su noble padre Gorm. Pero por encima de todos los hombres, era en éste en que se había fijado el día que lo vio con Simon, llevando enseñas blancas, al exterior de las puertas de Kars, enviado por un mensajero de Jaelithe.

Conducido por un mensajero… ¡Pero ella no podía enviar a nadie!

Loyse saltó de la cama, y fue a apoyar sus manos sobre la mesa que ella misma había cruzado ante la puerta. Era como un presentimiento. Hubiera querido reunir todas las fuerzas del mundo ante aquel lugar.

De pronto retrocedió hasta los pies de la cama. Oyó el ruido de la llave y el de la cerradura que se abría. Todo el aparato que había montado ante la puerta fue haciéndose a un lado. ¡Aldis de nuevo! Por unos momentos Loyse se tranquilizó. Después miró fijamente aquel rostro que le pareció de otra persona. Eran los mismos rasgos, exactamente los mismos rasgos. Pero… ¡No!

Y no sabría decir cómo se habría producido aquel cambio. Incluso había cierta ironía en su sonrisa, que daba algún rasgo atractivo a sus labios, con la misma expresión en el rostro. Sólo Loyse sabía, con todo convencimiento, que ésta no era la Aldis que había visto antes.

—Tienes miedo —la voz también era la de Aldis—. Tienes tus motivos, mi señora duquesa. A nuestro señor duque, no le gusta que

se le desprecie. Y tú ya le has despreciado e incluso burlado en varias ocasiones. Él tiene que hacerte su esposa, tú lo sabes, o sus propósitos quedarán desbaratados. Y no creo que desprecies sus modales… ama torios. No, no creo que encuentres en él al gentil y complaciente amante que suspira por tu asentimiento. Puesto que en algunos aspectos eres un entorpecimiento para mí, te permitiré esto, mi señora duquesa.

Un destello de luz cruzó el aire, hasta caer a los pies de la cama: una daga. Era más un juguete de señora, que uno de los cuchillos que en otras ocasiones llevara en su cinturón. No obstante era un arma.

—¡Ahí tienes tu oportunidad! —continuó la Aldis que no era Aldis—. Y me gustaría saber en este momento hacia qué lado decidirás hacer uso de él, mi señora duquesa, Loyse de Verlaine. ¿Hacia qué lado?

Se fue. Loyse se quedó mirando hacia la pesada puerta y preguntándose cómo habría hecho para desaparecer con tanto sigilo. ¡Como si hubiera sido una cosa sin cuerpo material… una ilusión!

¡Ilusión! El arma y defensa de una hechicera. ¿Había estado allí realmente Aldis? ¿O sería esto acaso la intervención de un agente Estcarp, que no encontraba otro medio de ayudar a la cautiva de Ivian? Pero no quiso hacerse ilusiones con ese hilo de esperanza.

Loyse se volvió a mirar hacia la cama, casi con el convencimiento que el acero habría desaparecido, como producto también de una ilusión. Pero, no.

Estaba allí y en su mano comprobó la solidez del arma de afilada hoja y punta de alfiler. La muchacha lo apoyó en su pecho, y oprimió hasta que notó el aguijón de la punta sobre su carne. Así tendría que usarlo. ¿Pero sobre quién? ¿Sobre Ivian o sobre ella misma? La elección parecía no importarle a Aldis, o a la parecida a Aldis que era quien se lo había traído.

Capítulo IV

¡FULK Y… FULK!

Simon se quedó a mitad de la escalera escuchando. Desde abajo le llegaba el murmullo de la batalla, en la que fuerzas de Estcarp se estaban apoderando de la entrada principal. El grito de ¡Sul, Sul! de los hombres de Sulcar formaba un eco constante. Pero se esforzó por oír otra cosa, algo que sobresaliera de aquel ruido. No se había equivocado y llegó lo que esperaba. En algún sitio cercano estaba Fulk.

¡Allí! ¿Ruido de metal sobre piedra? ¿Qué clase de sorpresa les estaba preparando Fulk a sus per seguidores? Independientemente de Fulk, por encima de todo, tenían que obrar de acuerdo con los planes preestablecidos respecto a Karsten. Y el tiempo se ponía contra ellos, mostrándose como aliada de Fulk.

Simon se hizo a un lado con el hombro izquierdo aplastado contra el muro. Hasta ahora las cosas iban bastante bien. El barco destruido sobre los arrecifes había abierto las puertas de Fulk, y sus hombres salieron corriendo, centrando su atención en lo que acababan de ver en el mar, que quizá les proporcionara un buen botín. Y siendo las cosas tal como se presentaban, los invasores ocuparon el castillo y su guarnición antes de que nadie se diera cuenta de lo que sucedía.

Pero los hombres de Fulk no se rendían fácilmente. Al fin, desde el lugar en que se hallaba identificó a su enemigo. Contrariamente a cuantas leyendas había oído contar de él y de su valor, aquel hombre no buscó ni por un momento reagrupar a sus hombres, y enardecerlos poniéndose al frente de ellos contra los Borderers. Vio como de pronto, echaba a correr, y trataba de alcanzar una escalera interior. Y Simon, a quien todavía le daba vueltas la cabeza por el golpe que había recibido, y que le había hecho abandonar su posición contra el muro, le siguió.

De nuevo, metal sobre piedra. Estaba completamente seguro. ¿Estaban quizá preparando otra arma más poderosa que la espada y el hacha? La escalera daba un giro muy pronunciado, y todo cuanto podía ver desde el lugar que ocupaba, era un descansillo, que estaba vacío, pero no llegaba a poder cerciorarse de si su enemigo se habría escondido en las escaleras que se ocultaban tras el recodo. Había una luz encendida, pero el resplandor era muy pálido.

La Luz parpadeó. Simon sopló con fuerza. Si la luz de la lámpara estaba a punto de agotarse… Pero al parpadeo siguió un destello, como si su fuerza le fuera suministrada a intervalos. Simon avanzó otro paso… y otro… El tercero le llevaría hasta el descansillo exponiéndole a lo que pudiera haber sobre el otro tramo de escaleras.

La luz seguía parpadeando, y se hizo más tenue. Simon rodeó el ángulo de la escalera, con los hombros pegados a la pared, y con el revólver de dardos a punto. Cuatro, seis pasos más arriba y se encontró en un estrecho pasillo. Pero antes, y al final de la

escalera se encontró con una barricada, hecha a toda prisa con los utensilios que habían sacado de las habitaciones circundantes. ¿Estaría Fulk allí, esperando, para caer sobre el primero que llegara a poner la mano sobre la mesa y los taburetes que hacían de barricada?

No sabía por qué de un modo cierto, pero Simon estaba preocupado. La manera de actuar de Fulk era tan distinta a lo que siempre había oído del señor de la costa… Lo que estaba haciendo eran los movimientos lógicos de un hombre que estaba intentando ganar el máximo de tiempo posible. ¿Ganar tiempo, para qué? Todas sus fuerzas se hallaban concentradas abajo, y era de suponer que su intención no sería que le persiguieran solo a él para poder dejar descansar siquiera por unos momentos a sus hombres. ¡No, lo que intentaba era salvarse él! Simon, sin tener ninguna prueba de ello, estaba seguro de que lo único que pretendía era salvarse, olvidándose de la suerte de sus hombres.

¿Acaso Fulk sabía de algún pasadizo secreto, que ahora intentaba alcanzar? Los ruidos de la lucha se estaban haciendo cada vez más débiles, a medida que los hombres de Fulk iban cayendo.

La luz se hacía todavía más débil. Oyó de pronto un ruido ligero y sordo, pero el instinto de luchador le ordenó descender

rápidamente hacia el ángulo de la escalera que antes ocupara. ¡Fue el blanco resplandor de una explosión lo que le cegó! Sus ojos quedaron unos instantes sumidos en la penumbra y las tinieblas, a causa de la intensidad de luz que les sorprendió, y tropezó por las escaleras perdiendo casi el equilibrio. Se frotó los ojos.

Luz, pero ningún ruido. Cualquiera que fuera la fuerza que se había desencadenado, era totalmente nueva para él. Llegó hasta él una columna de humo que le irritó la garganta. Tosió, intentó ver a su alrededor, pero sus ojos estaban todavía heridos por el resplandor.

—¡Simon! ¿Qué pasa aquí?

Ruido de pasos en la escalera. Simon empezó a distinguir el brillo de un casco alado.

—¡Fulk! —respondió—. Está ahí arriba… pero ten cuidado…

—¡Fulk! —Koris extendió el brazo para aguantar a Simon contra el muro—. ¿Pero qué hace ahí arriba?

—Todo el mal que pueda —Más ruido de pasos en la escalera y la voz de Ingvald llegó hasta ellos.

—Fulk llega tarde a nuestra cita, por tanto tendremos que ir a por él —comentó Koris.

—No corramos… —al menos podía ver nuevamente. Pero la luz de la lámpara la veía ahora mortecina. Simon volvió a subir al descansillo, sujetándose todavía a Koris. La barrera de utensilios había desaparecido. Algunos trozos de madera marcaban el lugar que antes sirviera de defensa y barricada.

Ningún ruido. Ningún movimiento, ni en pasillo ni a través de las puertas de las habitaciones que había a los lados. Paso a paso Simon iba avanzando. De pronto oyó un ligero ruido tras la primera puerta. Antes de que hiciera el menor movimiento, la enorme hacha de Volt cayó sobre la puerta. Ésta cedió, y miraron en el interior de la habitación. La ventana que había frente a ellos estaba abierta, y un trozo de cuerda salía hacia el exterior, sirviendo de áncora, el peso de un armario.

Koris dejó rápidamente el hacha en el suelo, y se asió a la cuerda. Toda la fuerza de sus espaldas y brazos se concentró tirando de la cuerda hacia arriba, mientras Simon e Ingvald se acercaban a la ventana.

La noche era oscura, pero no muy sombría como para no poder

ver la escena que tenía lugar unos metros más abajo. La cuerda, que tenía que servir a Fulk para descender a algún piso inferior, volvía a subir a toda prisa, con el peso de Fulk sobre ella. Sólo que…

Simon vio el blanco óvalo del rostro de Fulk que le miraba. Aquel hombre que ascendía como un muñeco, a merced de los brazos de Koris, y que cuando estuviera arriba estaría a merced de los tres hombres, abrió las manos, y deliberadamente se dejó caer en el vacío. Gritó de un modo horrible, un grito prolongado, persistente y lleno de angustia, como si estuviera protestando contra su propia acción. ¿Pensó él quizás, incluso hasta el último segundo, que realmente, tenía una oportunidad de salir sano y salvo de aquella caída mortal? Cuando se aplastó sobre el suelo, permaneció inerte. Después alzó un brazo y lo volvió a dejar caer de nuevo.

—Todavía vive —dijo Simon yendo hacia la cuerda. No comprendía la necesidad que le impulsaba, pero tenía que volver a ver el rostro de Fulk.

—Tengo que bajar —añadió.

—¿Crees que puede haber escondido algo tras todo esto? —preguntó dubitativo Koris.

—Eso me parece.

—Entonces bajaré contigo. Pero ten cuidado. Las serpientes, con la espina dorsal rota, no por eso dejan de tener la boca llena de veneno. Y Fulk no tiene ningún interés en dejar a sus enemigos que vivan más tiempo que él.

Simon atravesó el hueco de la ventana y comenzó a descender, ayudado por los otros. Sus pies tocaron el suelo. Dejó la cuerda que comenzó a ascender de nuevo hacia la ventana, y se dirigió al lugar que ocupaba la inerte figura, a escasos pasos de allí.

Al llegar, Simon se inclinó sobre sus rodillas, y vio que a pesar de las heridas Fulk de Verlaine, todavía vivía. Por una razón inexplicable la cabeza de Fulk se había visto protegida en el momento del choque contra el suelo, por su propio brazo, y en el momento en que Simon se inclinaba, la cabeza del herido se volvió con infinito y doloroso esfuerzo, hasta que sus ojos encontraron los del enemigo.

En el instante del encuentro la respiración de Simon era casi un silbido. Hubiera querido gritar con todas sus fuerzas el asco que

sentía por lo que veía allí. Dolor, sí… y odio. Y algo que todavía iba más lejos de la pena y el odio… una emoción que no era propia de la raza humana que Simon conocía, Gritó:

—¡Kolder!

Era Kolder, la extraña amenaza en el rostro de un hombre moribundo. Y entonces Fulk, no era uno de los poseídos, de los andantes hombres muertos que Kolder usaba en sus batallas. No, Simon había visto a los poseídos. Pero era distinto. Por que lo que había sido Fulk no estaba totalmente borrado; la parte de él que llevaba y soportaba la pena y el odio se hacía cada vez más fuerte, y la que era Kolder se desvanecía.

—¡Fulk! —dijo Koris, viniendo corriendo a reunirse con Simon —. ¡Fulk!, soy Koris…

La boca de Fulk se contrajo en un rictus de dolor:

—Me muero… y tú… también… morirás…

—Como todos los humanos, Fulk —asintió Koris.

—E igual les ocurrirá a aquellos que con apariencia de hombres no lo son —dijo Simon acercándose más a él.

No hubiera podido asegurar que lo que poco que quedara en aquel cuerpo del ya casi desaparecido Kolder, hubiera comprendido el significado de sus palabras. El rostro de Fulk se contrajo de nuevo con ánimo evidente de decir algo, pero todo lo que salió de sus labios fue sangre. Quiso alzar la cabe za, pero le cayó nuevamente hacia atrás, y sus ojos quedaron abiertos, ausentes de toda vida.

Simon miró por encima del cuerpo yacente hacia Koris:

—Era Kolder —dijo tranquilamente.

—Pero… ¡no poseído!

—No, pero era Kolder.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como de lo que estoy viendo con mis propios ojos y tan seguro como de mi existencia. Era Kolder en algunos aspectos, pero al mismo tiempo era Fulk.

—Entonces… ¿qué es lo que hemos descubierto aquí? —Koris estaba visiblemente sorprendido por el horror—. ¡Si tienen otros servidores entre nosotros, además de los poseídos…!

—Eso es —replicó Simon—. Diría que los Guardians deben saber algo acerca de todo esto.

—Pero los Kolder no pueden apoderarse de ninguno de los del

Old Race —observó Koris.

—Ésa será nuestra mayor esperanza. Pero Kolder estaba aquí, y quizás en otros sitios. Los prisio neros…

—No serán muchos —intervino Koris—. Quizás una docena después de la última escaramuza el patio principal. Y no son más que hombres armas.

El sol entraba en la habitación y caía sobre mesa. Simon luchaba contra el sueño, encontrando en la rabia que le embargaba un arma para defenderse de aquella necesidad corporal. La conocía, conocía a aquella mujer con traje gris y pelo echa do hacia atrás de tal modo que hacía sobresalir sus facciones. Llevaba gran cantidad de joyas, que eran representativas de su condición y poderío y una espada de guerra que descansaba sobre su pecho, y con las manos plegadas por delante. La conocía, aunque era incapaz de poder decir su nombre, pues ninguna hechicera de Estcarp tenía nombre. El nomine era la más privada posesión de una persona, y alguien hubiera permitido que éste anduviera de boca en boca, hubiera sido tanto como dejar a la merced de manos enemigas la inexpugnable ciudadela de su personalidad.

—Entonces… ¿tiene que ser necesariamente así? en ningún momento trató de disimular la angustia que velaba su voz.

Ella no sonrió, y ni siquiera el más mínimo ges to perturbó la calma de su rostro.

—No es que lo quiera yo, ni porque sea la voluntad de los demás, sino que es la ley bajo la que vivimos, Jaelithe —al pronunciar este nombre Simon descubrió un rasgo de disgusto en su voz— hizo la elección. No podemos retroceder.

—¿Y si el poder no ha salido de ella, qué ocurrirá? No me dirás que las cosas son como por simple y escueta razón de unas palabras.

Ella no se alteró, pero algo en su pose le dijo que aquella mujer no había echado en saco roto su modo de hablar y sus iras.

—Cuando uno ha tenido una cosa, la ha usado, el espíritu, la sombra, el recuerdo de aquello, permanece atado a uno al menos durante un tiempo, aunque se haya perdido la parte material, física, o espiritual de ella. Quizás ella pueda hacer cosas, pequeñas cosas, que en otros tiempos fueron sus más arraigados atributos. Todavía puede ser capaz de obrar. Pero lo que no puede hacer es reclamar su joya y continuar siendo una de nosotras. Sin embargo, creo,

March Warder, que no hiciste venir aquí una hechicera con el simple pretexto de protestar ante tal decisión, cosa que por otra parte, no te concierne.

Esto rompió la infranqueable barrera existente entre las hechiceras, y los de su mundo exterior. Simon llegó a poder controlarse a sí mismo. Porque ella, en realidad, tenía razón. No era momento de defender la causa de Jaelithe, sino el de plantear otras operaciones.

Él la habló con algo de nerviosismo, explicándole lo que había que hacer. La hechicera asintió.

—Un cambio de aspecto exterior, ¿para quién de los tuyos?

—Para mí, Ingvald, Koris, y diez hombres de los Borderers.

—Tengo que ver a esos a quienes simular —se levantó de la silla —. ¿Los tienes a punto?

—Sus cuerpos…

Ella no se inmutó lo más mínima ante tal información, y se quedó esperándole para que le enseñara el camino. Los habían dejado fuera, en el extremo más alejado de la entrada, diez hombres seleccionados de entre los muertos, escogidos por un guerrero que ostentaba una insignia de oficial y la nariz partida. Diez hombres que hacía poco que habían dejado de existir. Y un poco más allá Fulk.

La hechicera se detuvo unos instantes ante cada uno de ellos, con la mirada penetrante ante cada uno de aquéllos pálidos rostros, grabando sus facciones en la memoria, sin olvidar toda señal o cicatriz que pudiera servir de identificación. Para ello hacía falta una habilidad muy especial, pues si bien, cualquiera de sus hermanas de hechicería era capaz de llevar a efecto una transmutación de aspectos físicos, según las necesidades, sólo una experta en estos menesteres podría variar el físico de un hombre en lugar de efectuar lo que podría llamarse un disfraz.

Cuando llegó ante Fulk, la concentración que puso sobre él fue mucho más larga, y sus ojos no se separaron durante un buen momento de su rostro. Tras el contumaz examen, se volvió hacia Simon:

—Señor, tienes razón. Había algo más en este hombre que su propio espíritu, su alma, y pensamientos. Kolder… —La última palabra fue más un susurro que un sonido—. Y siendo Kolder,

¿osarías ocupar su puesto?

—Nuestro proyecto depende de que Fulk pudiera entrar en Kars —respondió Simon—. Y yo no soy Kolder…

—Cualquier otro que fuera Kolder, podría detectarlo —advirtió ella.

—Pero es un riesgo que tengo que afrontar.

—De acuerdo. Trae a tus hombres. A esos a quienes quieres cambiar el físico. Siete y tres. Y aleja a todos cuantos haya en el pasillo, no debe haber nadie molestando.

Simon asintió. No era la primera vez que iba a asistir a una de esas transmutaciones de físico. De todos modos él iba a tomar la apariencia de Fulk, y con ello todo sería diferente.

Al mismo tiempo que Simon llamaba a sus hombre y daba instrucciones, la hechicera estaba ocupada con sus preparativos, dibujando sobre el suelo de piedra de la entrada dos estrellas de cinco punías, superponiendo una punta de una estrella sobre otra de la segunda estrella. En el centro de cada una colocó un brasero que algunos hombres de su escolta de Sulcar trajeron para ella. El aquel momento estaba cuidadosamente mezclando varios polvos que sacó de diversas cajitas, y operando con ellos entre tubos y redomas, mezclándolas en dos montones.

No podían despojar los cuerpos para que las heridas de los muertos no les traicionaran después. Pero una vez se realizara la, transformación, se podrían cambiar de ropas dentro del mismo castillo, y podrían usar las armas, cinturones, y otros ornamentos personales que hasta hace poco habían vestido los muertos. Todo ello sería el acabado completo del aspecto que deberían tener. Amontonarían todos los enseres hasta que acabara la ceremonia. Después harían el reparto.

La hechicera arrojó unos cuadradillos de seda en el brasero, y empezó a canturrear en voz baja. Un humo denso y blanco se fue alzando lentamente, hasta formar una cortina ante los hombres, que, desnudos, se mantenían erguidos, uno sobre cada punta de las estrellas. El humo se hizo todavía mucho más denso, hasta el extremo de que cada uno de los hombres, se sintió como envuelto en una nube que le separaba de todos y de todo. Y los cánticos de la hechicera llenaban aquel mundo que les envolvía, como si el tiempo y el espacio temblaran, meciéndoles con palabras que ninguno de

ellos llegaba a comprender.

De repente, el humo empezó a hacerse menos intenso, reduciendo su inmensa nube poco a poco, como si volviera a esconderse en el brasero. El aromático perfume que había formado parte de la ceremonia aligeró la cabeza de Simon, hasta el extremo de casi llegar a divorciarle de la realidad. De pronto un estremecimiento recorrió su piel, miró hacia abajo y encontró el cuerpo de Fulk a sus pies.

Vio a Koris, o al menos le pareció que debería ser él, a juzgar por la estatura del que estaba tendido en el suelo que era el más pequeño, había perdido la anormal inclinación de sus hombros, y de su cuerpo no sobresalía ni llamaba la atención la longitud de sus brazos. Una cicatriz, causada por un golpe de espada en el labio superior, le había dado la apariencia de un colmillo y gesto lobezno, que sobresalía blanco y afilado.

Ingvald, por su parte, había perdido su sempiterna juventud, y tenía trazos grises diseminados por el pelo, con rostro que aparentaba estar marcado por un intenso sufrimiento y agitación a lo largo de toda su vida.

Se vistieron con las ropas que fueron hallando por el castillo, se pusieron toda clase de ornamentos, anillos, collares, y se apoderaron de todas las armaduras y armas que les convino, de entre los hombres muertos.

—¡Señor! —dijo uno de los hombres a Simon—. Detrás de ti… cayo del cinturón de la espada de Fulk. Ahí…

Señaló con el dedo un resplandor metálico. Simon recogió un objeto. El metal no era ni de oro ni de plata, pero estaba formado por una madeja muy entrelazada de color verdusco. Simon buscó por el cinturón y encontró los mosquetones donde en otro tiempo debió estar sujeto el tal objeto. Lo volvió, pues, a poner en su sitio. No debía existir ninguna diferencia con el verdadero Fulk.

La hechicera volvía a poner su impedimenta en las arcas. La miró al acercarse a él, y ella a su vez le miró fijamente, como un artista que contempla su obra recientemente acabada.

—Te deseo lo mejor, March Warder —le dijo—. El Poder está contigo en gran medida.

—Te agradecemos tus buenos deseos, señora. Es en mi mente donde necesitaremos tales venturas.

Ella asintió.

Koris llamó desde la puerta.

—La marea está empezando a cambiar, Simon, Ya es hora de que nos hagamos a la mar.

Capítulo V
ROJO AMANECER

¡Señales de banderas! Uno de entre un grupo de hombres que se hallaban reunidos en la proa del navío, que en este momento se agitaba entre las olas de plata, señaló las franjas de colores que pendían, agitándose alegremente, de uno de los postes del primer embarcadero de Kars.

El que había dado la voz de alarma, vestía una sobrecasaca llena de blasones con figuras de pez y cuernos, y se llevó las manos al cinturón.

—¿Nos esperan? —Sin proponérselo hizo una pregunta muy importante con esa frase.

Uno de sus compañeros sonrió:

—Al parecer, sí. Pero así es como tenía que ser. Ahora lo que queda por ver es si Ivian está preparado para recibir a suegro, por parentesco del ha cha, con amabilidad o con la espada. Vamos a me ternos en la boca de la serpiente, y a lo mejor, ésta se cierra de golpe antes de que nos lleguen refuerzos.

Se oyó una risita tímida, procedente del tercer miembro del grupo:

—Cualquier serpiente que cerrara sus fauces tras de nosotros, Ingvald, sería igual que si se tragara varias espadas de buen acero, que le iban a herir en lo más profundo de su espina dorsal. Eso es lo que ocurre con los escudos blancos: son leales al hombre que les paga, y además no cejan en su empeño hasta implantar la razón. ¡Dejadnos que nos las veamos con Ivian y nos habremos apoderado de Kars rápidamente! —Extendió al decir esto su mano morena, con la palma hacia arriba, y poco a poco fue encogiendo los dedos hacia dentro, hasta formar un puño.

Simon-Fulk conocía el espíritu ardoroso e impetuoso de Koris. En ningún momento dudó de la habilidad como luchador del

Senescal, ni de su capacidad de mando, pero le sorprendía aquella enfebrecida manera de comportarse, al no haberse separado de la proa del navío en todo el viaje, mirando al frente, como si con su presencia quisiera añadir velocidad a la expedición. La tripulación es taba compuesta por hombres Sulcar, quienes, como mercaderes habían hecho antes esta ruta, y sabían lodos los medios posibles de poder inducir mayor velocidad, a la nave, lo cual habían estado haciendo desde el primer momento en que entraron en la boca del río.

Entretanto esto ocurría, la fuerza principal de los invasores Estcarpianos avanzaba a través de las colinas, aprestándose a caer sobre Karts cuando se les diera la señal, y esa señal… Simon-Fulk, en más de una docena de ocasiones desde que estaban en el navío, miró hacia la alta jaula que ahora estaba lapada. En ella se hallaba el complemento de los Falconers a su bando. No eran los acostumbrados pájaros blancos y negros, de tanta utilidad para los rudos guerreros de las montañas, pájaros entrenados solamente para emitir mensajes, pero que también se lanzaban al ataque contra el enemigo. No, eran pájaros que no podían ser reconocidos fácilmente como pertenecientes a los aliados de Estcarp.

De mayor tamaño que los que cabalgaban en las sillas de los Falconers, su plumaje era gris azulado, haciéndose un poco blanco en la cabeza y en la cola. Cinco de éstos habían sido descubiertos por los Falconers más allá de los mares, cuando estaban sirviendo como marinos en los barcos de los Sulcar.

Y estos pájaros habían sido criados y entrenados durante tres generaciones. Demasiado pesados para tener una utilidad semejante a la de los pájaros de los Falconers, podía usárseles como mensajeros, pues para ello tenían un gran sentido de orientación y un gran instinto de su hogar, aparte de la habilidad de defenderse por sí mismos en el aire.

Para los propósitos de Simon-Fulk, este pájaro era excelente. No se atrevió a traer de los pájaros normales a Kars, puesto que sólo los Falconers usaban estos animales. Pero esta raza nueva, atraería la atención de todos, a causa de su belleza, y había sido entrenado para la caza, lo cual hacía suponer que Ivian lo recibiría de buen gusto, como un regalo.

Diez hombres, un pájaro, y una ciudad entera contra ellos. Era

una locura de expedición. En otra ocasión cuatro de ellos habían invadido este mismo Kars y habían salido de él, con sus vidas y aún algo más. ¡Cuatro de ellos! La mano de Simon paseó nerviosa sobre los ornamentos del cinturón de Fulk. Tres de ellos… él, Koris, y en algún sitio, escondida entre aquellos edificios, Loyse. ¿Pero y el que hacía cuatro? Mejor no pensar en ella ahora. Se preguntaba por qué ella no habría vuelto, por qué habría permitido que él se enterara por medio de una tercera persona, aquella hechicera en Verlaine, de que su misión había fracasado. ¿Dónde estaría ella ahora? ¿Quizá lamentándose de su suerte? Pero había aceptado el precio que le imponía el matrimonio entre ellos! Y había sido ella quien… ¿por qué?

—¡Nos esperan para darnos la bienvenida, señor! —dijo Ingvald.

Simon salió de sus pensamientos para concentrarse en lo que le decían.

Una fila de hombres armados, con guerreras iguales, cada una con el escudo de Ivian —un puño envuelto en una malla y sujetando un hacha— les esperaba en el embarcadero. Los dedos de Simon se apretaron con fuerza sobre el revólver de dardos, movimiento que quedó velado por la anchura de sus vestidos. Se oyó una orden, que a ellos les recordó mas bien un ladrido, la cual procedía de un oficial, al mando de la escuadra que les esperaba. Los hombres de la guardia al oír la orden, hicieron chocar sus manos desnudas, una contra la otra, y luego las levantaron por un instante, con las palmas hacia fuera y los hombros erguidos. Era un saludo de recibimiento muy amistoso. Así fue agasajada su llegada a Kars.

Pero también después hubo otro saludo de manos desnudas, al pasar ante las tropas de la puerta de la ciudadela. Y según pudieron comprender a lo largo de su marcha a través de la ciudad, la vida en Kars transcurría tranquilamente, sin ningún signo de malestar.

Pero cuando fueron conducidos con todos los formulismos de la etiqueta de corte al interior de la suite de habitaciones, en el centro mismo de la ciudadela, Simon hizo un gesto a Ingvald y Koris para que se acercaran a una ventana de arquitectura casi ojival. Los siete que habían traído con ellos desde Verlaine se quedaron cerca de la puerta. Simon dijo refiriéndose a ellos.

—¿Por qué aquí?

Koris frunció el entrecejo:

—Sí, ¿por qué?

—Quieren tenernos a todos juntos embotellados —sugirió Ingvald—. Y si estos manejos a nosotros nos sorprenden, a ellos parece no importarles. ¿Pero, dónde está Ivian o al menos su condestable? Fuimos escoltados por un sargento de armas, pero no por alguien de alto rango. Quizás estamos en las habitaciones de los invitados, pero la verdad es que se deshacen en muchas cortesías.

—Para Fulk en esto hay más equivocación que insulto —Simon se quitó el casco ornado del hombre muerto y apoyó la cabeza contra el muro. Una ligera brizna jugueteaba con un mechón de pelo rubio que caía sobre la frente de Simon desde que había cambiado de aspecto exterior—. Tenemos a todos juntos para ellos es un acto de seguridad.

Y además, Ivian, no tiene ningún motivo para tenerle que hacer los honores a Fulk. Pero en todo esto hay algo más… —Cerró los ojos para penetrar en aquel misterioso sexto sentido que le llevaría a conjeturas más razonadas que la simple sensación de algo extraño que se había apoderado de él, y que había ido creciendo en su interior a medida que avanzaba hacia las posesiones del enemigo.

—Una advertencia… ¿te llega alguna advertencia o inspiración? —preguntó Koris.

Simon abrió los ojos. Una advertencia, un influjo llevado por alguien a su cerebro, le había traído en otra ocasión a Kars, un fuerte dolor en la cabeza que le hacía andar, caliente, frío, caliente, frío, a lo largo de las calles que le condujeron a la habitación que ocupara Jaelithe. Pero lo que sentía en aquellos momentos no era igual que entonces. Esto… le llevaba, le impulsaba a seguir adelante, sí, pero no era todo. Se sentía como alguien que se encuentra a punto de tomar una decisión irrevocable. Pero todo no se concernía solamente a él.

—No, no es ninguna advertencia o inspiración que nos mande otra persona. Hay algo aquí que…

Koris alzó el hacha sobre la que se apoyaba. El regalo de Volt no se separaba nunca de su mano. Pero para poder entrar en Kars, la había tenido que disfrazar con hojas y pintarla con los ornamentos propios de un condestable.

—El hacha toma vida —comentó—, Volt… —Su voz se convirtió

en un susurro que no llegó a oírse desde la ventana— ¡Volt nos guía!

—Nos hallamos en el bloque principal —añadió con más energía. Simon se dio cuenta de que Koris está reviviendo mentalmente el plano de la ciudadela de Kars, tal como lo habían aprendido por sus investigaciones—. Las habitaciones privadas de Ivian están en la torre norte. En el pasillo superior no debe haber más de un par de guardias en el extremo más alejado —Se encaminó hacia la puerta de su habitación.

—¿Qué hacemos? —Ingvald miró a Simon—. ¿Esperamos o vamos ahora?

Habían planeado esperar, pero la ansiedad que sentía Simon… Quizás el lanzarse abiertamente sería lo mejor.

—¡Waldis! —uno de los hombres de Verlaine se puso alerta al instante—. Necesitamos un saco de grano para el pájaro; quedó olvidado en el barco; trata de enviar a un mensajero a que lo recoja.

Simon alzó la tapa del cesto donde estaba el pájaro. Aquellos ojos brillantes, de un brillo distinto al dorado que era el normal en aquella raza, ojos brillantes pero oscuros, que le miraban con viveza, reflejando en ellos una cierta medida de inteligencia, no de raza humana, pero de inteligencia. Nunca hasta ahora se había fijado detenidamente en el pájaro, pero en estos momentos le miró una y otra vez mientras ponía la mano sobre la cerradura de su prisión.

La cabeza cubierta de plumas, dejó de mirarles y se volvió hacia la puerta de la habitación, como si quisiera escuchar o advertir lo que nadie pudiera oír. El pico curvado se abrió y el pájaro emitió un chillido, en el mismo momento en que Simon percibía también la sensación de que algo ocurría sin saber determinar el qué.

Koris miró el hacha. El ligero disfraz que le había puesto no llegaba a disimular el brillo del arma, que en aquellos momentos no relucía a consecuencia del brillo del sol o el bruñido del metal, sino que había sido como si el arma hubiera, por un instante, emitido fuego de su propia sustancia. De repente aquel brillo desapareció.

Las amplias, blancas alas del pájaro se abrieron y volvió a emitir un chillido. Simon abrió la portezuela de la jaula, y metió el brazo. El animal se posó sobre su muñeca y brazo. El peso del pájaro hubiera sido una carga que no hubiera podido soportar por mucho

tiempo, pero pronto se sintió aligerado. Alzó las alas y voló hasta colocarse en el respaldo de una silla.

Uno de los Borderers abrió la puerta y Waldis entró. Respiraba con dificultad y la espada que llevaba en la mano estaba teñida de rojo.

—¡Se han vuelto locos! —gritó—. ¡Van a la caza del hombre a través de los patios, matándolos sin compasión…!

No podían ser las fuerzas de Estcarp; todavía no habían dado la señal. Nada podían hacerles por tanto, a no ser que hubiera habido una equivocación y algo no fuera bien. Ingvald cogió al muchacho por el hombro y lo acercó a Simon.

—¿Quién va a la caza? ¿Quién lucha? —le preguntó con ansiedad en la voz.

—No lo sé. Todos ellos, a juzgar por los escudos, son hombres del duque. Oí a uno que gritaba que el duque estaba con su nueva esposa…

La respiración de Koris se agitó.

—Creo que es el momento —dijo. Ya estaba en la puerta. Simon miró hacia el pájaro que continuaba en el respaldo de la silla.

—Abrir la ventana —ordenó Simon al Borderers que tenía más próximo. Él fue hacia adelante, y el pájaro escapó a través de la ventana, a menor velocidad de la que ellos hubieran deseado. Simon se volvió y corrió tras Koris.

Había un hombre muerto, vuelto hacia arriba, en el extremo del pasillo por donde salían, con el rostro lívido por la muerte. No llevaba malla, pero a juzgar por las riquezas de su túnica, debía ser un oficial a las órdenes de Ivian, según se deducía también por el escudo que lucía en un hombro. Pero lo que más les llamó la atención fue un adorno, un nudo entretejido idéntico al que había cogido del cinturón de Fulk, y que él llevaba ahora consigo. ¿Sería alguna nueva moda, o quizá…?

Pero Koris ya estaba subiendo las escaleras que conducían al piso siguiente, que sería el camino que les conduciría a las habitaciones de Ivian y Loyse, si tenían suerte. No era el momento más oportuno para especular acerca de los ornamentos de un cinturón.

Todavía oían los gritos distantes y el entrechocar de las armas. A todas luces la batalla se estaba extendiendo rápidamente.

Oyeron gritos procedentes de algún sitio más arriba de donde se hallaban, y después el ruido seco de golpes. Simon y Koris llegaron al mismo tiempo a lo alto de la escalera desde donde vieron a unos hombres que trataban de forzar una puerta en el otro extremo del pasillo. Dos de ellos balanceaban un banco a modo de catapulta, mientras otros de sus compañeros, con las armas en la mano, esperaban a que saltase la barrera.

—¡Yaaaaah…! —no fue un grito de guerra, sino un chillido de rabia, que salió de Koris, como si toda la impaciencia y frustración que se habían albergado en él, se vieran liberadas de repente. De un salto felino, se hallaba a mitad de distancia. Dos de los Karstenians le oyeron, y se volvieron para afrontar el nuevo ataque. Simon disparó y ambos cayeron, uno tras otro con las huellas de los dardos apenas perceptibles. No era su fuerte la pelea corta, distancia, puesto que había empezado demasiado tarde a aprender los trucos de la espada, y desde luego los privilegios de un ataque al hacha no eran para él. Pero había pocos entre los guardias de Escarp o entre los Borderers que pudieran igualar su habilidad con el revólver de dardos.

—¡Yaaaah…! —Koris acababa de segar una vida al segar un cuerpo. El hacha de Volt empezaba a: hacer estragos entre los enemigos.

Descuidando la protección de su espalda, Koris estrelló el hacha contra la puerta y ésta cedió. Los hombres Borderers se hicieron cargo de los Karstenians que quedaban, no dejando tras ellos más que muertos y moribundos.

Koris ya estaba al otro lado de la habitación, dirigiéndose hacia una segunda escalera más estrecha. Parecía tan seguro de su objetivo que Simon le siguió sin dudar un momento. Llegaron a otro corredor donde no hallaron más que una puerta cerrada.

La puerta no estaba reforzada como la anterior. De un solo golpe de hacha la puerta cedió, y se hallaron en un dormitorio cuyo lecho carecía de cortinas, con las mantas rotas y en desorden, medio caídas en el suelo. El hombre cuyos dedos todavía se crispaban sobre los ropajes, yacía boca abajo, pero movía las piernas de modo febril, en su intento de levantarse de nuevo. Koris se volvió y cogiéndole por los hombros le volvió.

Simon no había visto nunca a Ivian de Karsten, pero lo afilado

de su barbilla y el color terroso de su frente, eran inconfundibles a juzgar por lo que había oído de su aspecto exterior. La comodidad de la vida en que vivía, no habían borrado de él las señales y cicatrices y la rudeza de expresión del poderoso mercenario que había sido, y que a través de muchas batallas le habían convertido en el señor duque.

No llevaba sobre él más que una túnica abierta que dejó al descubierto su poderoso cuerpo al dar le la vuelta Koris, estaba terriblemente marcado por viejas heridas, excepto una, grande, todavía húmeda y roja, que se abría en mitad del pecho.

Su respiración se hizo entrecortada, y cada vez que intentaba hacerlo profundamente, parecía que la herida se agrandaba.

Koris se arrodilló al lado del duque, para poder mirar al rostro de Ivian y encontrar sus ojos.

—¿Dónde está ella? —La pregunta fue hecha no solamente con calor, sino con la firme determinación de ser respondido. Pero Simon dudó mucho que las palabras de Koris llegaran siquiera a Ivian.

—¿Dónde… está… ella? —repitió Koris. Bajo su mano, el hacha se movió, y con la luz que entraba por la ventana, se reflejó sobre el rostro de Ivian.

Le pareció a Simon que la atención del moribundo estaba más centrada en el arma que en quien lo preguntaba. Los labios de Ivian se movieron para pronunciar una palabra:

—Volt… hizo un visible esfuerzo para mirar el hacha y a quien la llevaba. Y sus ojos mostraron sorpresa. Koris se percató de aquello y se acercó para decir:

—Sí, el hacha de Volt, y quien la lleva soy yo: Koris de Gorm.

Pero la respuesta de Ivian fue una mueca, un encogimiento de dolor producido por su mortal herida. Un poco más tarde consiguió decir:

—¿Gorm? Entonces conocerás a tus dueños. Yo querría que ellos…

Soltó una mano de la cobertura de donde estaba asido y la alzó para casi tocar con el puño cerrado la mejilla de Koris, antes de caer definitivamente hacia atrás, llevándole aquel esfuerzo al límite final de las tinieblas.

A excepción de la presencia de Ivian, la habitación estaba vacía.

Koris salió a inspeccionar y volvió a los pocos minutos con los ojos desmesuradamente abiertos:

—¡Ella estuvo aquí!

Simon se mostró de acuerdo, pero las últimas palabras de Ivian permanecían en su memoria. ¿Por qué había hablado el duque de "tus dueños", y había relacionado esas dos palabras con Gorm? Loyse no estaba; Ivian había muerto.

Pero tenían poco tiempo para pensar ni buscar Un grupo de guardias del duque llegó buscando a su jefe, y los Borderers tuvieron que luchar para abrir se camino y ponerse a salvo.

La noche estaba avanzada, cuando Simon se sentó en una silla para comer algo de carne, al mismo tiempo que escuchaba los relatos de todo cuanto se había llevado a efecto en Kars en aquel día.

—No podemos continuar el asedio de Kars —dijo Gutterm de los Falconers mientras se servía vino en una copa. La mano le temblaba de fatiga. Había estado durante diez horas defendiendo el paso da la entrada norte y luchando valientemente para conseguir sentarse donde ahora estaba.

—Nunca fue esta nuestra intención —Simon tragó lo que llevaba en la boca para responder—. Vine aquí para hacer…

—¡Lo que aún no hemos hecho! —La rabia que había en las palabras de Koris fue acompañada de un golpe seco con el hacha en el suelo—. No está en la ciudad, al menos que la hayan escondido en algún sitio que sea imposible aun para las mismas hechiceras el poder encontrarla, ¡y esta segunda posibilidad no la creo!

—Ni yo —dijo Ingvald con un gesto de dolor—. Pero la hechicera dice que no hay rastro de ella. Es como si nunca hubiera estado aquí, o es que ahora está…

Simon le interrumpió:

—Hay un medio de ocultarse u ocultar a alguien, contra lo cual se desvanece el poder…

—Kolder —replicó Koris con energía. Simon pensó que anteriormente él ya había aceptado esta posibilidad.

—Kolder —accedió Simon—. Lo que nos han confesado nuestros prisioneros, explicando que después del atardecer de ayer, se dieron instrucciones a casi todos los oficiales dentro de la ciudadela, al parecer todas procedentes del duque, y todas ordenando de un

modo taxativo que reunieran a los hombres que tuvieran bajo su mando, para atacarse los unos a los otros. Cada uno de los jefes u oficiales, había sido informado de que su otro compañero era el traidor. ¿Podría otra cosa haber causado mayor confusión? Entonces, incapaces de encontrar a Ivian, aun en el momento en que todo venía a demostrar que las órdenes eran falsas, la lucha se hizo más intensa, puesto que empezó a extenderse el rumor de que Ivian había sido asesinado por éste o aquél.

—Fue un pretexto, una excusa, y no por obra nuestra —dijo Gutterm—; en todo esto no estaban metidas más que las fuerzas de Ivian.

—Un pretexto —asintió Simon—. Y el única hecho que podía cubrirse y pretextarse de ese modo era la muerte de Ivian. Con sus fuerzas terriblemente diezmadas, demasiado acabadas para organizar la caza de los asesinos…

—¡Y quizá no sólo Ivian! —intervino Koris—. ¡Quién sabe si Loyse también?

—Pero ¿por qué? —Una sincera preocupación invadió a Simon —. A menos… —su mente fatigada funcionaba despacio, pero aún funcionaba— a menos que Kolder la quiera para cebo.

—¡No lo sé, pero lo descubriremos! —El hacha de Koris golpeó con fuerza el suelo.

Capítulo VI
LA DUQUESA DE KARSTEN

Loyse se sentó en el amplio lecho con las rodillas alzadas y las manos rodeándolas a modo de argolla, y los ojos contemplando la hoja desnuda que había ante ella. ¿Cuál sería el propósito de Aldis Era imposible que la amante del duque tuviera miedo de llegar a perder el poder sobre Ivian. Para Ivian la necesidad de Loyse no era más que por razones de expediente. Y Aldis, que le había tratad durante tanto tiempo y le conocía tan bien, no podía ser desplazada fácilmente.

Pero… la lengua de Loyse humedeció sus labio secos, mientras recordaba. Cuando Jaelithe había sido una profetisa en Kars, meses atrás, Aldis se había acercado a ella secretamente, para comprarlo el procedimiento de que Ivian fuese suyo sin paliativos de ningún género. Y lo lógico era que ella creyera en la eficiencia y necesidad de aquello para tomar tal determinación. De otro modo no hubiera obrado así. Pero entonces, en la última batalla de las voluntades — cuando los Guardianes habían empleado los más potentes emisarios de pensamiento que pudieron conjurar— Aldis (por imagen) había sido el escudo del ataque de Jaelithe.

Pero en estos momentos no podía reconciliar a la presente Aldis con la que había pensado durante tanto tiempo. La actual Aldis no hubiera despreciado a Jaelithe, a no ser por una razón de fuerza mayor. ¿Había sido ése el verdadero propósito de la visita a la hechicera de Estcarp? ¡No! El propio poder de Jaelithe se lo había revelado, como un plan preconcebido de Jaelithe. Por eso la única explicación que había era que Aldis había ido honestamente a Jaelithe en busca de la pócima de amor.

Y la verdad era que Aldis había sido puesta bajo control durante un tiempo, en que tuvo lugar la batalla de las voluntades, antes de la toma de Gorm, el bien había sido realizado a distancia y a través

de imágenes solamente. De haber fracasado, Jaelithe lo hubiera sabido inmediatamente.

Loyse se mordió el labio inferior y continuó mirando la daga de Aldis. No era la Aldis que se espera que pudiera ser. Y ahora Aldis estaba llevando a cabo su propio juego, en el cual Loyse formaba parte como una pieza que podía moverse a placer.

Pacientemente, la muchacha fue luchando contra la rabia y contra el temor que la embargaban.

A todas luces ella había sido sacada de Estcarp, porque debería ser la esposa, por razones de guerra, de Ivian. ¿Pero qué ganaba Ivian con tenerla allí? Primero, lo que él había deseado desde un principio, era Verlaine con sus tesoros marinos, sus fortalezas y su bahía inmejorablemente situada, y que loa hombres de Verlaine conocían a la perfección, así como sus arrecifes, para desde allí, poder estar siempre al acecho de Estcarp.

Segundo, ella formaba parte de la vieja nobleza y quizás este acto podría reconciliar a Ivian coa otras noblezas. Se rumoreaba en Kars que Ivian deseaba con toda su voluntad poderse desprender de los viejos lazos que le ataban a los mercenarios estableciendo su trono ducal con más firmeza, gracias a la unión con los regidores del pasado.

Tercero —Loyse apretó con más fuerza sus rodillas—, tercero, el haber escapado de Verlaine, y el haberse reunido con sus enemigos de Estcarp, había sido sin duda una afrenta para él, y una vejación a su propia estima Y —aquellas alusiones de Aldis— quizás Ivian no soportaba el hecho de que ella hubiera prometido esponsales a Koris, prefiriendo al descastado de Gorm, antes que al duque de Karsten. Se mordió los labios si pudiera haber algún punto de comparación entre ellos… ¡Koris era… Koris! ¡Todo lo que ella quería o podía querer en su vida!

Esas tres eran las razones por las que segur mente había sido traída aquí. Pero tras ellas flotaba la sombra de una cuarta. Y sentada allí, trató d desvelar aquella sombra para descubrir el otro motivo. ¡No era obra de Ivian, sino de Aldis! No hubiera sabido explicar por qué había llegado a esta conclusión, ni tenía fundamentos que la justifica ran, pero estaba segura de ello.

¿Cuáles podían ser los motivos de Aldis? Traer la allí, asustarla con amenazas de las intenciones de Ivian para con ella, y el dejar

un arma en sus manos. ¿De modo que se la autorizaba indirectamente a dirigir aquel bruñido metal contra Ivian en momento en que él tuviera voluntad y deseo de ella? Pero Ivian estaba sujeto a la voluntad de Aldis. O sea que, de cualquier modo, el regalo de Aldis debía ser considerado con mucho cuidado.

Loyse saltó de la cama y fue hasta la ventana, para abrir las hojas, de modo que el viento penetra ra y refrescara su rostro. Le dolía la cabeza.

Por algún sitio debían estar en acción Koris, Simon y Jaelithe. Loyse no dudó ni un solo instante que a aquellas horas estarían buscándola desesperadamente. Pero no creyó posible que pudieran llegar Kars. No, una vez más su futuro dependía de sus propias fuerzas y medios. Volvió a la cama y cogió la daga. Pensó que el regalo de Aldis debía ser una trampa, pero no obstante se sintió aliviada al apretar sus dedos sobre la empuñadura del arma.

Los párpados se le hacían cada vez más pesados, y se dejó caer en la cama. Dormir… tenía que dormir. ¿La mesa cruzada ante la puerta otra vez? Pero no se sintió con energías suficientes como para levantarse y llevar a cabo lo que pensaba. Con el aire de la montaña refrescando la habitación se durmió.

Quizá fueron aquellos meses que había acampado al borde de la montaña lo que le había dado aquel sentido de vigilancia aun entre sueños. Algo indefinible le advirtió y Loyse se puso en guardia, aunque continuó con los ojos cerrados durante unos Instantes, escuchando, tratando de averiguar con todos sus sentidos la causa de aquel sobresalto.

La suave protesta de un gozne… ¡la puerta! Se reincorporó entre las desordenadas cubiertas del lecho. El sol de la mañana empezaba a aparecer a través de la ventana. El resto de la habitación estaba sumida en sombras, sombras a las que no obstante estaba más acostumbrada que a las del hombre que acababa de entrar.

Loyse gazapeó hasta el otro lado de la cama, saltó de ella, ignorando las escaleras de la tarima, quedando esta tarima como única separación entre ella y el hombre que en aquellos momentos se hallaba de espaldas, cerrando con llave la puerta de la habitación.

Era grande, casi tan alto como Simon, y la anchura de sus hombros en nada contrastaba con la gran talla de la túnica que

vestía. Gran talla de hombre, y probablemente tan fuerte como Koris. Cuando se volvió, ella adivinó una sonrisa lujuriosa en su rostro. Y de ello dedujo también que la son risa era cruel y mefistofélica.

Loyse, con la espalda pegada al muro de piedra, pensó que el duque Ivian no sospecharía ni por un momento que el final le podría llegar de un instante a otro.

Él avanzó, sin prisas, hasta los pies de la cama y se detuvo para mirarla, haciéndose entonces su sonrisa más amplia. Después se inclinó con una reverencia más burlona todavía que la que le había hecho Aldis.

—Al fin nos encontramos, mi señora. Un encuentro aplazado por demasiado tiempo… al me nos para mí.

—Un rostro bien tostado y curtido, mi señora —dijo Ivian con una ligera inclinación de cabeza que confirmaba sus propias palabras—. No creo que tengas mucho de que enorgullecerte, mi señora.

El responder, ¿le hubiera hecho a él entrar en acción? ¿O podría quizá ser el silencio una pequeña defensa? Loyse dudaba la determinación que podría tomar. Cuanto más hablara él, más se prolongaba el amargo momento.

—Sí. Ningún hombre te hubiera escogido por tu rostro, Loyse de Verlaine.

¿Acaso lo que pretendía él era hacerle protesta o replicar? Loyse le vigilaba estrechamente.

—Razones de Estado —rió Ivian—, sólo razones de Estado pueden llevar al hombre a veces a hacer cosas que en otras circunstancias le producirían arcadas y dolores de estómago. Por eso me casé contigo, y ahora te meto en la cama, señora de Verlaine…

Él no se abalanzó sobre ella como temía, sino que fue ganando terreno deliberadamente. Y Loyse, separándose de él a lo largo del muro, leyó la depravación en sus ojos. La caza y la captura, la inevitable captura, era algo que sin duda le divertía a él.

Y pensó Loyse que probablemente prolongaría aquella persecución para su mayor morbosidad, saboreando el temor de Loyse, haciéndole perder todas las esperanzas de una posible evasión. Y cuando él se cansara, llegaría el final…

La fue rodeando hasta tenerla cerca del lecho, pero ella, con la agilidad que le había dado su permanencia entre los Borderers, saltó, no hacia la puerta cerrada, donde Ivian se le podía haber anticipado, sino sobre la superficie de la cama. Él no se esperaba esta reacción y el zarpazo que dio para alcanzarla quedó corto. Ella se fue hacia el otro lado ganando agilidad, ayudada en parte por los muelles que soportaban el colchón. Loyse se puso en pie y, cogiéndose a uno de los trozos de tela que colgaban del dosel, se subió a éste. Solamente el hecho de subirse allí le había agitado la respiración, tal era su estado de debilidad. Pero al menos de momento estaba fuera del alcance de Ivian.

Él la miró. Ahora ni se reía ni sonreía. Sus ojos se estrecharon, seguramente del mismo modo que tantas veces habían hecho a través del visor de su casco de guerra.

Ya no se hablaba. Todo había quedado en propósitos. Pero Loyse dudaba de si él podría subir para hacerla bajar de allí. El peso de Ivian debía ser el doble del de ella, y los débiles barrotes que ahora soportaban el peso de Loyse, crujían cuando ella cambiaba de posición. Al cabo de unos segundos de indecisión, Ivian debió darse cuenta de esta particularidad, y cogiendo entre sus manos uno de los soportes del dosel empezó a agitarlo con todas sus fuerzas. La madera crujía. Partículas de polvo se agitaron en el aire. La respiración de Ivian se agitaba por momentos. Había perdido energías a causa de la buena vida que llevaba, pero todavía conservaba la contextura de un hombre que ha matado más que ningún otro en el campo de batalla.

Al fin la pieza sobre la que Ivian estaba forzando se rompió estrepitosamente e Ivian cayó hacia atrás. Loyse cayó al suelo. Y el hombre, que había restablecido su posición con la rapidez de un hombre acostumbrado a depender de la agilidad de un momento, estaba esperándolo con el rostro sudoroso.

Loyse intentó hacerse a un lado, pero esta vez ya tenía el regalo de Aldis a punto para entrar en acción. En un quiebro tropezó con uno de los soportes de la cama, haciéndose daño en la espalda. El dolor la hizo gritar, pero sin embargo siguió con la daga tendida hacia las manos que trataban de apresarla. Ivian lanzaba gruñidos de ira, tratando de esquivar el arma. Su túnica se enganchó en un trozo de madera roto que sobresalía del lecho, y quedó en él

prisionero durante unos segundos vitales. Se lanzó al ataque nuevamente, y Loyse consiguió una vez más poner el obstáculo de la cama entre ellos.

Ivian continuaba acechando. Loyse se mantenía con la daga a la altura del pecho, con la punta afilada y amenazadora hacia su oponente. Afortunadamente, no vestía los ropajes propios del castillo, sino el que acostumbraba a usar para montar, el cual dejaba en plena libertad sus miembros, con lo cual se sentía tan ágil como un muchacho. Sabía algo de esgrima, pero la lucha a cuchillo le era totalmente desconocida. Y sin embargo, se hallaba trente a un hombre avezado a toda clase de luchas.

Ivian cogió una de las cubiertas que había sobre el lecho y la lanzó, sin soltarla de un extremo, contra ella, igual que un ganadero hubiera empleado su látigo. El extremo de la cubierta le hizo lanzar un grito de dolor, y aunque la hizo caer al suelo, no consiguió hacerle soltar el arma. De nuevo Ivian se abalanzó hacia ella, con los brazos abiertos para abarcarla en un abrazo sin remisión para Loyse.

Pero esta vez fue la mesa la que la salvó. Medio caída como estaba, al verle llegar se refugió debajo de ella, e Ivian, que venía ciego de ira y deseo contra ella, se estrelló contra el borde de la mesa, lo cual consiguió detenerle momentáneamente. Por lo agitado de la persecución la túnica le colgaba en desorden por todas partes, y aprovechó aquel momento para poner en orden su vestimenta y el cinturón. De repente, una mano atenazó su brazo armado, forzándolo hacia atrás. Un fuerte olor a per fumes y esencias invadió el lugar que ocupaba, mientras la suavidad de ropas sedosas acariciaban su brazo. Una mano blanca le arrebató el arma con la misma facilidad que si ella no hubiera tenido nunca el menor asomo de fuerza o vigor.

—¡De modo que no tienes valor para matar! —era la voz de Aldis—. ¡Entonces deja a quien sepa hacer uso de esto!

La agitación de Ivian se convirtió de pronto en un agudo gesto de desesperación. Se abalanzó rápidamente hacia la mesa. Tropezó, se rehízo y siguió adelante a pesar del acero hundido en el centro de su pecho, y la sangre que inundaba la túnica. Sus manos se tendieron hacia Loyse. Ésta reunió sus últimas fuerzas para impedir que se acercara, y sorprendentemente el empujón que le dio le hizo

caer hacia atrás contra la cama, a cuyos pies quedó ten dido, agarrándose a las sábanas en un esfuerzo desesperado por levantarse.

—¿Por qué…? —dijo Loyse mirando a Aldis, que a su vez contemplaba el cuerpo caído de Ivian; como si quisiera asegurarse de su definitiva impotencia—. ¿Por qué…? —Loyse no llegaba a pronunciar otra palabra.

Aldis se irguió y fue hacia la puerta entreabierta. Sin hacer caso de Loyse parecía estar escuchando lo que ocurría al exterior. Hasta Loyse llegó el ruido de golpes y gritos. Aldis retrocedió con pasos rápidos y cogió a Loyse por la muñeca, aunque esta vez no fuera para desarmarla, sino para arrastrar a la muchacha tras ella.

—¡Vamos!

Loyse trató de liberarse de ella.

—¿Por qué?

—¡Idiota! —el rostro de Aldis se acercó a dos dedos del de ella —. ¡Es la guardia de Ivian que se aproxima! ¿Acaso quieres que te encuentren aquí… con él?

Loyse estaba desesperada. Aldis había arrojado el cuchillo que había herido al duque, y los hombres de su guardia estaban tratando de abrirse camino hasta sus habitaciones. ¿Por qué, por qué y por qué? Cómo Loyse no encontraba ninguna significación a todo aquello, no se resistió de nuevo a que Aldis la llevara con ella. El cuerpo del Karstenian teñido de sangre al lado de la cama, le hacía sentirse poco a gusto en aquel lugar, imprimiéndole una necesidad incomprensible de huir. Y el apercibirse de que Aldis tenía miedo, todavía empeoraba la situación para Loyse. Conocer al enemigo era una cosa, pero sentirse atrapada en un caos total era algo infinitamente peor.

Se hallaban en un corredor bastante reducido, y los gritos que llegaban desde abajo eran enormes. Aldis la arrastró materialmente hacia la habitación de enfrente. Amplios ventanales se abrían en uno de los muros de aquella habitación amueblada con todo lujo y comodidad. Debía ser la habitación particular de Aldis. No se detuvieron. Fueron directamente hacia la ventana, sobre la que había un trozo de madera, largo, muy recio y plano, apoyado por un extremo al borde de la ventana, y por el otro a un balcón del muro de enfrente. Aldis empujó a Loyse para que se acercara allí.

—¡Sube! —le ordenó—. ¡Sube y camina!

—¡No puedo! —el improvisado puente colgaba sobre el vacío. Loyse no se atrevió a mirar abajo, pero aun así tuvo una extraña sensación de vértigo.

Aldis miró fijamente a Loyse por un momento, y luego la obligó materialmente a subirse cogiéndola por el pecho.

—¡Pasa! —gritó de nuevo.

Y Loyse se dio cuenta de que le estaba ocurriendo algo muy parecido a lo que le había pasado con Berthora: no disponía en absoluto de voluntad. No se había dado cuenta y estaba caminando con el vacío a sus pies. No había llegado al extremo y presintió que Aldis la seguía. Cuando las dos hubieron llegado al otro lado, la Karstenian empujó lo que les sirviera de puente de comunicación, y éste se hundió en el vacío, cerrando el paso tras ellas.

No volvió a tocar a Loyse, no hacía falta. Atravesaron una habitación y luego llegaron a otra mucho más grande. Un hombre herido se arrastraba con las manos y las rodillas. La cabeza del guerrero colgaba casi inerte, y no se apercibió del paso de Aldis y su cautiva, que corrían en otra dirección.

Loyse vio otros heridos y muertos, y hasta pequeños grupos que se batían desesperadamente, pero ninguno de ellos advirtió a las dos mujeres. ¿Qué había ocurrido? ¿Estcarp? Koris, Simon… ¿acaso habían venido en su busca? Pero todos aquellos a quienes veía en el combate, llevaban los emblemas de Karsten, como si todas las fuerzas del duque hubieran estallado en una guerra civil.

Llegaron hasta las amplísimas cocinas, que encontraron desiertas, si bien la carne llenaba las parrillas, y grandes cacerolas hervían su contenido. De allí pasaron a un pequeño jardín donde no faltaban distintas especies de vegetales, y diversos árboles cargados de frutos.

Aldis la sujetaba por la ropa del antebrazo mien tras corrían. Se detuvieron en una ocasión, al enredarse su pelo enjoyado con una rama de un árbol, deshaciéndole el alto moño. Loyse estaba segura de que aquella mujer tenía unos propósitos bien definidos, pero no sabía cuáles, y no lo supo hasta que no estuvieron en la misma orilla del río. Había una pequeña embarcación y Aldis le hizo señas para que subiera.

—¡Entra y túmbate en el fondo!

Loyse no tenía otra solución que obedecer, y se metió en el bote, llenándose de agua las piernas, al calarle las botas. Aldis saltó al bote, imprimiéndole al cabo de unos segundos cierto balanceo, mientras remaba al lado de Loyse. Las dos notaron el olor fuerte del agua estancada dentro del bote. Poco después, Loyse se apercibió de que el bote navegaba con ligereza hacia delante, y que eran empujadas por la corriente, probablemente hacia el río que dividía a Kars.

El olor era casi insoportable, y el agua del fondo del bote continuaba moviéndose y expeliendo su síntoma de podredumbre. Loyse hubiera querido levantar la cabeza y respirar aire puro nuevamente. Pero no se atrevió a desobedecer las órdenes de Aldis. Mentalmente podía revelarse, pero físicamente no tenía más remedio que obedecer.

Loyse se dio cuenta de que habían llegado al río. ¿Adonde se dirigía Aldis? Cuando cabalgó con Berthora, aceptó todos sus actos como normales, y estuvo tan encantada con cuanto ocurría que ni por un momento se le ocurrió pensar qué estaba ocurriendo y mucho menos temer lo más mínimo. Pero ahora se daba cuenta de que estaba bajo un poder mágico que la obligaba a hacer lo que Aldis quisiera. Pero… ¿por qué, por qué le había tenido que ocurrir a ella?

—¿Por qué? —la voz de Aldis sonó suave a su oído—. ¿Preguntas que por qué? Ahora eres duquesa, mi señora, y toda la ciudad, y todos sus extensos alrededores son tuyos. ¿Comprendes ahora lo que eso significa, mi insignificante muñeca?

Loyse lo intentó, intentó comprender todo aquello, pero le fue imposible.

Oyeron unos gritos de saludo, y Aldis se irguió sobre el bote. Poco a poco se fueron acercando a un barco que se alzaba cerca del lugar que ocupaban. Al cabo de pocos segundos Aldis asió una cuerda que le tendieron desde el navío.

Capítulo VII
LAS MURALLAS DE YLE

Simon estaba sentado en la ventana, de espaldas a la habitación. No obstante, oía los pasos inquietos de Koris, y a los hombres que llegaban trayendo noticias, a otros recibiendo y dando órdenes, y otros entrando y saliendo. Todo aquello era el centro neurálgico de la invasión Estcarpian, hallándose un poco más lejos la ciudad que habían tomado en un audaz asalto, y de la que se habían apoderado de una forma tan precaria. El continuar sitiando aquella ciudad era algo rayano en la locura, pero Simon tenía sus dudas en si Koris aceptaría aquella evidencia. Si el actual estado de ánimo del senescal continuaba de aquel modo, era capaz de no dejar piedra sobre piedra en toda la ciudad, buscando lo que no era capaz de admitir que se había ido.

¿Podía reprochar a Koris aquel estado de obcecación que llegaba casi a poner en peligro todos los planes? Objetivamente, sí. Medio año antes, Simon hubiera atestiguado, aunque no comprendido, el tormento que destrozaba ahora al más joven. Pero desde entonces se había vuelto poco comunicativo, y no hacía a nadie partícipe de sus problemas. Se conformaba con interrogar a todos los recién llegados, solicitando noticias.

Koris había sido privado por el enemigo de lo que más preciaba en el mundo; y Jaelithe, sin embargo, se había separado de Simon por su propia voluntad, se había ido y no había vuelto. Simon se debatía contra sus propios pensamientos, tratando de alejarlos y de considerar el problema que tenía entre manos: que Kars era suyo de momento, que Ivian había muerto, y que Loyse no estaba allí, y que ninguno de los hombres que habían capturado sabía del modo que podría haber desaparecido.

Estcarp y Kars —éste era el problema presente—, y Koris incapaz de pensar con rectitud por el problema íntimo que le

acechaba. Simon se separó de la ventana para acercarse a Koris, y cortándole el paso le cogió por un brazo.

—Ella no está aquí. Así que tendremos que buscar en otro sitio. Pero lo que no podemos hacer es perder la cabeza —Simon se expresó con resolución, tratando de poner en sus palabras la fuerza de una bofetada en el rostro de un hombre sumido en un ataque de histeria.

Koris deshizo con un movimiento un tanto brusco la sujeción de que era objeto, pero dejó de pasear, y se aprestó a conversar.

—Si hubiera escapado… —comenzó.

—Si hubiera escapado, seguramente la habrían visto —accedió Simon—. Veamos: ¿por qué se la tenían que llevar consigo? Vinimos aquí y nos encontramos con la traición que se había forjado entre los hombres del duque. Y el propósito de lo mismo pudo haber sido la muerte de Ivian o…

—U otra razón —la voz les hizo volverse y encontrarse con el rostro de la hechicera que había venido con los Borderers—. Por otra razón —continuó, como si estuviera desmenuzando sus pensamientos para poderlos traducir en palabras—. ¿No ven, mis señores capitanes, que con la muerte del duque Ivian su duquesa tiene derecho a reclamar el mando de Karsten, teniendo en cuenta sobre todo que Loyse pertenece a vieja nobleza, y que por tanto éstos se escudarán tras ella? La prepararán y presentarán de tal forma, que podrán usarla como pantalla de su propio poder. Todo esto se hizo con un propósito, en efecto. Pero ¿con el propósito de quién? ¿Quién falta entre los heridos, o entre los prisioneros? Sería mejor no romperse la cabeza preguntando quién ha muerto y por qué, sino quién se ha ido, y por qué se ha ido.

Simon hizo un gesto bien expresivo de comprender la trama. Todo estaba bien orientado y premeditado: llevar a Loyse a Kars, confirmarla ante todo el mundo como consorte de Ivian, sin saber, quizá, ni el mismo Ivian, más que una pequeña parte de los verdaderos planes, para poder hacer uso de Ivian, y utilizar a Loyse a modo de figura decorativa para llevar a cabo sus planes. ¿Pero quién era, de todos aquellos nobles, quien tenía una mente tan retorcida y al mismo tiempo sosegada que le permitiera llevar a efecto sus planes? Según las averiguaciones efectuadas por los Borderers, y a través de las propias creencias de Simon, no había

ninguno entre las cinco o seis principales familias de allí que tuviera la habilidad o el coraje de llevar a buen término y hacer recaer sobre sus espaldas un complot semejante. Y además Ivian no hubiera nunca confiado en ninguno de los, en otro tiempo, pode rosos clanes, hasta tal extremo de que alguno de sus miembros hubiera podido actuar libremente dentro de la ciudadela.

—Fulk no era completamente Fulk —replicó la hechicera—. Puede haber algunos que no son totalmente lo que parecen.

—¡Kolder! —la casi exclamación de Koris fue acompañada de un puñetazo sobre la palma de la mano contrario—. ¡Siempre Kolder!

—Sí —replicó Simon pensativamente—. Quizá se ha decidido tras la debilitación sufrida en sus fuerzas por la captura que de ellos hicimos en Gorm, sustituir la calidad por la cantidad, cogiendo a hombres clave…

—¡Y a mujeres! —le interrumpió Koris—. ¡Hay una que deberíamos haber encontrado aquí, y que sin embargo aún no hemos visto… ¡Aldis…!

La hechicera frunció el ceño.

—Aldis respondió normalmente al conjuro que se le hizo durante la Batalla del Poder, poco antes del asalto a Gorm. Quizás a partir de entonces no haya estado nunca en Kars.

—¡Hay un modo de averiguarlo! —Simon se acercó a Ingvald, que, sentado en una mesa, escuchaba interrumpidas informaciones que le llegaban a través de un pequeño aparato que los Falconers habían traído consigo, un último adelanto que habían hecho transportar a sus pájaros exploradores.

—¿Ha habido alguna noticia de lady Aldis?

Ingvald emitió una leve sonrisa.

—Más de alguna. En tres ocasiones distintas se han intercambiado mensajes que respondían a lo que pensábamos en un principio respecto a haber sido ella la que sembró la discordia haciendo que lucharan entre ellos.

La hechicera había seguido a Simon a lo largo de la habitación y se frotaba las manos, llevando en las palmas la ahumada joya de su profesión.

—Veremos la habitación privada de esa mujer —decidió de pronto.

Fueron todos juntos, la hechicera, Simon, Koris e Ingvald. Era

una habitación ricamente vestida, y muy próxima a aquella donde habían encontrado el cuerpo moribundo de Ivian. En el extremo opuesto de la habitación se abrían enormes ventanas a modo de balcón, mientras el viento que penetraba por ellas jugueteaba con las cortinas de seda del lecho. Entre el balcón y la cama, una silla, en cuyo respaldo se había dejado, quizás olvidado, un pañuelo para el cuello. El pañuelo desprendía un olor tan fuerte a esencias y perfumes, que embotaron los sentidos de Simon de tal modo que se vio obligado a salir a la ventana a respirar aire puro.

La hechicera, con la joya estrechamente sujeta entre las palmas de las manos, recorrió la habitación con las manos bien separadas del cuerpo, y a la altura del pecho. Simon no llegaba a adivinar lo que estaba haciendo aquella mujer, pero, sin embargo, no dudó en ningún momento de que todo aquello debía tener un significado muy serio. Pasó las manos por encima de la cama, después por debajo, quitó de su sitio los dos armarios y la mesa coqueta con todos los artilugios de cajitas y tarros en piedras pulidas, con grabados esculpidos. Cuando estaba a mitad de inspeccionar todo aquello, sus manos se crisparon y luego dudó; se mantuvo en posición expectante, y al fin desplomó los brazos.

Se volvió hacia los hombres.

—¡Aquí hubo un talismán, un objeto de poder que ha sido usado muchas veces, pero es un poder distinto al nuestro! ¡Kolder! —espetó con disgusto—. Es un asunto de cambio de…

—De cambio de forma —gritó Koris—. Entonces, ella, que parecía ser Aldis, ¡podría muy bien no serlo en absoluto!

Pero la hechicera negó con la cabeza:

—¡Eso no, señores capitanes! No es el asunto del cambio de forma que hemos usado nosotros durante tanto tiempo, se trata de un cambio interno, de un cambio anímico o mental, y no de un cambio que sólo afecte a la forma física. ¿No me dijisteis vosotros mismos que Fulk no era Fulk, y que no estaba completamente poseído? Él fue diferente, como lo demuestra el hecho de que huyó de la lucha cuando en otros tiempos hubiera conducido a sus hombres hasta el exterminio o la victoria. Pero se apresuró a proteger lo que había en él, prefiriendo caer, con todo riesgo de muerte, que ser cogido por vosotros cuando aún conservaba parte de él. Igual ocurrirá con esa mujer, pues no hay quien me quite de

la cabeza que lleva en su interior lo que le viene de Kolder.

—¡Kolder! —repitió Koris entre dientes. Abrió los ojos de par en par y volvió a decir el mismo nombre con diferente inflexión en la voz—: ¡Kolder!

—¿Qué…? —Simon iba a decir algo, pero Koris continuó hablando.

—¿Dónde está la última fortaleza de esos malditos ladrones? ¡Yle! Y apostaría a que esa cosa que no hace mucho era Aldis, fue quien se llevó a Loyse, y ahora se encaminan hacia Yle.

—Eso no es más que una suposición —intervino Simon. No obstante, pensó en silencio que era una suposición lógica—. Y en el caso de que tengas razón, Yle está muy lejos de aquí, y aún podríamos lograr alcanzarles. Lo cual también es una razón excelente para marcharnos inmediatamente de Kars, antes de que el desastre caiga sobre nosotros —añadió mentalmente.

—¿Yle? —la hechicera consideró ostensiblemente este punto de vista.

Simon esperó algún comentario. Las hechiceras de Estcarp no eran estrategas, pero si alguna vez tenían algún detalle que señalar o aportar contribución a alguna empresa, merecía la pena escucharlas. Pero, tras aquella palabra, continuó en silencio. Lo único que hizo fue mirar a Koris y luego a Simon y nuevamente a Koris, como si viera algo que ningún hombre pudiera llegar a percibir. Sin embargo, no habló, y de nada hubiera servido hacerle preguntas, como sabía Simon desde hacía mucho tiempo.

De que Koris tuviera razón no tendría ninguna prueba antes de que saliera la luna. No queriendo demorar su estancia en Kars, los guerreros habían retrocedido hasta los barcos en la bahía, dando las instrucciones necesarias para dirigirse hacia el oeste. La sombría tripulación trabajaba bajo la guardia de las fuerzas de Estcarp con un mando Sulcar en cada barco.

Ingvald dejó en la retaguardia a uno de los ventrudos barcos mercantes, y se quedó con Simon viendo cómo se alejaba la ciudad donde tanto trabajo habían tenido.

—Nos hemos dejado una olla que formaba parte de la impedimenta de la expedición —comentó el Borderer.

—Puesto que eres de Karsten, ¿no hubiera sido mejor para ti quedarte para guardar la olla? —preguntó Simon.

Ingvald acogió la broma de buena gana y con risas.

—Cuando los asesinos a sueldo de Ivian incendiaron mis pertenencias y dispararon sus dardos contra mi padre y mi hermano, juré que esta tierra no era la mía. No pertenecemos a la nueva generación de Kars, y es mejor para nosotros que vayamos con los de Estcarp, puesto que pertenecemos a la Old Race. No, deja que la olla la guarde ahora quien quiera. Siempre reconocí, y así lo hice ver en cuantas ocasiones tuve a los Guardians, que Estcarp no quiere más tierras que las de sus propias fronteras. Mira tú mismo… ¿nos hemos molestado mucho, ha pasado ni siquiera por nuestra mente apoderarnos de Karsten?

—¡Señor! —Simon se volvió para encontrarse con el capitán Sulcar del barco—. Aquí hay uno que dice tener algo que decir. Asegura que merece la pena, y quizá tenga razón.

Mostró a un hombre con ropas muy usadas de marinero, al que hizo avanzar, y en cuanto éste es tuvo ante Simon e Ingvald inclinó la rodilla en tierra, señal de servilismo a que estaban acostumbrados los hombres que habían tratado con Ivian.

—¿Qué hay? —dijo Simon autorizándole a hablar.

—Es cierto, señor. Había un barco. Era un costero, pero no de los normales. Sus hombres no bajaron a tierra, aun teniendo en cuenta que tenía que estar allí atracado durante dos o tres días,

Y además no tenían ningún cargamento a su disposición en los muelles, ni habían venido con carga que dejar allí. Mi compañero y yo lo estuvimos mirando con curiosidad, pero no vimos nada, a no ser que estaba muy tranquilo. Pero cuando la lucha se inició en la ciudad, fue como si el barco despertara de pronto a la vida. Los hombres sacaron los remos y comenzaron a alejarse. Y eso hicieron otros, sólo que éstos continuaron remando después de haber empezado a hacerlo…

—¿Y éste no? —Simon, hasta el momento, no veía el propósito de todo aquello, pero tenía confianza suficiente en la recomendación que había hecho el capitán Sulcar de aquel hombre para que fuera escuchado.

—Sólo hasta atravesar la corriente. Allí se sentaron sobre sus remos, mientras que el resto de las embarcaciones continuaba río arriba. Y luego estaba ese bote, una pequeña embarcación que se mecía como perdida entre las olas y la fuerza del viento,

abandonada de su remolque. Pero ellos remaron con todas sus fuerzas para atraparla y llevarla al sitio donde estaba escondida. Y ya no volvió a aparecer. Después de esto se pusieron de nuevo en movimiento, sólo que en lugar de dirigirse río arriba lo hicieron río abajo.

—¿Y ves algo de particular en todo ello?

—Pues… sí, teniendo sobre todo en cuenta que sus hombres venían precisamente en esa dirección. Bien es verdad que la mayor parte de ellos no traían otras miras que lo que sucedía en la ciudad y el ansia de llegar a ella. Quizá los otros pensaron que intentar retroceder hacia la costa era mejor que meterse tierra adentro sobre el río.

—Y cogieron a alguien del bote —dijo Ingvald en tono de aseveración.

—Eso parece —accedió Simon—. ¿Pero a quién? ¿Quizás uno de sus oficiales?

—De ese bote —intervino el capitán de los Sulcar poniendo una mano sobre el marinero—, ¿a quién visteis a bordo?

—Eso es precisamente lo más extraño, señor. No había nadie. Bien es verdad que no pudimos comprobarlo con unos lentes de cuarzo, pero todo cuanto se veía era un trozo de mástil rojo. No se veía a nadie remando o sentado. Si había alguien a bordo tenía que ir acostado sobre el bote.

—¿Alguien quizá herido en la batalla? —especuló Ingvald.

—O simplemente alguien escondido. ¿De modo que el barco se encaminó hacia la costa, río abajo?

—Sí, señor. Y eso también es extraño, me refiero a cómo navegaba el barco. Había hombres a los remos, sólo que parecía que estuvieran jugando o entreteniéndose en lugar de remar con fuerza, y puesto que la corriente era tan rápida no necesitaban hacer otra cosa que evitar que embarrancase en algún escollo o en los bancos de arena. Aquí hay corriente, sí, pero no tan fuerte. Hay que remar con agallas si quiere ganarse tiempo y sobre todo cuando el viento no es favorable, y entonces no lo era. Pero ellos iban ganando tiempo, mucho tiempo,

El capitán Sulcar miró a Simon por encima de la cabeza del marinero:

—No conozco ningún otro procedimiento, salvo los remos y el

viento, capaz de hacer avanzar un barco por el río. Y si hubiera alguno que se moviera por un medio distinto a esos dos, yo no lo he visto nunca, ni ninguno de mis hermanos. El viento y los remos, los conocemos, pero eso… ¡es mágico!

—No para los Estcarpian —respondió Simon—. Capitán, haga señales al barco del senescal.

—Bien, capitán Osberic —Koris se volvió hacia el Sulcar, comandante de la nave, una vez que el relato le fue repetido a él—. ¿Cree que esto es una escena y una situación producidas por una botella de vino, o cree que puede ser verdad?

A todos ellos se les hizo obvio que en su fuero interno deseaba a toda costa que fuese verdad cuanto había dicho el marinero.

—No conocemos tal embarcación, pero que este hombre vio lo que nos ha contado, eso sí, eso lo creo. Pero hay barcos que no son nuestros.

—No era un submarino —señaló Simon.

—Quizá no, pero puesto que parecen copiar nuestro cambio de formas, quizá Kolder haya podido dar otro aspecto a una embarcación. Quizás, en la confusión existente a lo largo del río, mientras hacíamos tomar posiciones a nuestros hombres, quizá quisieron aprovechar la oportunidad para ganar el tiempo que necesitaban.

Koris alzó y volvió a bajar el hacha que como siempre mantenía en la mano.

—Río arriba hacia el mar y, por tanto, hacia Yle.

Koris había tomado una decisión:

—El barco más rápido que tengas, Osberic, y nuestros hombres a los remos si es necesario. Vamos tras ellos.

Simon durmió unas cuantas horas, con la malla y los atuendos de Fulk, que le hacían sentirse incómodo. Se habían desprovisto de los disfraces que les cambiaban el aspecto exterior, pero todavía llevaban las armas y algunos ropajes. Su sueño fue inquieto, lleno de sueños que se rompían en mil trozos cada vez que despertaba, aunque estaba absorbido por los pensamientos que para ellos, en aquellos momentos, eran los más importantes. Al final se quedó mirando a las estrellas, escuchando el viento, y de vez en cuando el murmullo de algún hombre Sulcar sumido en sus deberes. Koris yacía a escasa distancia de él, y a juzgar por su reposo, Simon pensó

que quizá la fatiga se había apoderado de él, haciendo por fin descansar al senescal.

Yle… y Kolder. No habría descanso para Koris hasta no desentrañar aquel peligro. Había que recordar, sin embargo, el momento en que Kolder había hecho la guerra a Gorm, en la que Simon había caído prisionero, y en la que Kolder se había mostrado confiado y hasta incluso despectivo con sus oponentes y con su vulnerabilidad ante el poder de Kolder.

Simon por su parte se acordaba de nuevo de las ludas que le asediaron cuando algunos meses atrás se presentó ante el Consejo de los Guardianes y tuvo que responder a las preguntas que se le formularon: dejar las cosas tal como estaban en Gorm después de la batalla, y tener mucho cuidado con los secretos de los aliados, a menos que hicieran uso de algo que no fueran capaces realmente de comprender o de controlar. ¿Se había equivocado en aquellas respuestas? Aún no estaba muy seguro. Pero algo en su interior le afirmaba rotundamente que tenía razón, y que hacer uso de los medios de Kolder era entregarse a sí mismo, en parte, al enemigo.

Simon sabía, que las hechiceras estaban explorando con detenimiento todos los descubrimientos de Gorm, y eso no le importaba lo más mínimo, pues sabía que harían uso de cualquier posible salvaguarda, y que su mismo poder era una barrera reconocida por Kolder. Pero poner en las manos de otros aquellas invenciones y máquinas…

Aún había un medio de abrir brecha en Yle. Simon había pensado en ello antes, pero nunca, ni siquiera a Jaelithe, se lo había explicado. Pudiera ser que él solo fuera capaz de romper el caparazón do la fortaleza de Kolder. No vía submarina, pues realmente no tenían conocimiento de esto, y. aún no habían descubierto la fuerza que propulsaba aquellos barcos, a menos que fuera la fuerza mental de los de Kolder. No, no era bajo el mar, sino por el aire. Aquellos voladores, alineados sobre los más altos picos de Sippar, serían la llave de Yle. Pero el decírselo a Koris en aquellos momentos sería cometer un grave error.

Capítulo VIII
LA SEMBLANZA DE KOLDER

—Está bien cerrado —dijo Koris lanzando el hacha contra el suelo con idéntica rabia que si la lanzara contra el enemigo. El hacha se cimbreó al clavarse. Se hallaban en una pequeña colina mirando hacia Yle.

Gorm había sido asolado por las gentes de estos lugares. Pero en Yle los Kolder habían erigido su mundo aparte. Quizás uno se esperaría, pensó Simon, encontrar torres y muros de metal. Pero no habían usado más que una piedra común a la arquitectura Estcarpian, con la única diferencia de que los edificios en el país de las hechiceras eran viejos, viejos hasta el extremo de dar la impresión de haber nacido de los mismos huesos u carne de la tierra, de las mismas entrañas del suelo donde se asentaban, sin que nunca hubiera intervenido la mano del hombre para erigirlos. Y esta Yle, sin embargo, a pesar de sus arcaicas piedras, era nueva.

Y no sólo nueva, sino también divorciada del suelo y la roca que la rodeaba, de una forma que Simon apreciaba en su interior, pero que era incapaz de poder explicar. Estaba seguro de que aun sin saber que eran las tierras de Kolder, hubiera podido predecir sin temor a ningún género de dudas que no se trata de Estcarp ni ninguna nación vecina.

—Había una puerta ahí —dijo Koris señalando con el hacha hacia un muro que había a la derecha.

Una barrera, muy parecida a la que separaba a los intrusos de Gorm, les privaba a ellos de llevar a cabo una investigación más a fondo. Simon se movió con impaciencia. Había un medio. Le había estado danzando por la cabeza desde que salieron de Kars.

—Según están las cosas, la constitución y situación de los muros es forzoso que tienen que entrar y salir bajo el mar.

—Entonces nos volveremos de espaldas y diremos que nos

damos por vencidos. ¿Kolder ha ganado? Eso no lo diré yo, al menos mientras el aire llene mis pulmones y tenga fuerza en mis brazos para manejar esto. ¡Hay un medio… tiene que haberlo!

¿Qué le impulsó a Simon a decir lo que se había jurado a sí mismo que no revelaría? Pero las palabras salieron de su boca, casi por sí mismas.

—Podría haber un medio…

Koris se volvió hacia él rápidamente, con el cuerpo un tanto inclinado hacia adelante, como si fuera a enfrentarse con un adversario, en un duelo.

—¿Por mar? ¿Cómo podemos…?

Simon negó muy despacio con la cabeza.

—Recuerda la caída de Sulcar…

Antes de que pudiera continuar, Koris le tomó la palabra.

—¡Por aire! ¡Las naves voladoras de Sippar! ¿Pero, cómo vamos a hacer uso de ellas si no conocemos su magia? —la expresión de sus ojos denotaba su intranquilidad y nerviosismo—. ¿O acaso tú conoces esa magia, hermano? En las historias de tu propio mundo nos has hablado en ocasiones de tales naves volantes que os servían de ayuda en vuestras guerras. ¡Volver sus propias armas contra ese desecho, ajá, sería formidable! ¡Aiií!

Lanzó el hacha al aire y en su caída la recogió por el mango.

—Pues vámonos a Gorm en busca de esas naves volantes.

—¡Espera! —Simon cogió a Koris por un brazo—. ¡No estoy seguro todavía de que podamos volar en ellos!

—Si consigues hacerlos funcionar el tiempo suficiente como para aplastar este nido de víboras, ya es bastante —el rostro de Koris estaba contraído por la ansiedad—. Estoy de acuerdo en que hacer uso de poderes mágicos es un tanto arriesgado, pero ha llegado el momento y los tiempos en que recurrir a cualquier tipo de armas es lo más normal si han de ser de utilidad. De modo que vámonos a Sippar, y procurémonos cuanto nos haga falta.

Simon no había podido olvidar los horrores que de un modo u otro llegaron a ser la secuela principal de la ciudad de Gorm durante muchos meses. Su deseo no había sido nunca el convertirse en uno de aquellos que aplastaban los edificios para convertirlos en tumbas de los hipócritas isleños que habían dado la bienvenida a Kolder para que les ayudara en su batalla dinástica. Simon ya había

tenido suficiente con Gorm y Sippar, cuyas batallas habían llevado a Kolder a la situación en que se hallaba.

En aquel mismo día descubrió otra razón que, aparte de los pasados horrores, le llevaba a odiar los muros de Sippar. Se encontró de nuevo en lo que había sido la sala de control de aquel tupido enjambre, donde cada uno de los oficiales de Kolder se habían sentado ante sus mesas, todos ellos gobernados por su dirigente, y pensando —a Simon le cabía la menor duda— en las órdenes que habían motivado toda su vida en aquella ciudadela. Recordaba los momentos en que había compartido los pensamientos de aquel dirigente y en los que ha había aprendido la fuente de donde emanaba el poder de Kolder, aquellos tiempos en que extranjeros como él habían llegado a poder penetrar a través de alguna puerta fantástica en aquel mundo, bus cando un refugio para el desastre que les perseguía. así, él había compartido los pensamientos de Kolder, ahora, en el momento en que vivía de nuevo los despojos de su recuerdo, como si nunca se hubieran separado en el tiempo, tenía la impresión de haber vivificado un sentimiento muerto durante muchos meses.

Pero no era solamente con los Kolder con quienes Simon había compartido aquella vida. Fue también aquí donde la hechicera de Estcarp, con quien había compartido muchos momentos de penas y alegrías, había menospreciado su joya, abandonándose a la suerte de Simon al decirle su nombre, la posesión más íntima que pudiera poseer. Jaelithe…

¿Pero qué había ocurrido? La hechicera había sido explícita en Verlaine. ¿Pero le odiaba ahora hasta el punto de no poder soportar el verle? Ni siquiera un mensaje. ¡Kolder! Era el momento de pensar en Kolder y no en cosas íntimas que podían incluso destrozar su sentimiento. Simon se concentró en Kolder.

—Simon —Koris le llamaba desde la puerta—. Las naves voladoras están tal como las dejamos.

Naves para la invasión de Yle. ¿Por qué había dudado al pensar en usar sus propias armas contra el enemigo? ¿Por qué había llegado un peligro en las máquinas extranjeras? Desde luego, Koris tenía razón en esto.

Fueron al lugar donde se hallaban las naves. Dos de ellas habían tenido que ser reparadas, y todavía había algunas piezas a su

alrededor dejadas por los especialistas que las habían arreglado. Simon se acercó a la más próxima. Todo aquello era sencillo, no había necesidad de preocuparse por la puesta en marcha. Se hacía esto, y esto, se apretaba después aquí…

Sus manos respondían perfectamente a los dictados de su cerebro. Estaba seguro de que sus reflejos responderían normalmente desde el primer momento que tuviera que ocuparse de uno de aquellos aparatos. Al fin, se metió en uno de ellos, ocupó la cabina del piloto, apretó el botón de puesta en marcha, y después oyó el ronroneo de la vibración. Todo iba bien, podía despegar.

Unos gritos llamaron su atención bajo el aparato, gritos fuertes que fueron muriendo en la distancia a medida que el aparato despegaba. Simon observó los aparatos de control. Yle, se dirigía hacia Yle…, un asunto de extrema importancia le esperaba. La barrera no podría aguantar durante mucho tiempo. Más pronto o más tarde, los bárbaros verían una brecha abierta en sus muros. El poder de esos bárbaros se estremecería al mismo tiempo que sus muros.

Simon iba montando en ira contra aquellas gentes, mientras volaba sobre las aguas de la bahía. Gorm, había perdido Gorm. Quizás ellos perdieran Yle en esta ocasión. Pero sus planes continuaban adelante. No había más que dejar su puerta abierta y aplastar su poder, y aquellos estúpidos salvajes encontrarían su recompensa. La caída de Sippar no sería nada comparado con lo que ocurriría en Es.

El aterrizaje se llevó a cabo con toda limpieza. Por unos momentos Simon quedó como absorto. Esto… ¡era Yle! ¿Cómo había llegado hasta aquí? Koris, las fuerzas… le daba vueltas la cabeza. No, era verdad, no era un sueño. Le dolía la cabeza horriblemente. Las manos se separaron de los mandos, y de un modo instintivo se cerraron sobre el cinturón de Fulk, acariciando levemente la espada.

Sí, se hallaba en Yle y su cometido acababa de empezar. De pronto, sobre el techo donde había aterrizado, en un espacio cuadrado que se abría sobre el piso, se alzó una plataforma que llevaba a dos mujeres.

Simon abrió la puerta de la cabina y esperó, sin moverse del sitio del piloto. Vio a Loyse… Ella le miraba, con los ojos abiertos

de par en par, pero claramente sometida al control de los enemigos. Se sentó en uno de los asientos tras él. Y luego la otra, Aldis. ¿Aldis?

—Al mar.

Le molestó esta orden dada por Aldis. Sabía tan bien como ella el sitio donde tenían que ir. Formando una espiral remontaron al aire.

La bruma era espesa. Aldis se inclinó hacia adelante desde el asiento que ocupaba, mirando la compacta nube exterior con temor. Y tenía razón, era una de las añagazas del enemigo. Pero no podían controlar la nave volante, ni hacer desviar a Simon de su ruta, aunque sí podían aturdir, aplomar sus ojos… sus ojos…

Simon, con un gran esfuerzo, intentó despejarse. Algo blanco se movía en su línea de vuelo, a escasos metros por encima de él y un poco más adelante. Naturalmente, era su guía, no tenía más que seguirlo y no preocuparse por la niebla. Continuaron volando pero la niebla parecía no tener fin, y continuaba rodeándoles. El enemigo se defendía con todas sus fuerzas, con el único inconveniente de que no podían controlar el vuelo. Los hombres podrían verse obligados a inclinarse ante sus propósitos, pero no las máquinas, ¡las máquinas nunca!

Con las máquinas uno podía estar seguro, estar a salvo.

La niebla era más que cegadora, llegaba al confusionismo. Quizá no fuera aconsejable permanecer mirando a través de su masa arremolinada, pero de no ser así, perdería contacto con el guía blanco… ¿Qué era? Simon no llegaba a definir lo que podía ser, pues cada vez que lo intentaba la silueta se confundía con la niebla.

Continuaron, más y más. Entre las brumas se perdía la noción del tiempo.

—¿Qué estás haciendo? —Aldis se inclinó hacia adelante posando la mirada en uno de los diales del tablero de mandos—. ¿Adónde vamos? —su voz fue más inquieta en esta segunda pregunta.

—Hago lo previsto —Simon se sentía de nuevo irritado por la necesidad de contestar a aquella mujer. Había hecho un buen trabajo esta hembra, pero esto no significaba que tuviera el derecho de hacerle preguntas que al fin no correspondían más que a su competencia y la libertad de sus actos.

—¡Pero ésta no es la ruta!

¡Claro que lo era! Él estaba obedeciendo órdenes, siguiendo a su guía. ¿Cómo se atrevía a decir eso?

Simon miró al cuadro de mandos. Se llevó las manos a la cabeza. Sentía vértigo, un vértigo horrible. No era necesario mirar los diales, sino seguir el guía blanco, que le llevaría a buen fin.

—¡Estate quieta! —espetó a la mujer tras él.

Pero ella no hacía caso. Le cogió por el brazo de nuevo.

—¡Éste no es el camino!

Siguió repitiendo lo mismo hasta que las palabras y los chillidos llegaron a causarle dolor en los oídos. El sitio que Simon ocupaba tras los mandos era demasiado estrecho como para dejarle moverse con comodidad. Sin embargo, no sin gran esfuerzo, consiguió alcanzar a la mujer con la mano derecha y empujarla hacia atrás sin contemplaciones.

Ella se defendió y consiguió alcanzar su mano, arañándole en el dorso. Simon se preocupó, más que por esto, por la línea de vuelo, ya que por un momento perdió de vista entre la niebla al guía blanco. Con el mismo dorso de la mano la empujó definitivamente hacia atrás y concentró toda su atención en la cosa medio oculta que tenía a escasa distancia de su nave.

Por un momento la vio por completo, un solo instante. ¡Un pájaro… un gran pájaro blanco! ¡Un pájaro blanco!

Simon se retorció en el asiento, luchando por contener un grito que salía de su pecho. ¡Kolder! Kolder influenciaba sus pensamientos, sometiéndole a su voluntad. Se miró las manos apoyadas en los mandos, ignorante por completo en aquel momento de lo que debía hacer, o cómo conservar la línea de vuelo. El pánico que sintió de pronto fue agudo, dejándole un sabor amargo en la boca. Se estaban sirviendo de él. Su mano izquierda cayó hacia un lado buscando… ¿buscando qué? Simon contempló fascinado el movimiento de su mano que no había sido ordenado por su propio cerebro. Los dedos rozaron el cinturón de Fulk, se deslizaron suavemente a lo largo del mismo hasta encontrar el nudo entretejido de metal verde, del que hasta ahora desconocía su uso. ¡Eso!

En aquel instante llegó a hacer uso de su voluntad para separar la mano… y el esfuerzo le hizo brotar un sudor frío. Volvió la

cabeza. La mano de Aldis se oprimía con fuerza bajo su propio pecho y le miraba con negro odio, ¿pero no había también temor en aquella mirada?

Simon la cogió por la débil muñeca y la arrancó del lugar que ocupaba. La otra mano de la hechicera volvió a ponerse sobre el pecho. Cualquiera que fuera el tipo de talismán de Fulk, Aldis tenía su contrapartida. La pugna entre Aldis y Simon influyó en la línea de vuelo del aparato. Si no volvía a poner las manos en los mandos peligraba la integridad de los ocupantes de la nave volante, pero también podía significar volver a caer en el servilismo de Kolder. Estrellarse podía ser la muerte de todos ellos, y aceptar el control de Kolder, al menos podría posponer esa muerte durante un cierto tiempo, que al fin y al cabo podría ser su aliado. Simon, pues, no hizo más resistencia, y sus dedos se agarrotaron sobre los mandos.

—¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido?

Un grito, un grito que no procedía de garganta humana. Viniendo derecho hacia la ventana de la cabina, como si fuera a estrellarse contra el rostro de Simon, aquel pájaro, con su cruel pico, abierto de par en par. Las manos de Simon volaron hacia los mandos del control, en un reflejo intuitivo, intentando pasar por debajo de aquel feroz ataque. Los gritos de Aldis eran más fuertes y más agudos que los del pájaro. Simon maldecía mientras trataba de recuperar el control de la nave. El vuelo continuaba con cierta normalidad, pero habían perdido altura y le era imposible recuperarla. Tarde o temprano, tendrían que aterrizar, y lo mejor que podía hacer era dejarse dominar por el poder Kolder para aquel momento de tocar tierra. Simon maniobró a toda rapidez con los mandos de la máquina para aterrizar de inmediato. Una sacudida, la superficie escondida por la niebla cegadora, y otra sacudida más fuerte. La cabeza de Simon chocó con la pared de la cabina, sin haberse dado cuenta de dónde estaban. El aparato hizo un amago y se amorró en el suelo. La niebla fue haciendo su aparición en el interior de la cabina, filtrándose a través de la puerta del aparato. Con ella llegó un olor fuerte de agua estancada, mezclada con el olor de vegetación putrefacta. Aldis se levantó, miró a su alrededor, lanzando un suspiro de decaimiento. La cabeza le daba vueltas y en su mano agitaba con nerviosismo el amuleto de Kolder.

Se inclinó hacia delante pero rápidamente se, detuvo al ver que

con su movimiento el aparato se balanceaba. Estiró las manos hasta alcanzar a Simon, y le quitó el casco. Cogiéndole con fuerza por la abundante cabellera le echó la cabeza hacia atrás.

Había un riachuelo de sangre en su sien izquierda, y tenía los ojos cerrados. Pero el hecho de que pareciera estar inconsciente le era indiferente a aquella mujer. Consiguió, lentamente, acercarse un poco más a él, y sin soltar la presa que había hecho en el cabello de Simon, puso sus labios a escasos centímetros del rostro del herido. Y le habló, no con palabras de Karsten, ni con las del antiguo dialecto de Estcarp, sino con una serie de sonidos que recordaban más el martilleo de un metal sobre otro, con su agudo tintineo, que un discurso o conversación humanos.

Aunque continuaba con los ojos cerrados, movió la cabeza. Simon trató de liberarse moviendo la cabeza, pero ella no soltó su presa. Por segunda vez le repitió el mensaje. Aldis esperó. Pero él no volvió a agitarse. Cuando Aldis le soltó, la cabeza cayó hacia delante hasta descansar sobre el pecho.

La mujer dio un grito de nerviosismo. Buscó el panorama exterior y halló la imagen del esqueleto retorcido de un árbol muerto, con sus ramas resquebrajadas cubiertas por un pálido musgo, y agitadas por el viento. El viento arrastraba la niebla, clareando y descubriendo un panorama que no era el más susceptible para conducir al optimismo. Agua verdosa estancada en pequeñas lagunas, de las cuales la madera putrefacta de árboles muertos se alzaba como poderosas manos de esqueletos amenazadoras hasta el cielo. Mientras miraba uno de aquéllos, tomó vida, un horrible cuerpo parecido a un lagarto inmenso, con piel irregular y fauces dentadas, que se arrastraba hacia la nave.

Aldis, sobrecogida, se llevó las manos a la boca para ahogar un grito. Se esforzaba por pensar. ¿Dónde podían estar? Esta región era desconocida para ella, y quizá totalmente ignota para el pueblo a quien servía.

Capítulo IX
LA TIERRA DE TORMAN

Simon abrió los ojos. El dolor que sentía en la cabeza le hacía sentirse rodeado de una luz verdosa. Se movió, y provocó un balanceo en un sentido del aparato, que le advirtió, a pesar de su semi inconsciencia del peligro que corría. Miró hacia arriba, para ¡encontrarse con una horrible pesadilla!

Sólo la cabina transparente separaba a aquel horrible dentado de él. Sus garras arañaban la superficie de la nave, mientras se apoyaba sobre el morro del aparato. Incapaz de hacer nada, Simon seguía con ojos horrorizados los movimientos de la bestia. Tenía cierto parecido a un lagarto, sólo que éste era gigante, pero su envergadura y la agilidad de sus movimientos, carecían de los reflejos propios de los animales que había conocido en su mundo. Aquella bestia tenía una piel irregular, leprosa, como si se hubiera visto atacada por una enfermedad contagiosa. De vez en cuando el animal hacía una pausa para mirar a Simon, y había tal malignidad en aquellos ojos blanquecinos, que daban un aspecto terrorífico.

Simon volvió la cabeza con cuidado. La puerta había quedado abierta a consecuencia del violento aterrizaje. Si el lagarto se acercaba unos cuantos metros hacia un lado, acabaría consiguiendo su propósito. Movió la mano unas pulgadas, y sacó el revólver de dardos de la funda. Después recordó a las mujeres. Con todo cuidado Simon cambió de posición, y la nave se movió un poco. El lagarto emitió un gruñido escalofriante, y escupió. Un líquido lechoso cayó sobre la ventana de la cabina.

No podía ver a Loyse que se hallaba inmediatamente detrás de él. Pero vio a Aldis, sentada y con los ojos cerrados, y ambas manos sobre el talismán de Kolder, testificando con su postura la intensa concentración en que estaba sumida. Simon no se atrevía a moverse para alcanzar la puerta. La nave parecía balancearse sobre un punto

de apoyo que la hacía ir de un lado a otro, según la distribución del peso.

—¡Aldis! —dijo Simon, gritando. Su intención era sacarla de su concentración—. ¡Aldis!

Si le oyó, no dio la menor evidencia de ello.

—Está hablando con ellos —dijo Loyse.

—La puerta, ¿puedes acercarte a la puerta?

Se movieron y de nuevo la nave titubeó en su posición.

—¡No te muevas! —ordenó. Pero vio que aquel movimiento, tan peligroso como había sido, les había hecho un gran servicio, pues el lagarto resbaló aun a pesar de sus esfuerzos, a lo largo del plano inclinado del morro de la nave.

Abrió las fauces y lanzó un rugido que parecía angustioso, intentando de nuevo poner sus garras sobre el aparato. En el suelo, si es que a aquella superficie cenagosa se la podía denominar como suelo, tenía probabilidades de encontrar la puerta. Simon pensó que no debería arriesgarse.

—Loyse, ¡vete hacia atrás a toda velocidad!

—Sí.

La nave se movió. Pero el morro del aparato se levantaba.

—¡Ahora! —Con el rabillo del ojo, Simon vio la sombra de unas manos en acción. Loyse, por propia iniciativa, cogió a Aldis por las axilas y la arrastró materialmente con ella hacia la parte trasera del aparato. Simon salió por fin de su sitio, y se apoyó en el quicio de la puerta. Miró hacia el exterior, y luego quiso cerrar la puerta pero no le fue posible.

La parte posterior del aparato se alzó con cierta violencia, mientras Aldis se debatía con todas sus fuerzas con la muchacha. Simon acercándose a ellas la golpeó y la mujer, agente de Kolder, se desvaneció, escapándose de entre sus manos el talismán enemigo.

—¿Está muerta? —preguntó Loyse mientras ponía hacia un lado el cuerpo inerte de la otra mujer—

—No. Pero al menos nos dejará tranquilos durante un rato… aquí…

Juntos situaron a Aldis definitivamente en un rincón, y aquella compensación de peso, estabilizó el aparato, hasta el punto de que ya no volvió a moverse, siempre y cuando se movieran con cierta cautela. Por vez primera Simon tuvo la oportunidad de mirar hacia

el exterior con tranquilidad, sin olvidar no obstante de tener a punto el revólver.

La madera muerta, medio sumergida, las charcas ennegrecidas, y la podrida vegetación, era algo que no había imaginado poder ver nunca. No tenía ni la menor idea de dónde estaban, ni hubiera podido explicar cómo llegaron allí. El olor de aquellas charcas era tan penetrante y tan nauseabundo que oprimía los pulmones, dificultando la respiración y aumentando su dolor de cabeza.

—¿Dónde estamos? —dijo Loyse rompiendo el silencio.

—No lo sé —pero en sus recuerdos parecía flotar algo… un pantano… un cenagal… ¿de dónde había sacado la idea de un cenagal? La capa de musgo sobre las largas y muertas ramas se balanceaba con el viento. Las puntas de un manojo de cañas que sobresalían del agua, estaban también mecidas por el viento. Cañas… Simon frunció el entrecejo tratando de recordar. Cañas y charcas malolientes… y aquella niebla… le recordaban algo muy lejano en el tiempo y en el espacio. ¿Quizá de los tiempos de su verdadero mundo? No…

De pronto, durante uno o dos segundos, se sintió como el antiguo Simon Tregarth, el que había huido con una hechicera fugitiva delante de loa cazadores de Alizin. Igual que entonces, ahora tendría que atravesar los pantanos malolientes para buscar refugio en otro sitio. ¡Los Pantanos de Tor! Una región prohibida de donde sólo un hombre fue capaz de entrar y volver a salir. ¡Y aquel hombre el padre de Koris de Gorm! Había llevado consigo a una mujer de Tor y la había hecho su esposa, aun a pesar del odio e incluso el temor de su pueblo por la mezcla de sangre.

—¡Tor… los Pantanos de Tor! —oyó Simon que susurraba Loyse.

—Pero… —Loyse extendió la mano— Aldis estaba pidiendo ayuda… Y Tor no se mezcla con los extraños de otros mundos.

—¿Qué sabe nadie de los secretos de Tormarcsh? —dijo Simon como si hablara consigo mismo—. Kolder ha entrado con Kars, y juraría que también lo ha hecho en otros sitios, como Alizon. Sólo los de Old Race no aceptan la sumisión a Kolder y descubren inmediatamente sus intenciones. Por eso Kolder les teme y les odia más que nadie. Quizás en Tormarsh no hay tal barrera para mezclarse las razas.

—Ella llamaba. Por tanto ellos responderán… ¡y nos encontrarán

aquí! —gritó Loyse.

—Ya lo sé. —El avanzar hacia aquellos pantanos podría significar la muerte, pero también había, aunque escasa, alguna probabilidad de escapar. Quedarse esperando en la nave estrellada sería tanto como volver a ser atrapados. Simon deseaba ardientemente que no le doliera la cabeza, y como máxima esperanza tener una ligera idea del lugar donde se hallaban, en aquellos pantanos. Quizás estaban a poca distancia del lugar desde donde en otra ocasión, alguien consiguió escapar. Los árboles muertos serían su mejor sendero.

—¿Adonde iremos? —preguntó Loyse.

Quizá fuera una locura, dirigirse hacia lo desconocido, pero todos, y cada uno de los sentidos de Simon, se rebelaban ante la idea de ser repescados por la fuerza. Se quitó el cinturón y se quedó con la daga y el revólver de dardos. Esto podría necesitarlo, pensó. Miró a Loyse, llevaba un traje de montar, pero no tenía ni siquiera un cuchillo.

—No lo sé —respondió él a su anterior pregunta—. Lejos de aquí y pronto.

—Sí, sí —miró hacia Aldis y añadió—: ¿Qué hacernos con ella?

—Se quedará aquí.

Simon miró hacia el exterior, inmediatamente a los pies del aparato. Había trozos de hierba aplastada debajo del aparato. Dondequiera que se hubiera ido el lagarto, ya no lo habían vuelto a ver merodeando por la puerta. Simon saltó fuera, y las botas se hundieron un poco bajo la hierba subiendo a la superficie una emulsión de agua y tierra. Extendió i las manos hacia Loyse y la ayudó a salir del aparato.

—Por aquí…

Empujó la puerta para cerrarla por fuera. Dejaría a Aldis dentro, pues se sintió incapaz de dejar expuesta a las amenazas del exterior a aquella mujer, aunque fuera un demonio dominado por Kolder.

Una vez estudiada la situación someramente, Simon reconoció que no tenían más remedio que atravesar por entre el agua empantanada, andando entre las ramas de los árboles, que les servirían de sendero.

¿Aguantarían las ramas que iban a servir de puente, el peso de los dos? El único medio de saberlo era probar.

Simon guardó para él el revólver, y le dio el cuchillo a Loyse.

—No avances sobre ninguna rama, hasta que yo haya pasado —ordenó—. Quizá nos hundamos al pasar por alguna rama, pero creo que es mejor que el ir andando por el agua.

—De acuerdo, pero ten cuidado, Simon.

Él le respondió con una ligera sonrisa:

—Estate bien segura que de eso me encargo yo.

Simon cogió una rama, que a juzgar por las señales debía hacer mucho tiempo que se había desprendido de algún árbol, y sirviéndose de su apoyo saltó al primero de los troncos. La madera no cedió mucho, pero salieron algunas burbujas de debajo del agua.

Saltando de una a otra, anduvo entre las ramas abriendo camino hasta llegar a una donde se recostó para descansar. No es que le fatigara el simple hecho de avanzar por aquellos vericuetos, sino la tensión del cuerpo entero que le agarrotaba las articulaciones haciendo cada esfuerzo dos veces más pesado. Se entretuvo mirando a Loyse que avanzaba por el sitio que él había marcado, el rostro pálido, y el cuerpo tan erguido y agarrotado como el suyo.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que comenzaron aquel devaneo de un tronco al otro? Por dos veces Simon se volvió hacia atrás, seguro de que ya habrían andado un largo trecho, para encontrarse con que el aparato lo tenían casi al alcance de la mano. Al fin saltó sobre un escollo cubierto de hierba, y tendió las manos a Loyse. Se sentaron juntos, un tanto temblorosos, golpeándose y frotando los músculos de las piernas que parecían haber perdido agilidad en el recorrido.

—Simon…

Miró a la muchacha. Ella se pasó la lengua por los labios mientras miraba el agua empantanada.

—El agua… no se puede beber… —No era una aseveración, sino más bien una pregunta, que él comprendió que Loyse no se atrevía a hacer. También Simon se pasó la lengua por los labios, mientras se preguntaba cuánto tiempo serían capaces de resistir a la tentación, antes de que aquel lugar les llevara a una situación que les hiciera olvidarse o menospreciar el peligro de que estuviera envenenada.

—Es inmunda, asquerosa —replicó él.

—Simon… —Loyse alzó la mirada con resolución, contemplando

el camino que habían andado— Esos árboles…

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó con desgana.

—El modo como crecieron —dijo con animación—. Mira, incluso los que están caídos, ¡míralos! No era un bosque, ¡fueron plantados en hileras!

Él siguió con la vista la dirección que indicaba el dedo de Loyse, y estudió la posición de los troncos. Loyse tenía razón. No estaban diseminados, sino que formaban dos líneas paralelas, marcando un largo camino perdido. El interés de Simon fue en aumento, tanto más cuanto que el camino terminaba en un pequeño islote, cerca de donde estaban descansando.

—¿Un camino, Simon? ¿Un viejo camino? Pero un camino tiene que conducir a alguna parte. —Loyse se levantó, y separó la mirada de los árboles para ponerla en la isla.

Unos minutos más tarde divisaron una línea entre los árboles que venían a respaldar sus suposiciones. La hierba en aquel lugar, formaba una superficie bastante igualada, con claros, algunos claros aquí y allá, que dejaban al desnudo trozos de piedra. Y aquella piedra estaba formada por pulidos sillares, alineándose unos junto a otros formando un pavimento. Loyse golpeó con el tacón de la bota.

—¡El camino está aquí! Y nos sacará de aquí, ¡ya lo verás, Simon!

Pero un camino, pensó Simon, tenía dos direcciones, y si hemos escogido la mala, no haremos más que meternos nosotros mismos, más y más en Tormarsh, para una vez allí tenerse que enfrentar con o lo que viviera allí.

Continuaron avanzando, hasta llegar a una pequeña prominencia del terreno, para volver a encontrarse con un lugar donde el agua volvía a cubrir el suelo, formando nuevas estancas. Pero a un lado de la charca, se alzaba un pilar alto de piedra, un tanto inclinado, como si el terreno hubiera cedido a su propio peso. En lo más alto, un entretejido de descuidadas hiedras, cuyos rizos caían a mido de rizos reptiles sobre un rostro esculpido.

La nariz puntiaguda, barbilla alargada, más bien pequeña pero con rasgos de carácter de hierro y voluntad inflexible, formando sin embargo del todo, un aspecto inhumano.

—¡Volt!

Este Volt era una leyenda —medio Dios, medio demonio—, el

último de una raza extinguida, que continuaba viviendo en el tiempo de la raza humana, dando parte de su sabiduría a los recién llegados, a causa de su soledad y de su compasión.

Loyse sonrió a la vista de aquello.

—Tú has visto a Volt. Koris me ha explicado aquel encuentro cuando solicitó el hacha y no se la negó. Creo que esta piedra es un buen augurio, y al menos por ahora nos muestra, que el camino continúa.

Todavía quedaba ante ellos, aquella extensión de agua. Simon se dispuso a continuar el camino, y no tuvo más remedio que por un momento tenerse que meter en el agua, observando entonces que a escasa distancia de la superficie, había piedra sólida, y que la ruta que trazaba el pavimento continuaba. No se apresuró, y antes de dar un paso, se aseguraba de que fuera seguro, haciendo ir a Loyse inmediatamente detrás de él.

Tras el pilar donde se hallaba la cabeza de Volt, el pavimento emergía por encima del agua, y a medida que fueron andando la superficie se iba haciendo más sólida y más amplia, hasta el extremo de que Simon llegó a sospechar de que aquello no era un islote sino una considerable extensión de tierra firme, lo cual les proporcionaría espacio vital y menores riesgos por tanto de ser descubiertos por los Torman.

—Otros han vivido aquí. —La vegetación no era en este lugar demasiado alta, y Loyse señaló los bloques de piedra que de una manera vaga dibujaban lo que en otros tiempos habían sido muros.

¿Un edificio? ¿Un poblado o quizá los restos de una pequeña ciudad?

El camino, que hasta ahora había sido recto, tomó una curva hacia la derecha y Simon esperó a Loyse para invitarla a un descanso. Aquellos bloques de piedra que en otro sitio cualquiera hubieran sido la negación de cualquier estructura, aquí habían tomado la alineación de bajos muros. Y más allá, al otro lado de los muros crecían plantas, de diferentes especies y diseminadas sin orden.

—Loquths —Loyse identificó con este nombre el de algunas plantas que eran muy comunes en Estcarp. Flores purpúreas con capullos sedosos.

—Y mira… —dio un paso para acercarse al muro, indicando al

mismo tiempo un pequeño nicho construido con cuatro piedras. En aquel reducido reducto se ocultaba los rasgos en piedra de una figura, cuya nariz puntiaguda la hacían inconfundible. Quienquiera que había plantado aquel campo, había dejado a Volt para protegerlo.

Pero Simon había visto algo más. Un sendero bien delimitado, que no formaba parte del viejo camino, pero que se iba hacia la derecha serpenteando desde el otro lado del muro.

—¡Vámonos! —Desde aquel mismo momento tuvo la plena seguridad de que había hecho una mala elección y de que aquel camino les dirigía hacia Tormarsh. ¿Pero cómo iban a volver sobre sus pasos? Además, volver a las proximidades de la nave volante era tanto como ir directamente hacia las manos del enemigo.

Loyse se había dado cuenta de la situación:

—El camino continúa —su voz era casi un susurro. El camino que tenían ante ellos era lo suficiente agreste y salvaje, como para pensar que no era muy frecuentado por los de Tor. Podrían seguir por allí.

Ya no había campos amurallados y plantados. E incluso los diseminados bloques de ruinas desaparecieron. Sólo de vez en cuando alguna calvicie del terreno les aseguraba que todavía se hallaban sobre el camino.

Pero la sed que antes sintieran, ahora se había convertido en ansiedad y verdadera agonía para la boca y garganta. Simon vio que Loyse vacilaba en su paso, y la cogió por un brazo para ayudarla. Ambos estaban derrengados cuando llegaron al final del camino; un estrecho muro de piedra limitaba exclusivamente con un horrible infierno de barro licuoso, denso y oliendo a podredumbre. Loyse dio un grito, y volvió el rostro hacia Simon, mientras éste, protegiéndola con el brazo, volvía sobre sus pasos, ansioso de escapar de las fauces invisibles de aquel horrible golfo.

Capítulo X
EL ENCUENTRO DE JAELITHE

—No puedo más…

Simon sostuvo a Loyse para que no cayera, no sin gran esfuerzo. Su malestar se había convertido en un tambaleo que apenas podía resistir. La visión de aquella ciénaga, le había producido una impresión irresistible.

La realidad era que él no se encontraba mucho mejor. La necesidad de agua y de comida, tenían su estado físico minado. El hecho de haberse esforzado por mantener a la muchacha en pie, fue motivado solamente por la razón de que si se daban por vencidos en aquel momento, ya nunca serían capaces de continuar.

Con el nerviosismo, la preocupación y el cansancio de los primeros minutos, Simon ni se dio cuenta del primer proyectil que cayó sobre la antigua calzada, y que con su estallido levantó una cortina de polvo. Pero la segunda cayó casi a sus pies, y aún tuvo la fuerza y los reflejos suficientes para echarse hacia atrás arrastrando consigo a Loyse.

Pero estaban rodeados, formando el polvo, un muro casi infranqueable ante ellos. Simon protegió a Loyse con su cuerpo, al mismo tiempo que se aprestaba a la defensa con el revólver de dardos en la mano. ¿Pero cómo iba a luchar contra una columna de polvo? Sin embargo, no le cabía la menor duda de que aquello era un ataque deliberado.

—¿Qué…? —comenzó a decir Loyse.

—¡No lo sé! —interrumpió Simon adivinando la pregunta de Loyse.

La nube de polvo pareció moverse de pronto, no hacia ellos, sino a su alrededor.

—Simon, creo que vienen hacia nosotros —dijo Loyse, con la mano en el cuchillo.

—Sí, eso creo yo también.

Pero no tendrían oportunidad de defenderse. Se oyeron nuevos ruidos. Una nueva arma de las que les rodeaban impidiéndoles la retirada, cayó cerca de ellos, y estalló como las demás. A partir de aquel momento no vieron nada a su alrededor. Se limitaron a esperar, haciendo caso omiso de las armas que ya no tendrían oportunidad de emplear.

Simon se halló encajonado, respirando con dificultad. ¡No podía respirar… respirar! Le dolía horriblemente todo el cuerpo, pero luchaba constantemente con el deseo de respirar de nuevo. Abrió los ojos, mientras aspiraba con fuerza, tratando de robar el aire a las pequeñas lenguas de humo que lo absorbían, saliendo de un platillo que alguien había dejado a su lado. Se revolvió tratando de desligarse de aquel tormento, y se dio cuenta de pronto de que ya podía respirar, y que podía ver.

Una luz tenue, muy tenue inundaba los muros del lugar donde yacía. Eran muros de piedra. Miró al que había dejado el platillo a su lado. A través de la pálida luz que había allí, quizá no pudiera definir con detalle los rasgos y la forma de vestir de aquel individuo, pero veía lo suficiente como para hacerse una idea de él.

Simon yacía en una cama, y el otro en un taburete cerca de él. Pequeño, y con los miembros demasiado irregulares, brazos largos y piernas cortas, que le daban un aspecto contrahecho. Tenía la cabeza vuelta, de forma que sus ojos encontraron los de él. Ojos grandes, pelo lacio y negro, con facciones. sorprendentemente regulares, que daban cierto aspecto de belleza masculina a aquel rostro que ocultaba tras de sí emociones totalmente distintas a las que experimentaba Simon.

El hombre de Torman se levantó. Era bastante joven, pensó Simon. Había un hálito de juventud en su desgarbado cuerpo. Llevaba polainas idénticas a las que se usaban en Estcarp.

Con una nueva mirada escrutadora hacia Simon, el muchacho cruzó la habitación, moviéndose con gracia felina, gracia que desde siempre Simon había hallado en la silueta y movimientos de Koris. El muchacho llamó, pero Simon no oyó las verdaderas palabras, sino algo que le recordó una voz de alguna especie anfibia. Después desapareció de la vista de Simon.

Aunque la habitación tenía cierta tendencia a balancearse y dar

vueltas en todas direcciones, Simon se sentó, sujetándose con las manos a las cubiertas de la cama, de finas sedas y suave tacto. A excepción de la cama y el taburete sobre el que se había sentado el joven Torman, la habitación estaba vacía.

Simon intentó ponerse en pie. La luz continuaba siendo muy pobre, pero veía perfectamente los cuatro muros. Y en ninguno de los cuatro se apreciaba entrada o abertura de ningún género. ¿Por dónde y cómo se había ido él joven Torman?

Todavía se hallaba sorprendido por la pregunta que a sí mismo se había formulado cuando oyó un ruido tras de él. Se volvió con tanta rapidez que su cuerpo debilitado y cuya cabeza continuaba dándole vueltas, casi le hizo caer al suelo. Había otra silueta al otro extremo de la habitación y de la cama, más delgada, mejor proporcionada que el muchacho, pero de la misma raza sin lugar a dudas.

Era una mujer que traía una bandeja en las manos y que a falta de mesa, dejó sobre el lecho. Entonces miró por primera vez a Simon.

—¡Come! —Era una orden, y no una invitación.

Simon se sentó de nuevo, acercando hacia sí la bandeja, pero más interesado en la mujer que en lo que le habían traído. La palidez de la luz podría engañarle, pero pensó que ella no era joven, si bien, no había signos exteriores que definieran de un modo aproximado la edad, como ocurría en su propia raza. Sin embargo, había una aureola invisible en ella, que le daba cierto aspecto de madurez, sensatez y también… ¡autoridad! Quienquiera que fuese aquella mujer, era consecuente.

Cogió con las dos manos el recipiente de líquido, para llevarlo a sus labios. La vasija no tenía ningún ornamento, era de boca grande, y Simon pensó que sería de madera. No obstante, la superficie satinada y bien pulida le confería una extraña belleza.

El contenido era agua, pero un agua en donde habían mezclado algo. No era cerveza ni vino, sino una bebida herbácea. Al principio el sabor era amargo, perdiendo después toda sensación de extrañeza.

Sobre un plato del mismo tipo de madera pulida había trocitos de una sustancia sólida, que recordaba el queso. Durante todo el tiempo que Simon estuvo comiendo la mujer permaneció

mirándole. Había cierta reserva en ella; no hacía más que cumplir con su deber, alimentando a alguien a quien ella encontraba inaceptable.

Terminó de comer el último trozo, y notó como su desvanecimiento se disipaba. Se puso en pie, y dedicó a la silenciosa mujer la más cordial de las reverencias.

—Mil gracias, señora.

Ella no respondió y avanzó hacia el lado opuesto del lecho. Al cruzar Simon pudo apreciar con mayor detalle sus facciones.

—Tú eres de Estcarp —dijo al fin. Era una aseveración, al mismo tiempo que por la forma de mirarle, parecía tener alguna duda.

—Sirvo a los Guardians.

—De Estcarp. Dime, guerrero hechicero, ¿quién manda en Estcarp, tú?

—No. Yo soy el Border Warder del sur. Koris de Gorm es el senescal.

—Koris de Gorm. ¿Y qué tipo de hombre es Koris de Gorm?

—Un poderoso guerrero, un buen amigo, y uno a quien se ha perjudicado siempre desde su nacimiento.

—¿Y cómo llegó el señor de Gorm a servir a las hechiceras?

—Porque nunca fue verdaderamente señor de Gorm. Cuando murió su padre, su madrastra buscó el auxilio de los Kolder para que ayudaran a establecer el mandato de su propio hijo y no el de Koris. Y éste, huyendo de Kolder, llegó a Estcarp. Él no desea Gorm, porque Gorm murió bajo los Kolder, y además porque nunca fue feliz allí.

—Nunca fue feliz allí… ¿pero por qué no fue feliz? Kolder era un hombre amable y bueno.

—Pero sus seguidores nunca hubieran dejado olvidar a Koris que era un extranjero… —Simon luchaba por escoger las palabras adecuadas. La madre de Koris era de Tormarsh. Esta mujer incluso, podría ser familiar del senescal.

—Sí. —No dijo más al respecto, sino para hacer una pregunta muy distinta—: ¿La muchacha que has traído contigo, qué es para ti?

—Una amiga, una que ha estado conmigo en la batalla. Y ella está prometida a Koris que ahora la está buscando. —Si se podía obtener alguna ventaja del hilo de conexión entre el senescal y las

gentes de aquel extraño mundo, Loyse debería beneficiase de ella.

—Dicen que es duquesa de Karsten. Y que hay guerra entre las hechiceras y los de Karsten.

Parecía que los Tormarsh, estaban perfectamente informados de cuanto sucedía fuera de su propio mundo.

—Es una historia muy larga…

—Tenemos tiempo —dijo ella—. Me gustaría oírla.

Había una orden concisa en sus palabras.

Simon empezó a hablar, dibujando a grandes rasgos los acontecimientos de los últimos tiempos, sin omitir el matrimonio de guerra hecho por Loyse en las torres de Verlaine, y todo lo sucedido posteriormente. Pero cuando habló del naufragio en las costas y de cómo él, Koris y dos sobrevivientes de la Guard, habían llegado a descubrir la gran tumba de Volt, donde Koris había valientemente arrancado el hacha de Volt de entre las manos del muerto momificado, la mujer de Tor, le detuvo inmediatamente en aquel punto para hacerle entrar en detalles. Le hizo preguntas una y otra vez, haciéndole entrar en los más pequeños detalles, hasta el extremo de hacerle repetir una por una todas las palabras que pudiera recordar, dichas por Koris en el momento de solicitar el hacha de Volt, y de cómo el hacha había sido arrancada con facilidad convirtiéndose en polvo el cuerpo muerto inmediatamente después de que el mango hubiese sido arrancado de aquellas manos crispadas.

—El hacha de Volt… ¡lleva el hacha de Volt! —terminó ella diciendo.

Simon respiró profundamente. La mujer se había ido, como si nunca hubiera estado allí. ¡Se había ido!

¿Alucinación? ¿Había estado allí verdaderamente aquella mujer? ¿O no sería todo ello uno de los trucos empleados por las brujas? Quizás esto fuera otro tipo de magia,, y fácil de realizar con el debido entrenamiento. Y no sólo lo había llevado a efecto la mujer Tor, sino también el joven había desaparecido del mismo modo.

Simon volvió a la cama. La bandeja con el recipiente y el plato continuaban allí. Eso era real. Y el hecho de que el hambre y la sed se hubieran aplacado, haciéndole sentirse fuerte de nuevo, no era alucinación.

Había sido capturado y hecho prisionero. Pero también había

sido alimentado, y hasta aquel momento no se le había hecho amenaza alguna. No le extrañó en absoluto verse desprovisto de su revólver. ¿Qué intención sería la de aquellas gentes? Él y Loyse habían llegado a su territorio por accidente. Sabía que les molestaba que nadie traspasara sus fronteras, pero ¿eran tan fanáticos como para juzgar del mismo modo a alguien llegado a sus tierras por accidente, que a un invasor?

¿Cerraban sus fronteras a todo el mundo? Simon recordó a Aldis con las manos estrechamente cerradas sobre el talismán de Kolder, tan profundamente concentrada en su llamada de auxilio, que ni se daba cuenta de lo que le hacían. Ella esperaba con ansiedad la ayuda de Kolder.

Simon puso la bandeja sobre el taburete, se tumbó una vez más en la cama, cerró los ojos y liberó sus pensamientos. Sin saber cómo Jaelithe vino a su pensamiento, y como siempre, al invocar su nombre, una punzada de dolor le atenazaba.

¡Jaelithe! Simon no dijo el nombre en voz alta, pero en su interior fue un grito lleno de angustia y de añoranza. ¡Jaelithe!

—¡Simon!

Abrió los ojos desmesuradamente, mirando hacia todas partes y profundizando en las sombra» del muro.

No, no había sido una voz audible lo que había llegado hasta él. Respirando con agitación cerró los ojos de nuevo.

—¿Jaelithe?

—Simon —la misma voz, firme y segura de siempre.

—¿Estás aquí? —No lo dijo en alta voz, sino en sus pensamientos.

—No, en cuerpo, no.

—¡Estás aquí! —respondió él con una convicción inexplicable.

—En cierto modo, Simon, porque tú estás, estoy yo. Dime, Simon, ¿dónde estás?

—En algún sitio de Tormarsh.

—Eso ya lo sabemos puesto que nos enteramos de que la nave había caído allí. Pero ya no estás poseído por Kolder.

—Era el cinturón de Fulk, un adminículo en él lo que me hacía estar a la disposición de Kolder.

—Sí, ésa fue la influencia. Pero no te tenían tan a su disposición como pretendían, y por eso llegaste a volar hacia el interior en

lugar de mar adentro, como eran sus planes. Tormarsh no es nuestro aliado, pero quizá sea mejor tratar con Tormarsh que con Kolder.

—Kolder también está aquí —le dijo Simon convencido de que estaba en lo cierto—. Aldis le pidió ayuda, lo estaba haciendo cuando la abandonamos.

—¡Ah!

—¡Jaelithe! —El momento de la despedida le asustaba.

—Ya lo he oído. Pero si Kolder está contigo…

—Estaba intentando localizarle.

—¿Ah sí? Bueno, en esto, quizá dos sean mejor que uno, mi querido señor. Piensa en Aldis. Si ella va a Kolder, quizá tu poder pueda llevarte con ella.

Simon intentó recordar a Aldis, tal como la había visto la última vez, tendida en la nave volante, mientras él saltaba del aparato. Pero se dio cuenta de que las imágenes eran confusas. La visión que tenía de ella eran relámpagos momentáneos, de escenas totalmente desconocidas para él.

—¡Kolder! —la voz de Jaelithe fue como un golpe para Simon. Un golpe que le sacaba del sopor en que estaba sumido—. Escúchame bien, Simon. Los Guardians dicen que mi poder es muy restringido ahora, y que incluso llegará a acabarse con el tiempo. Dicen también que no tengo cabida en el Concilio de Es. Pero yo te aseguro que entre nosotros hay todavía algo que no comprendo, pues muy distinto de todo cuanto sentía en mis tiempos de hechicería. Sin embargo, aunque me ha costado mucho tiempo comprobarlo, trabajando lo mejor que he podido, me he dado cuenta de que soy incapaz de poner en práctica mi antiguo poder excepto contigo. Kolder está desplegando sus fuerzas y quizá no te podamos sacar de Tormarsh hasta que haya terminado tal despliegue…

—No llevo su talismán, pero quizá puedan tener aún algún control sobre mí —le advirtió ella—. ¿Si fuera así, podrían caer sobre ti a través mío?

—No lo sé. ¡He averiguado tan pocas cosas en este período de tiempo! Pero ya veremos…

Sintió una nueva sacudida, quizá más fuerte que la que sintiera cuando empezó a pensar en Aldis.

—¡Jaelithe! —gritó para sus adentros. Pero esta, vez no hubo respuesta…

Capítulo XI
KOLDER

Simon yacía rígido, transito en sudor. Nada de lo que ocurriera dependía de su propia voluntad. Estaba unido a vínculos invisibles, al mismo tiempo que su cuerpo dependía de la voluntad de otros.

Ella estaba allí, a la vista, a los pies de la cama, mirándole escrutadoramente, y de tal forma que su rostro no definía si era amiga o enemiga, o en todo caso neutral a aquella guerra.

—Han venido —dijo ella— como respuesta la llamada de la mujer, han venido.

—¡Kolder! —Simon se dio cuenta de que podía hacer uso de la lengua y los labios y no del resto del cuerpo.

—Los muertos que le sirven —dijo la mujer—, Escucha, hombre que obedece a Estcarp, nosotros no estamos reñidos con las hechiceras. Entre ellos y nosotros no hay amistad ni enemistad. Nosotros estábamos aquí, cuando llegaron los del Old Race y construyeron Es y sus negras torres. Hemos estado arraigados aquí durante muchísimos tiempos, un puñado de gentes que recuerdan cuando el hombre no era el gobernante de la tierra, y aun los tiempos en que vivía de un modo salvaje. Somos de los que Volt reunió y puso aparte para aprender su sabiduría.

—Y no queremos tratos —continuó— con los de fuera de Tormarsh. Has venido para buscamos problemas con vuestras guerras que no nos conciernen en absoluto. Cuanto antes te hayas ido mejor para nosotros.

—¿Pero si no queréis favorecer a las hechiceras, por qué poneros de parte de Kolder? Kolder ansia en convertirse en el dueño y señor de todos los hombres, lo cual incluye a la raza de Tor —planteó Simon.

—No favorecemos a Kolder, lo único que queremos es que se nos deje tranquilos con nuestros misterios, sin entorpecer para nada la

marcha de nuestra vida. Las hechiceras no nos han amenazado, y el que tú llamas Kolder nos ha mostrado lo que ocurriría si no te entregamos a ellos ahora. De modo que se ha decidido que te vayas…

—Pero Estcarp os defendería contra Kolder —dijo Simon, mientras ella dibujaba una tímida y fría sonrisa.

—¿Crees que lo harían con algo más que con buenos deseos, Warder Border? No hay guerra entre nosotros, pero temen a nuestras gentes y a nuestra tierra, viendo en ella un lugar de antiguos misterios y extraños medios. ¿Crees que lucharían para salvarla? Creo que no. Además, en este momento no tienen hombres para lanzarlos a una batalla.

—¿Por qué? —parecía estar tan segura que Simon optó por pedir más explicaciones.

—Alizon se ha sublevado. Estcarp tiene que lanzar todas sus armadas hacia el norte para contener al enemigo. No, lo mejor para nosotros es lo que hemos decidido.

—De modo que tengo que ser entregado a Kolder —Simon trató de no reflejar sus sentimientos en la voz—. ¿Y Loyse? ¿También la entregarán poniéndola en manos del peor enemigo que el mundo haya conocido nunca?

—¿El peor? —respondió como un eco la mujer Tor—. Hemos visto muchas naciones alzarse para caer de nuevo, y en cada generación hay un poderoso enemigo al que enfrentarse, bien sea para la victoria o para la derrota. En cuanto a la muchacha… forma parte del trato.

—Ella es de Koris, y creo que te darás cuenta de que ese tiene un significado muy profundo, en el momento de que se tenga que pagar un precio por haber efectuado tal trato. Vi el precio que pagaron en Verlaine y en Kars, y te aseguro que el hacha de Volt se hundió profundamente en los dos sitios. Ningún peligro le arredrará cuando sea el momento de venir hacia estas tierras.

—El trato está hecho.

Hubo un momento de silencio y añadió la mujer:

—¿De modo que a tu juicio ese Koris vendrá aquí en busca de venganza? ¿Tanto significa esa muchacha de rostro pálido para él?

—Tanto. Y todos cuantos la hayan hecho nunca el más leve rasguño o el más ligero perjuicio han tenido mucho que temer.

—Sí, pero ahora tendrá que dedicarse a sofocar el alzamiento de Alizon. Pasarán muchos días antes de que tenga tiempo para pensar en otra cosa. O quizás hallen un fin para todas sus preocupaciones y deseos en aquellas colinas.

—Te repito que el hacha de Volt se dejará sentir con toda su fuerza en Tormarsh si haces lo que has dicho.

—¿Si yo hago, lord March? No tengo nada que decir ni en pro ni en contra de tales tratos.

—¿No? —Simon puso todo su escepticismo que pudo en aquel interrogante—. Y yo digo que no eres de los más insignificantes de los nacidos en Tor.

Ella se mantuvo unos instantes sin responder, con la mirada puesta fijamente en él.

Quizás en un tiempo no fui insignificante. Ahora no alzo mi voz en ningún concilio. No te deseo nada malo, Warder de Estcarp, y creo que no me lo desearás a mí tampoco ni a ninguno de nosotros. Pero cuando llega la ocasión, obedecemos. Lo que puedo hacer por ti, puesto que la muchacha se ve favorecida por el que fue señor de Gorm, es enviar un mensaje a Es para que los que están allí, puedan saber a dónde has ido y por qué. Si entonces ellos quieren hacer algo por ayudarte, quizá las cosas no vayan tan mal. Estoy bajo juramento de no pasar de aquí en mi ayuda.

—Los Kolder vienen a buscarnos aquí, ¿cómo? —preguntó Simon.

—Vienen, o al menos vienen sus servidores, sobre un río interior en uno de sus barcos.

—¡Pero no hay ningún río que una Tormarsh con el mar!

—Ninguno exterior —accedió ella—. La tierra nuestra tiene enormes canales subterráneos. Ellos han hallado este camino para llegar hasta nosotros, y ya nos han visitado en otras ocasiones.

Por submarino bajo un río subterráneo, pensó Simon. Aun en el caso de que el mensaje prometido llegara a Es a tiempo para enviar una pequeña fuerza de rescate, no podrían llegar hasta lo que sería el camino del enemigo. La guardia de Estcarp no sería la respuesta a aquella situación.

—Si verdaderamente nos quieres favorecer hasta el punto de enviar un mensaje —le dijo Simon—, no lo envíes a Es, sino a lady Jaelithe.

—Si es tu esposa, entonces no es hechicera, y por tanto nada puede hacer en tu ayuda. —La mujer Tor le miró de nuevo con una curiosidad que Simon pensó que podría ser peligrosa.

—De todos modos, si quieres favorecernos, envíalo.

—Ya te dije que lo enviaría si lo deseabas. Irá a lady Jaelithe. Y ahora vienen para llevarte lord March. Si sobrevives a ese cautiverio recuerda que Tormarsh es viejo y que todavía no ha habido nadie que le haya podido arrojar a las ciénagas. No creas que lo que hay aquí puede ser barrido con facilidad.

—Eso es mejor que se lo digas a su debido tiempo al hacha de Volt y a quien la lleva. De los dedos de Kolder pocos escapan. Pero Koris, vive y cabalga y odia…

—Pues déjale que cabalgue y odie y muestre su hacha en Alizon. Allí le hará falta todo eso. Son extrañas tus palabras, March Warder. Hablas como alguien que estuviera resignado con su destrucción, y yo no lo creo así. Ahora… —hizo un signo en el aire—, la puerta está abierta y ha llegado el momento de que te vayas.

Lo que ocurrió a continuación fue algo que Simon sería incapaz durante toda su vida de poder describir. Sólo sabía que si en este momento estaba en la habitación sin puertas, en el siguiente, todavía bajo los efectos de la fuerza que le mantenía inmóvil, al siguiente estaba a la orilla de un lago oscuro, casi negro, donde el agua era espesa y maloliente.

Hubo un murmullo de voces a sus lados y tras él. Eran las gentes de Tor, hombres y mujeres, reunidos allí. Y apartado, un pequeño grupo del que Simon reconoció a algunos.

Aldis, con aspecto de confidencia y expectación en su rostro. Loyse mostrando una rigidez tal, que Simon adivinó que la tenían sometida al mismo estado de inmovilidad que a él, y luego dos hombres Tor. Había un quinto hombre de aspecto distinto a los hombres de Tor.

No era Kolder, o al menos no era el Kolder que había visto en Gorm. De mediana talla, cara redonda, y piel oscura, una especie de tostado amarillento distinto a cualquiera que Simon hubiera visto en este mundo, aun teniendo en cuenta que había encontrado razas desconocidas entre los esclavos muertos en Gorm. Vestía una especie de túnica de color gris, como el atuendo de Kolder, pero en la cabeza no llevaba vestimenta o protección alguna.

Aquel extranjero iba desarmado. Sin embargo en el cinturón se apreciaba uno de aquellos objetos, redondos, entretejidos objetos de metal verdoso, como el que llevaba Aldis y había llevado Fulk en el cinturón de su espada.

El murmullo de las voces de los hombres de Tor se fue haciendo más perceptible, hasta el extremo de que algunas voces y hasta frases llegaron hasta él con claridad. Por primera vez se preguntó poniendo en el pensamiento cierta esperanza, si el trato de que la había hablado la mujer, habría sido aceptado hasta el extremo que él mismo creyera. ¿Podría haber, en el caso de que él mismo hiciera un llamamiento, una oportunidad y esperanza para él y Loyse prisioneros? Pero mientras Simon pensaba esto, uno de los nativos de Tor, que estaba al lado de Aldis, alzó los brazos de un modo reposado que casi infundía al respeto. Se oyó un tintineo de campanas, el primer sonido melodioso que Simon oyó en aquel país medio ahogado y sumergido.

Inmediatamente después, el agua pestilente se movió en un burbujeo que cubrió una gran parte de la superficie. Poco a poco un bajel submarino de Kolder, cubierto de barro ennegrecido, se fue abriendo camino sobre la superficie. Había en él raspones y cicatrices que cubrían los dos lados, como si le hubiera sido difícil el abrirse camino bajo las aguas. Fue avanzando sin emitir ningún ruido hacia tierra. Una plancha que se elevó desde la superficie del barco se aproximó a tierra hasta llegar a ella formando un puente que unía el barco y tierra.

Aldis pasó la primera. Luego Loyse, como si Aldis la arrastrara tras ella, caminando con la misma rigidez que la embargara desde seguramente unas horas antes, y luego Simon, quien tuvo la impresión de que sus músculos, sus huesos y su carne, obedecían a indicaciones distintas a su propia voluntad.

Fue hacia la boca que se abría en la nave Kolder. Poco después, y siguiendo la voluntad de alguien distinto, sus manos y sus pies le sostenían sobre una escalera, para descender a un piso inferior de la nave. Lo seguro era que no iba hacia la libertad. Loyse iba delante y él detrás hacia una pequeña cabina totalmente desprovista de mobiliario. Una vez dentro quedaron unos segundos parados e inmediatamente después oyeron que la puerta se cerraba tras ellos. La rigidez de sus cuerpos se disipó de repente.

Loyse estuvo a punto de derrumbarse y Simon la sostuvo. La fue descendiendo hasta dejarla reposar en el suelo metálico pero sin abandonarla de entre sus brazos, contagiándose sus cuerpos de la vibración que sacudía a todo el barco. Cualquiera que fuera el poder que movía al submarino, había empezado a operar; el viaje había empezado.

—Simon —Loyse volvió, la cabeza hacia él—. ¿Dónde nos llevan?

Se hallaban en unas circunstancias en que sólo la verdad podía servir de algo.

—A donde deseábamos ir, aunque no bajo las circunstancias en que vamos. Creo que a la base de Kolder.

—Pero… —titubeó— eso, eso está al otro lado de los mares.

—Y viajamos bajo el agua —Simon se apoyó contra el muro. Tal como podía ver, la cabina estaba totalmente desnuda y no poseían arma alguna.

Y no sólo eso, sino que también había el control de que los Kolder parecían tener sobre ellos, y que por tanto hacía desaparecer todas las esperanzas de rebelión. Pero quizás hubiese un medio…

—Nunca sabrán donde estamos. Koris no puede… —Loyse estaba tratando de forzar su situación.

—Por el momento Koris está ocupado, y ellos lo saben. —Simon le habló de la pretendida invasión desde Alizon—. Quieren acorralar a Estcarp con sus sabuesos, debilitándola a fuerza de golpes, pero de tal modo que ninguno de ellos sea fatal, pero que sin embargo deje al territorio exhausto de hombres y de posibilidades…

—El procedimiento de Kolder siempre es el mismo —dijo Loyse —, hacer que otros luchen entre sí para su propio beneficio.

—También tienen sus planes preconcebidos para con nosotros — expuso Simon.

—¿Qué?

—Por derecho de matrimonio eres ahora duquesa de Karsten, y por tanto una pieza muy importante a controlar en el malicioso juego que se llevan entre manos. Yo soy Border Warder. Pueden utilizarme a mí como rehén o bien… —le dolía tener que ponerse en boca la otra razón por la que podría hacerse de él un valor muy considerable para el enemigo, y que el mismo tiempo era el más

lógico.

—… o bien pueden hacer lo necesario para tú estés de su parte, y entonces, convertido en traidor, servir a sus fines entre las filas de Estcarp —le anticipó Loyse—. Pero podemos hacer algo antes de que se sirvan de nosotros de ese modo. Morir. —Al pronunciar esta palabra sus ojos presentaban una gran tristeza.

—Si es necesario —respondió Simon a modo de asentimiento. Estaba pensando. Pensaba en cuál sería la base, el cerebro, la espina dorsal de Kolder, que siempre había querido conocer. No se trataba de arrancar de cuajo las manos de las piernas del monstruo, sino de destruir su cabeza. El mundo era muy amplio, y Estcarp no tenía la menor idea de dónde se hallaba aquel centro de donde emanaba el verdadero poder de Kolder. El uso de naves submarinas por parte de los Kolder significaba que ni siquiera podían ser rastreados, con escasas probabilidades de éxito, por los hombres Sulcar que tenían al océano como su propia casa.

¿Pero es que Kolder podía, o merecía la pena de ser rastreado? Además, los hombres Sulcar no eran lo que se dice verdaderos guerreros terrestres.

—¿Tienes algún plan? —el temor que había mostrado el rostro de Loyse se estaba desvaneciendo al mirar a Simon.

—No se puede llamar un plan… pero sí una pequeña esperanza. Pero…

Este “pero” era el más importante en estos momentos.

—¡Escucha…! —mas con la intención de disipar sus propios pensamientos, que con la finalidad de obtener una asistencia activa de Loyse, Simon le explicó a grandes rasgos lo que aquella esperanza podía significar para ellos en el caso de llevarse a efecto. Al oír el relato Loyse le cogió por los brazos con todas sus fuerzas.

—¡Inténtalo! ¡Trata de localizar a Jaelithe ahora mismo! Sabes que nunca nadie sería capaz de seguir el rastro de este barco. Es nuestra única oportunidad. ¡Inténtalo ahora mismo!

Quizá tenía razón la muchacha. Simon cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás contra el muro, y puso todos sus sentidos en ponerse en contacto con Jaelithe. No tenía ninguna guía en esta búsqueda, ni idea de cómo llevarla a cabo. Lo único que sabía era que tenía que poner en tensión todos sus sentidos.

—Escucho…

El corazón de Simon latió de tal modo que parecía que iba a saltarle del pecho.

—Vamos… en un barco de Kolder… quizás hacia su base. ¿Puedes seguirlo?

La respuesta no fue inmediata, pero no notó aquel latigazo que por dos veces sintió en otra ocasión al romperse el contacto. Después vino la respuesta.

—No lo sé, pero si es posible se hará.

Se hizo el silencio de nuevo, pero continuaba en Simon la sensación de unión. Perdió de pronto la concentración, no por su voluntad ni por la de Jaelithe, sino por una repentina sacudida del barco, de tal violencia, que le llevó arrastrando al otro lado de la cabina, y a Loyse junto a él.

—¿Qué sucede? —dijo Loyse asustada.

La vibración que antes notaran en la nave, ahora se había convertido en un estremecimiento enorme acompañado de un creciente ruido de motores, que daban la impresión de que la misma embarcación se había comprometido en una lucha feroz. Simon recordó las raspaduras y abolladuras que había visto en los lados antes de embarcar. Un pasadizo subterráneo y de un río no debía ser muy fácil de atravesar. Quizás habían tropezado con un banco de tierra y habían quedado encallados. Así se lo explicó a Loyse.

La muchacha se frotaba y retorcía las manos a causa del nerviosismo:

—¿Podrán sacarnos de aquí?

Simon observó la ansiedad que reflejaban sus ojos, que a la vez encerraban un creciente pánico de claustrofobia.

—Aseguraría que quien quiera que sea el que capitanea esta nave, sabe perfectamente cómo debe operar en tales circunstancias; no es la primera vez, según los de Tormarsh, que hacen este viaje.

Siempre hay una primera vez para los desastres y para todas las cosas. Nunca hubiera podido imaginar Simon que desearía poder llegar a Kolder, pero sin embargo, en aquellos momentos lo esperaba como mal menor momentáneo, al mismo tiempo, que sin poderlo impedir todo su cuerpo se ponía en tensión a cada movimiento del barco. Éste continuaba dando unas sacudidas, tremendas, que les tiraba despiadadamente de un lado a otro, muro

en muro.

Las convulsiones se detuvieron y el barco dio un gran tirón. La vibración volvió a su ritmo normal, lo que parecía indicar que debían estar libres y de nuevo en ruta.

—¿A qué distancia debemos estar del mar? Simon también había pensado en ello. No sabía dónde estaba Jaelithe ni el tiempo que tardaría en ponerse en contacto con algún barco Sulcar, para enviarlo tras ellos. ¡Pero Jaelithe tendría que ir también en aquel barco, tendría que orientar el rumbo manteniendo un contacto constante con él!

Y no se podía reunir una flotilla tan rápidamente. ¿Qué ocurriría si un solo navío Sulcar fuese avistado o detectado por los Kolder? En caso de enfrentamiento, ¿qué podría hacer el barco Sulcar y su tripulación contra las armas de Kolder? Se le hacía horrible pensar en animar a Jaelithe para que les siguiera. Tenía que abandonar la idea de volver a ponerse en contacto con ella, le haría creer que_ no podía…

Jaelithe… Kolder. Ambos se conjugaban en su mente. ¿Cómo había podido ser tan egoísta de querer mezclarla en tales asuntos?

—Porque no es ninguna locura ni ningún egoísmo, Simon. Todavía no conocemos los límites de nuestras posibilidades.

En esta ocasión no había sido él quien hiciera por ponerse en contacto con ella, sino que Jaelithe había leído sus pensamientos sin haber roto el primer contacto.

—¡Recuerda que yo sigo el rastro! Descubriremos ese apestoso nido, y nos las entenderemos con él.

Capítulo XII

LA QUE NO ESPERARA

La habitación era baja de techo y larga. Y muy oscura a excepción de los rincones donde las ventanas se abrían a la llama del mar que traían la luz a lomos de las incansables olas. Y la mujer que estaba sentada apoyada, sentada en la mesa, se hallaba sumida en un estado tan turbulento como las mismas olas, aunque no daba señales exteriores de »u estado. Vestía cueros y malla. A su derecha, descansando sobre la mesa, un casco alado, como el de los Borderers. Y a su izquierda una jaula alta, en cuyo interior un halcón silencioso, tan inquieto como ella.

¿Una de las hechiceras? El capitán del crucero Sulcar entró en la habitación.

Cuando la mujer le miró pensó que no era una hechicera. Además no vio la piedra preciosa que caracterizaba su poder. Igual podía ser una mujer de tantas. A modo de salutación hizo una reverencia idéntica a la que hubiera dedicado a otro capitán de navío.

—Soy Koityi Stymir, a sus órdenes, Wise One —utilizó deliberadamente este apelativo en espera de la reacción de la mujer.

—Y yo soy Jaelithe Tregarth —replicó ella sin mayores explicaciones—. Me han dicho, capitán, qué está usted a punto de hacerse a la mar en misión de patrulla…

—De inspección —la corrigió él—, rumbo Alizon.

El halcón revoloteó en su jaula, poniendo sus ojos brillantes fijos en el hombre. Tuvo la sensación de que el animal estaba tan inteligentemente interesado en su respuesta como la mujer.

—De inspección —repitió ella—. Vengo a ofrecerle algo distinto a una inspección, capitán, si bien hay que tener en cuenta que lo que le ofrezco quizá no le proporcione un botón y sí, por el contrario, le pueda traer más peligros que los que pueda hallar en

las espadas o en los dardos de Alizon.

Jaelithe estudió al marinero. Como todos los de su raza era alto, ancho de espaldas y de poblada cabellera. A pesar de ser joven, sus modales denotaban confianza en sí mismo, modales que hablaban de pasados éxitos y seguridad para el futuro. Jaelithe, no había tenido mucho tiempo para escoger, pero lo que había oído decir de Stymir en el embarcadero había decidido su elección de entre todos los capitanes de los barcos que fondeaban en la boca del río Es.

—¿Y entonces, qué es lo que me puede ofrecer, señora?

—Una oportunidad para descubrir el centro vital de Kolder —respondió ella, sin ambigüedades. No había tiempo para tales asuntos. Estaba esclavizada al transcurrir del tiempo en aquella aventura.

Stymir permaneció unos instantes mirándola y luego habló:

—Durante muchos años la hemos estado buscando, señora. ¿Cómo puede ser que ahora tengamos tal posibilidad, seguros de seguir la ruta indicada, como si tuviéramos un mapa en nuestras manos?

—No tengo ningún mapa ni ninguna línea de navegación trazada, pero tengo un método para encontrarla, al menos así lo espero. Pero el tiempo pasa muy deprisa, y los resultados dependen del tiempo, de lo que tardemos… —¿Y la distancia?, se preguntó a sí misma. ¿Podría Simon seguir manteniendo el contacto con ella aun a pesar de la distancia que les podría separar?

—¿Cree en lo que usted dice, señora? La base Kolder… la base de Kolder…

Al pronunciar esas palabras dibujó con el dedo una ruta imaginaria sobre la mesa que les separaba. Al levantar la cabeza su mirada se encontró con la de la mujer, adivinando en ella astucia y cautela, lo que le indujo a pensar que tenía seguridad en sus actos.

—Se dice entre los nuestros que Kolder tiene medios para tergiversar e incluso pervertir la mente de cualquier ser humano, y que por ese procedimiento envia a nuestros amigos para que nos hagan caer en su trampa.

Jaelithe asintió.

—Esa es la verdad, capitán, y hace bien en pensar en tal riesgo. Pero yo pertenezco a la Old Race, y he sido hechicera. Usted sabe bien que la maldad de Kolder no alcanza a los de mi especie.

—Ha sido hechicera… —repitió él puntualizando la expresión.

—¿Que por qué no lo soy ahora? —se dispuso a contestar, aunque la necesidad de hacerlo le atormentara en cierto modo—. Pues porque ahora soy la esposa del March Warder de Estcarp. ¿No ha oído hablar del extranjero que ayudó a conducir el asalto de Sippar, Simon Tregarth?

—¡Él! —el capitán quedó sorprendido—. Claro que hemos oído hablar de él. Cuénteme sus planes.

Jaelithe se apresuró a exponer lo que con anterioridad había pensado que tendría que explicar. Cuando terminó, el capitán estaba tan interesado en el asunto hasta tal punto que no lo podía disimular.

—¿Y cree que podríamos lograrlo, señora?

—Yo misma me presto a ello.

—Encontrar el centro de Kolder, y conducir una flota sobre él. Si se lograra un acontecimiento tal, lo cantarían los juglares durante cientos y cientos de años. Sería un asunto memorable, señora. ¿Pero dónde estaría la flotilla?

—La flota seguiría al barco principal, a distancia. Desconocemos las posibilidades de esos Kolder bajo el agua, y si son capaces de apercibir algo sobre la superficie. No obstante, un barco, no demasiado cerca de ellos, que no les hiciera entrar en sospechas, podría pasar bastante desapercibido. Una flota podría tener algún significado para ellos, y entonces, ¿nos llevarían con conocimiento de causa a su guarida?

El capitán Stymir asintió.

—Muy bien concebido, mi señora. Pero entonces cómo podríamos ponemos en contacto con la flota para que se acercara?

Jaelithe alzó la mano señalando la jaula:

—Con eso. Éste ha sido entrenado por los Falconers para que vuelva a su lugar de procedencia llevando un mensaje. A ellos ya les he dado las instrucciones oportunas. La flota se reunirá, pues, a mi señal. Cuando el mensaje llegue, avanzarán. Pero todo ello es cuestión de tiempo. Si la nave submarina sale del río y nos coge una gran delantera, entonces ya no estoy segura de que pueda ponerme en contacto con mi señor que va cautivo en ella.

—Ese río… dragado desde Tormarsh… —Estaba claro que el capitán trataba de centrar puntos de referencia, de los diversos

mares y situaciones que conocía—. Creo que debe ser el Enkere, hacia el norte. Podríamos avanzar hacia Alizon y entonces, desde allí, llegar a nuestro destino sin levantar sospechas.

—¿Y podemos hacemos a la mar rápido?

—Ahora mismo si quiere, señora. Las provisiones están a bordo, y la tripulación reunida. Teníamos que haber salido hoy hacia Alizon.

—Este viaje puede ser más largo; sus provisiones para un viaje costero son limitadas.

—Es verdad. Pero el Sword Bride viene hacia aquí desde el sur; y trae provisiones para la armada. Podremos traspasar lo que creamos conveniente cuando nos crucemos en ruta, si es que usted tiene autoridad para ello. Y no nos costaría mucho tiempo.

—Tengo la autoridad. ¡Manos a la obra!

El capitán Stymir era tan bueno en sus funciones como la aureola que le precedía. Aun faltaban varias horas para la caída de la tarde cuando su Wawe Claver abrió brecha en el agua, saliendo de la bahía, dirigiendo hacia el punto negro de Gorm y desde allí hacia el mar abierto. Jaelithe pensó, que había escogido mejor de lo que supuso en un principio, al elegir a Stymir entre los cuatro capitanes que había en la bahía. Su barco era pequeño, pero ligero, un crucero más que un mercante.

—¿Se ha dedicado usted a descubrir nuevas rutas, capitán? —le preguntó ella mientras contemplaban la bahía al alejarse.

—¡Ah, señora! Mi intención fue siempre adentrarme en el norte, de no haber sido que esta guerra con Kolder se apoderó de nosotros y nuestras voluntades. Visité una vez una ciudad… gentes extrañas, pequeñas, que hablaban una lengua ininteligible, de sonidos totalmente labiales. Pero nos ofrecían unas pieles como nunca las he visto. Pieles plateadas, de pelo largo y muy suave. Cuando les preguntamos que de dónde las obtenían, aquellas gentes nos hicieron comprender por señas que las compraban a una caravana de hombres salvajes que venían desde el norte. También llevaba otras cosas, Mire…

Se quitó de la muñeca un trozo de metal y se lo ofreció. Jaelithe lo miró atentamente, dándole la vuelta entre sus dedos. Oro, pero un oro pálido, como el que no había visto nunca. Viejo, muy viejo, y había un dibujo tan gastado que apenas se apreciaban curvas y

recovecos. Había sofisticación, un grado de arte en aquel dibujo desgastado que no hablaba de primitivismos sino de civilización, ¿pero de qué civilización?

—Esto lo compré hace unos dos años en aquella ciudad, y lo único que me pudieron decir fue que procedía del norte, traído por los hombres salvajes. Mire, aquí y aquí —señaló dos puntos del aro —. Esto es una estrella, y aquí hay otra muy desgastada también. Y entre los objetos más antiguos de mi raza hay estrellas como estas…

—¿Algún mercader antepasado de su pueblo que hizo un viaje allí y nunca volvió?

—Quizás. Pero aún hay otra cosa, y es que entre los de mi raza, hay cantos juglares muy antiguos, que datan de nuestra más primitiva comunidad, y en ellos se habla de frío, de nieve y de luchas feroces con monstruos de la oscuridad.

Jaelithe recordó cómo había llegado Simon a Estcarp, y en cómo los Kolder habían llegado hasta sus fronteras llevando con ellos la intranquilidad. Le devolvió el aro a Stymir.

—Esto es un objeto de gran valor, capitán.

—Y ahora que nos aproximamos a la boca del Enkere, ¿quiere tratar de localizar el barco Kolder?

—Tiene razón. Lo voy a intentar.

Se acomodó sobre un banco en la pequeña cabina que le indicó el capitán. Hacía calor y se le hacía difícil respirar. Pero Jaelithe hizo caso omiso de todo aquello para concentrarse en la imagen de Simon. Veía muchas facetas de Simon y todas ellas tenían un profundo significado para sus sentimientos, pero era necesario desecharlos todos y centrarse en uno solo para orientar la llamada.

Pero…, no había respuesta. Había estado tan segura de conseguir un contacto inmediato que aquel silencio fue como un golpe inesperado. Pensó en que quizá el movimiento excesivo del navío podría impedir el contacto.

—¡Simon!

Su llamada fue angustiosa. Fue casi más bien un grito de dolor y duda de sus propias facultades y no de las de Simon.

—Jaelithe… —débil, muy lejana, pero al fin y al cabo una respuesta.

—Vamos hacia ahí —le explicó los planes que habían hecho para seguir la pista de la nave submarina.

—No sé dónde estamos —respondió él—. Y apenas puedo conectar contigo. No te alcanzo bien.

Este era el mayor peligro, que el lazo de unión entre ellos fallara. Si hubiera algún medio de hacer más fuerte aquel lazo. En la transformación del aspecto físico empleaban aquel lazo mutuo de deseo para realizar sus fines. Deseo mutuo. Pero no eran más que dos. Dos… no… Loyse… el deseo de Loyse haría más fuerte el lazo. ¿Pero cómo? La muchacha de Verlaine no tenía ningún vestigio de poder hechicero. Pero aunque Loyse no fuera capaz de ejercer ningún poder quizá lo fuera de recibir y reaccionar a su llamada. En otra ocasión ya había actuado sobre ella en Kars.

Sin responder a Simon, Jaelithe rompió el lazo de contacto entre ellos, y puso en su mente la imagen de Loyse, tal como había visto a la muchacha algunas semanas antes en Es.

—¡Loyse!

Por un momento vio los ojos de la muchacha, entremezclados con la silueta de Simon.

Lo intentó de nuevo. En cuanto captó la imagen de Loyse se le quedó grabada con más intensidad que antes. Ya tenía a Loyse, ahora Simon.

Loyse, Simon. El contacto era más consistente, Incluso se encontraba mucho mejor dirigida. Lo que necesitaban desde un principio, dirección.

Jaelithe salió de la cabina y subió a cubierta. El viento se dejaba sentir con fuerza, mientras el agudo cuchillo de la quilla se hundía entre las olas. El sol se había ocultado dejando solamente ligeros nubarrones de colores en el horizonte.

El viento azotó el cabello de Jaelithe mientras se acercaba al lugar donde dos hombres de la tripulación se debatían por mantener la nave en el rumbo preciso, y el capitán Stymir miraba atentamente el cielo, calibrando el viento y las olas. Jaelithe tuvo que cogerse de pronto al hombro del capitán para soportar una súbita inclinación de la nave.

—Por ahí… —Estaba tan segura de lo que decía que no se dio cuenta del cambio de rumbo tan importante que suponía su indicación. Stymir se la quedó mirando como si quisiera sopesar la sinceridad de lo que estaba diciendo, y al fin haciendo un leve gesto con la cabeza, tomó él mismo el timón.

La quilla del Wawe Cleaver comenzó a girar hacia la izquierda de Jaelithe. En algún lugar, bajo aquella superficie turbulenta, había otro navío, y Jaelithe estaba convencida de que podría seguir su pista con bastante perfección gracias al lazo que habían formado, Simon, Loyse y ella. La furia del viento y de las olas denotaban tormenta, ¿pero podría aquella tormenta hacerles perder el rumbo de lo que perseguían?

Jaelithe se lo preguntó al capitán.

—No deja de ser un inconveniente —dijo el capitán, con serenidad— pero de peores hemos salido, señora, y además aún mantenemos el rumbo. Todo cuanto se pueda hacer, se hará. El resto sólo depende de la Old Woman. —Escupió por encima del hombro, con el gesto evocador de suerte, propio de los de su raza.

Capítulo XIII
NIDO DE KOLDER

Era muy difícil medir el tiempo en la celda del barco. Simon permanecía relajado, tendido sobre una estrecha litera, influido todavía por el lazo de comunicación que incluía no solamente a Jaelithe, sino también a Loyse aunque en menor grado.

Simon todavía no había visto a ninguno de sus opresores, aunque poco después del comienzo del viaje apareció Aldis que tomó a su cargo a Loyse, dejándole a él solo. Una segunda inspección a la diminuta cabina le proporcionó la idea de algunas cosas que todavía no había visto nunca: una litera plegable que se escondía en la pared del recinto, y un soporte movible en el que de vez en cuando aparecía una bandeja de comida, que le ponían desde el otro lado del tabique de separación.

La comida se limitaba a raciones que podrían llamarse de emergencia, pensó Simon, supeditadas a cosas de escaso sabor, y poco líquido. Comidas lo suficientemente apetecibles como para no probarlas, salvo para apaciguar el hambre y la sed.

Fuera de la hora de las comidas no había otra interrupción en su vida normal.

Siete, ocho veces distintas le llevaron la comida. Simon las iba contando. Pero a pesar de ello no tenía una idea aproximada del número de horas o de días que había pasado bajo el decorado de lo» muros. No sabía si le estaban alimentando dos veces diarias o una solamente; no estaba seguro. Había un período de espera, y para cualquier hombre que había dependido toda su vida de un estímulo provocado por la acción, la espera era algo insoportable. Sólo en otra ocasión se había encontrado en circunstancias semejantes, y fue durante su estancia en la cárcel durante un año.

En aquellos momentos se hallaba ante un futuro ciego, incierto, sin apenas conocer la clase de enemigo que le esperaba. Todo

cuanto sabía de las hazañas de Kolder era lo referente a las luchas en Gorm. Pero a juzgar por la historia que de ellos se había forjado, debió haber habido otro mundo para los Kolder, otro mundo mejor, pero el desenlace de aquel mundo fue fatal.

Sin embargo, de algún modo habían descubierto una "puerta" y atravesándola se habían encontrado con una civilización como la de Estcarp Old Race, y a lo largo de la costa —el Alizon y Karsten—, con gentes más bárbaras, y con naciones nuevas que se mantenían codo a codo con Old Race. Kolder pretendía a toda costa hacer de sus futuras víctimas sus aliados.

La naturaleza de Kolder. Simon empezó a concentrarse en ello. La civilización nativa de aquellas gentes era mecánica y se basaba en la ciencia. Esto quedaba sobradamente probado con lo que habían encontrado en Gorm. El alto mando de Estcarp había creído siempre que los Kolder debían ser pocos en número, lo que les hacía necesario tener cautivos poseídos para que aumentaran sus fuerzas de ataque. Y ahora que Gorm no existía e Yle había sido evacuada…

¡Yle evacuada! Los ojos de Simon se abrieron de par en par y miró al techo de la cabina. ¿Cómo había sabido esto? ¿Por qué estaba tan seguro de que la ocupación de Kolder sobre la costa había desaparecido? Sin embargo, no lo dudaba en absoluto.

¿Estarían quizá los Kolder retirando sus fuerzas para proteger su base? Las fuerzas de Kolder se habían debilitado —había habido cinco muertos en Gorm, la mayoría de ellos en sus propios apartamentos—, y que no murieron a causa de ninguna espada o dardo, sino al parecer por su propia voluntad. ¡Pero cinco! ¿Podía la muerte de cinco hombres debilitar a tal extremo el cuadro de Kolder como para hacer retroceder el resto hasta sus guarniciones?

Cientos de poseídos habían muerto en Gorm.

Y habían tenido sus agentes en Karsten —Fulk—, y otros, tales como Aldis, que todavía vivían y cumplían bien que mal su trabajo. No eran auténticos Kolder, sino nativos que habían decidido servir al enemigo, pero no como poseídos irresponsables, sino por su propia voluntad. Ninguno de los del Old Race podía inclinarse ante Kolder y ponerse a su disposición; ¡por eso Old Race tenía que subsistir!

De nuevo Simon quedó extrañado ante la enfática aseveración que había surgido en él. Sabían que los Kolder no querían a los

cautivos del Old Race entre sus filas. Habían sospechado que esa era la razón, pero ahora lo veía con tanta claridad como si lo estuviera oyendo de los propios labios de Kolder.

¿Acaso tenían los Kolder una forma de comunicación igual a la que mantenía en contacto a él con Jaelithe y Loyse? El solo pensamiento de esto le hizo estremecer. Inmediatamente Simon mandó un aviso a la que les seguía.

—Ahora estamos seguros de vuestro rumbo —le dijo ella—. Rompe la conexión y no nos pongamos en contacto a no ser que haya una necesidad imperiosa de ello.

—Una necesidad imperiosa… —repetían las palabras como si fuera un eco en la mente de Simon. Al mismo tiempo se dio cuenta de que la vibración que había sido tan intermitente en las paredes de la cabina había cesado, como si la velocidad que habían llevado hasta aquel momento hubiera sido reducida. ¿Habían llegado quizás al término del viaje?

Simon se sentó en la litera, mirando hacia la puerta. ¿Le encerrarían con la misma severidad de control con que le habían mantenido prisionero hasta entonces?

No tenía armas, aunque estaba avezado en la lucha sin ellas. Pero no tenía las menores esperanzas de que Kolder aceptara una lucha de hombre a hombre.

Tenía razón. Tan pronto como la puerta de la cabina se abrió, una sensación de frío intenso cayó sobre él. Se podía mover —bajo la voluntad de otro—, y así lo hizo a lo largo del estrecho pasillo.

Había dos hombres allí. Pero mirando en sus ojos, Simon se dio cuenta de que aquellos hombres estaban controlados de forma que sólo podían moverse por órdenes recibidas. Estaban poseídos, muertos en vida bajo las hordas de Kolder. Uno de ellos era Sulcar, a juzgar por su hermosa cabeza, y el otro era de la misma raza de tez amarillenta que el hombre que le había llevado a bordo.

No le tocaron, se limitaron a esperar con la mirada inanimada puesta en él. Uno de ellos dio media vuelta y comenzó a andar a lo largo del pasillo. El otro se hizo a un lado para dejar pasar a Simon.

Y luego siguió tras él. Así, entre los dos, subió la escalera y salió a la superficie del submarino. Frente a él, un terreno rocoso, que le recordó el escondido puerto de Sippar. Movido constantemente por el remoto control, bajó a tierra.

Había mucha actividad. Grupos de poseídos medio desnudos se afanaban en las tareas de carga y descarga. Trabajaban con rapidez y sin titubeos, como si cada uno de ellos supiera lo que exactamente tenía que hacer, y el medio más rápido de hacerlo.

Ninguna voz destacaba sobre el ruido de los trabajos, y los obreros ni hablaban entre sí. Simon iba constantemente tras su guía, y observó que ninguno de los dos le miraban en ningún momento. El muelle era largo, y había otros dos submarinos atracados en él. Simon observó que los estaban descargando. ¿Sería ello un signo de retirada de otros puestos?

Ante ellos se abrían dos salidas, un túnel y una escalera a la izquierda. El guía escogió esta última. Cinco escalones y fueron a desembocar a un pequeño recinto. Una vez dentro la puerta se cerró y empezaron a subir en el ascensor.

La ascensión no fue larga, y la puerta se abrió ante un pasillo. El aspecto y la tonalidad eran grises, con un brillo metálico en la superficie de los muros, donde se alzaban varias puertas, todas cerradas. Pasaron seis, tres a cada lado, antes de llegar al extremo opuesto, donde había otra puerta, ésta abierta.

La habitación era pequeña. La luz que iluminaba la habitación llegaba desde el techo, formando haces geométricos separados, y muy complicados, que Simon no tuvo ningún deseo de examinar con atención. En el suelo no se veían alfombras, aunque los pies se hundían con suavidad en él. Había tres sillas, y en la del centro un verdadero Kolder.

Los guardias de Simon no entraron con él, pero la misma fuerza que le había impulsado a descender del barco, le hacía avanzar paso a paso hacia el oficial Kolder. El color grisáceo de su vestimenta era el mismo del de las sillas, el de las paredes y el del suelo. Sólo tu tez blanca rompía la monotonía del color. Llevaba un gorro de piel, que no ocultaba, de todos modos, al parecer de Simon, su calvicie.

—Por fin está usted aquí —el acento era extranjero, aunque Simon comprendió perfectamente lo que le decía. El significado de aquellas palabras le sorprendió un tanto, pues parecían indicar que no eran formuladas entre un opresor y un prisionero, sino entre dos personas que tenían algún proyecto que realizar, algún trato que cerrar, y que sólo necesitaban llegar a un final acuerdo. La precaución dejó a Simon en silencio; el Kolder tenía que descubrir

su juego el primero.

—¿Le envía Thurhu? —el Kolder continuó estudiando a Simon, y éste pensó que hubo un destello de duda en aquella pregunta—. ¡Pero tú no eres de ellos! —la duda se convirtió en hostilidad—. ¿Quién eres?

—Simon Tregarth.

El Kolder continuó mirándole estrechamente.

—No perteneces a los nativos —no era una pregunta, sino una aseveración.

—No.

—De cualquier modo, vienes del más allá. Y ahora te pregunto, ¿qué eres?

—Un hombre de otro mundo, o quizá de otro tiempo —Simon no vio ninguna razón para no decir la verdad. Quizás el hecho de que aquello preocupaba al Kolder fuera una ventaja para él.

—¿Qué mundo? ¿Qué tiempo? —espetó el otro.

Simon no podía contestar con un gesto indeterminado.

—Mi propio mundo y mi propio tiempo. No sé la relación que puede tener con éste. Había un camino abierto que me trajo hasta aquí.

—¿Y qué te impulsó a ir de un lado a otro?

—El huir de los enemigos. —"Igual que hicisteis tú y los tuyos", pensó Simon.

—¿Había guerra?

—Había habido una guerra —corrigió Simon—. Yo era soldado, pero en la paz no era necesario yo. Tenía enemigos privados…

—Un soldado —repitió el oficial Kolder—. ¿Y ahora luchas en favor de las hechiceras?

—La lucha forma parte de mi vida. Me puse al servicio de ellas, sí.

—Pero esos nativos son bárbaros y tú eres un hombre civilizado. ¡Oh!, no te sorprendas por lo que digo. Nosotros también somos soldados y nuestra guerra nos llevó a la derrota. Sólo nos ha llegado el sabor de la victoria al final, cuando estamos todos reunidos y unidos aquí, controlando lo que nos tiene que llevar a apoderarse del mundo. ¡Piensa en eso, extranjero! El mundo entero tiene que quedar así… —extendió la mano hacia adelante, con la palma hacia arriba, cerrando después los dedos muy despacio, como si estuviera

encerrando algo tangible en su puño—. Y… —hizo una pausa y añadió con énfasis— podemos hacer uso de un hombre como tú.

—¿Por eso estoy prisionero aquí? —intervino Simon.

—Sí. Pero no para quedarte como prisionero, a menos que tú lo quieras. Simon Tregarth, March de Warder del sur. ¡Ah, te conocemos todos! ¡El poderoso de Estcarp! —No cambió la expresión de su rostro, pero la voz estaba inevitablemente influida por los sentimientos.

—¿Dónde está tu esposa hechicera, March Warder? ¿Se quedó con los otros demonios de su especie? No le costó mucho convencerse de que tú no tenías nada que ella tuviera necesidad de poseer, ¿no es cierto? ¡Oh, sabemos todo lo que pasa en Estcarp, en Karsten y en Alizon, ni el más mínimo detalle nos pasa por alto. Todo lo sabemos. Podemos apoderamos de ti si queremos. Pero te daremos una oportunidad, Simon Tregarth. Tú no le debes nada a esos demonios de Estcarp, ni a los errantes bárbaros que controlan con su magia. ¿No te ha demostrado ya esa hechicera tuya que no puede haber lealtad para con ellos? Te proponemos, pues, que vengas con nosotros, y que trabajes en nuestro inmenso plan. Estcarp, entonces, quedará a tu merced y a tu voluntad. Si quieres a tu hechicera de nuevo, cógela. Vuelve a ser March Warder de nuevo, cumple los deseos de Estcarp, hasta que llegue la palabra que te ordene proceder de otro modo.

—¿Y si no lo acepto?

—Sería una pena desperdiciar a alguien de tus recursos. Pero el que no está con nosotros, está contra nosotros, y siempre podemos utilizar una espalda, unos brazos y unas piernas fuertes, para trabajar aquí. Ya has visto de lo que somos capaces: tus músculos no te obedecen ahora, y no puedes dar un solo paso sin nuestro asentimiento. También podemos hacer uso de ello de otra forma. ¿Te gustaría tener solamente el derecho a respirar y aún dándonos las gracias?

Simon sintió una contrición horrible en el pecho. El pánico se desató en él momentáneamente. La sensación no había sido más que de un segundo, pero el miedo continuaba cuando la sensación de ahogo le abandonó. No le cabía la menor duda de que Kolder podía hacer lo que amenazaba: restringirle el aire que necesitaban sus pulmones.

—¿Por qué… un trato? —susurró.

—Porque los agentes que queremos no pueden ser forzados a que lo sean. Bajo un control tal tendrías que ser constantemente vigilado y no servirías para nuestros propósitos. Acepta libremente y serás libre…

—Libre dentro de vuestros límites —interrumpió Simon.

—Exactamente. Dentro de nuestros límites. Y no creas que puedes damos tu asentimiento de palabra y hacer después lo que te venga en gana. Habrá un cambio en ti, pero conservarás tu mente, tu personalidad, al mismo tiempo que tus deseos emparejarán con la estructura de nuestro plan. No serás solamente carne que llevará nuestras órdenes, ni estarás muerto.

—¿Y debo escoger ahora mismo?

El Kolder no respondió inmediatamente. Su expresión era desvaída, pero se pudo leer todavía en la entonación de su voz amenaza e incertidumbre a un mismo tiempo.

—No… todavía no.

Sin hacer ninguna señal perceptible para Simon, hizo que éste se pusiera a caminar. No había guardias, ni necesidad de ellos. No había medio posible para Simon de sentirse libre, y la amenaza de ahogo todavía parecía atenazarle en el pecho, hasta el punto de que cada vez que pensaba en ella, sentía la necesidad de respirar profundamente.

Deshizo el camino que antes anduviera por el pasillo, hasta que llegó al ascensor. Subió más arriba, una puerta abierta; la orden de moverse, otra puerta al fondo. Simon entró en la habitación y el control que ejercían sobre él desapareció. Se volvió rápidamente pero la puerta estaba cerrada y no necesitó probar para saber que estaría cerrada.

No había la luz artificial de la habitación inferior. Dos ventanas pequeñas se abrían a la luz del día, y Simon se acercó a la más próxima. Estaba en una posición que le permitía ver la zona costera y rocosa, y el agua próxima a los pies del edificio.

Mirando hacia un lado y otro, se hizo una idea del mismo. Aquello le recordaba a Yle. La ventana no solamente era muy estrecha para poder salir por ella, sino que además no había medio de saltar desde allí, a no ser que se dejara caer desde aquella altura contra las rocas bañadas por las olas.

Simon cruzó hasta la otra ventana. Rocas desnudas nuevamente, sin ningún signo de vegetación. Todo aquello le dio la sensación del lugar más inhóspito que había visto nunca. Simon vio una especie de máquina parecida a los camiones de su propio mundo, que avanzaba lentamente y que iba dejando sus huellas por el camino que recorría. Pero no era el primer vehículo que pasaba por allí, o al menos no era el primer viaje que éste hacía en aquella dirección.

Sobre él, cuatro hombres, cuyas ropas y aspecto exterior los denunciaba como trabajadores esclavos. A causa de la vibración y el traqueteo del aparato, los cuatro tenían que sujetarse con las manos y los pies. Simon continuó mirándoles hasta que el camión desapareció tras una meseta. Entonces se volvió para examinar su nueva prisión.

Monotonía de color, y una cama que se limitaba a ser una abertura en uno de los muros, y ésta cubierta por una sustancia espumosa. Había puertas de armarios. Mirándolas una por una, halló una mesa plegable, y otra que le proporcionó los utensilios sanitarios que ya había tenido en el submarino. Las otras estaban cerradas. Era una habitación que inducía irremediablemente al aburrimiento, pensó Simon. Quizá la monotonía era un papel importante del sistema para los prisioneros entre aquellas gentes.

Pero había una cosa de la que estaba bien seguro: esto era la base Kolder. Y era muy probable que le tuvieran en aquellos momentos en alguna forma de observación. El hecho de que le hubieran liberado del control, podría ser debido a que deseaban ver cómo hacía uso de su libertad. ¿Sospecharían acaso el lazo de unión entre él y Jaelithe? ¿Le habrían metido en una trampa para apoderarse de Jaelithe?

¿Qué no daría Kolder por tener a una de las hechiceras en sus manos? Simon llegó a la conclusión de que en las circunstancias actuales daría una gran importancia a tal hecho. ¿Y si… todo, todo lo que había ocurrido desde que despertó en Tormarsh cuando encontró de nuevo a Jaelithe no hubiera sido más que obra de estas gentes? No podía estar muy seguro de que no fuera así.

Los Kolder dependían de sus máquinas. Ellos afectaban ser un gran compendio de poder. ¿Habrían detectado, pues, lo que Simon Jaelithe y Loyse habían tramado? Ponerse en contacto ahora con Jaelithe, ¿sería acertado o no? Había prometido hacerle saber el

momento en que llegaran a la base Kolder, y darle noticias que pudieran advertir a Estcarp. ¿Pero cuánto tardarían en poder hacer venir aquella armada? ¿Y qué podrían hacer los dardos y las espadas e incluso el poder contra las armas de Kolder, distintas y más perfectas quizás a las que emplearan en Gorm o en Yle? ¿Llamaría o sería preferible quedarse callado?

Más movimiento. Un camión que venía de vuelta de la parte posterior de la meseta. ¿Sería el mismo vehículo que había visto antes alejarse? Pero apenas habían tenido tiempo de descargarlo y ahora estaba vacío.

¿Llamar o… estar en silencio?

Se fue al lecho y se acostó. Se quedó dudando en qué determinación tomar.

Capítulo XIV
ARMA HECHICERA

Jaelithe había viajado en barcos Sulcar antes, pero nunca había llegado a la inmensidad del océano. Había una vasta impersonalidad en el mar que le hacía perder la confianza en sí misma de un modo que nunca había sentido igual. Sólo el hecho de saber que su hechicería no había sido barrida totalmente era un algo que la consolaba. Las hechiceras tienen la reputación de ser capaces de controlar las fuerzas naturales. Quizás en tierra podrían invocar una tormenta, un misterio o alucinaciones para controlar la mente. Pero el mar era un poder por sí mismo, y cuanto más avanzaba el Wave Cleaver menos segura estaba Jaelithe.

El temor de Simon de que podrían haber levantado sospechas entre los Kolder le preocupaba.

—No hay ninguna tierra reconocida por aquí en ningún mapa —decía el capitán Stymir sacando unos rollos de cartas marinas.

—¿Ninguno de sus barcos de exploración ha llegado nunca hasta aquí, ni ha venido en esta dirección? —preguntó Jaelithe viendo algo extraño en el rostro del capitán.

Stymir continuó estudiando la carta, trazando señales con el dedo. Alzó la cabeza y gritó por encima del hombro:

—¡Llamen a Jokul!

El marino que llegó casi de inmediato a la llamada de Stymir era un hombre pequeño, cuya espalda estaba encorvada por los años, y la tez morena y quemada por el mar. Caminaba con dificultad y Jaelithe observó que tenía rígida la pierna derecha, y más corta que la izquierda.

—Jokul —Stymir se hizo un poco a un lado y pasó la mano por el mapa—, ¿dónde estamos?

El hombre alzó la cabeza, y se quitó un gorro que cubría su revuelta cabellera antes de responder:

—En el rumbo perdido, capitán.

La preocupación de Stymir se hizo más aparente. Jokul observó la dirección del viento y avanzó un par de pasos. Luego señaló hacia el mar.

—Las hierbas salvajes…

Un hilo rojo sobre el verde se balanceaba al ritmo de las olas. La mirada de Jaelithe siguiendo la indicación del marino vio entre el horizonte y la posición que ocupaban el ruban rojo. Y al ver el cambio de expresión del capitán no pudo por menos que romper el silencio.

—¿Qué es eso?

El capitán lanzó un puñetazo al aire:

—¡Eso tiene que ser! ¡Ahí tiene que estar! ¡Ahí está el porqué… las hierbas salvajes y el rumbo perdido! —luego se volvió hacia ella —. Si su rumbo es éste, señora…, entonces…

—¿Qué es eso? —preguntó por segunda vez.

—Las hierbas salvajes es un producto del océano, que vive en la superficie de las olas en estas aguas calientes. Las hemos conocido durante mucho tiempo y es común. Se pueden encontrar trozos de ellas en tierra después de una tormenta. Pero hay algo en ellas, algo que ha ido desarrollándose poco a poco y que mata.

—¿Cómo mata?

Stymir sacudió la cabeza.

—No lo sabemos, señora. Un hombre lo toca y tiene de pronto la sensación de que las manos le arden entre llamas. La misma sensación se extiende poco a poco por la piel y su cuerpo y al final muere dolorosamente. Hay una especie de veneno en esas hierbas… y dondequiera que las vemos flotando, nos alejamos.

—Pero si están en el agua y ustedes están a bordo del barco, ¿por qué temen el tocarlas?

—En cuanto el barco las toca, trepan y trepan por él hasta que lo inundan de su presencia —explicó Jokul—. No siempre ha sido así, señora. Sólo de unos años aquí. De modo que los trozos del océano que ocupan, nosotros tenemos que evitarlos.

—De unos años a esta parte —repitió Jaelithe—. ¿Desde que Kolder se ha hecho tan guerrero y potente?

—¿Kolder? —estuvo unos momentos pensativo y añadió—: Kolder… hierbas… ¿Por qué?

—Los barcos Kolder van bajo la superficie del mar —señaló Jaelithe—. ¿Qué mejor sistema iban a encontrar para proteger su pista que crear problemas en la superficie de modo que ningún enemigo las pueda seguir?

El capitán se volvió hacia Jokul:

—El rumbo perdido, ¿adónde conducía?

—A ningún sitio a donde quisiéramos ir —respondió el marino con resolución—. Unas cuantas islas pobres que no tenían nada.

—¿Islas pobres? ¿No están en sus mapas, capitán.

—No, mi señora. Pero si realmente, que así es, estamos en el rumbo perdido, entonces no podemos seguir adelante. Pues la naturaleza de estas hierbas es tal que primero aparece en pequeñas hebras, después en grupos como puede ver ahí, un poco más adelante. Pero estos grupos se espesan más y más, no sólo en número, sino también en profundidad, de modo que llegan a hacer pequeñas islas en el mar, que se hacen a su vez más grandes, de tal modo que si alguien se aventura en ellas, se convierten en una masa sólida. Por eso ahora ningún hombre se atreve a acercarse a este océano. ¿Verdad que parece sangre sacada de una horrible herida? Hay un signo de muerte en todo esto.

—Pero si no se puede penetrar tan lejos, ¿cómo se conoce la existencia de esas islas?

—Al principio no conocíamos el peligro. Un barco a la deriva con hombres muertos sobre cubierta salió de entre las hierbas. Y los que lo divisaron y se acercaron para rescatarlo, tuvieron la mala fortuna de morir de entre ellos cinco hombres, con sólo aproximarse, porque las hierbas se apoderaron de ellos. Así lo supimos, señora. Si los Kolder han ideado esta defensa, para protección de su guarida, nosotros no podemos oponernos a ella a menos que hallemos algún medio de salvarnos de las hierbas.

La maleza flotante. Jaelithe tenía que aceptar la palabra de aquellos marineros, en lo que a aquel peligro se refería. La raza Sulcar conocía el mar y todo lo concerniente a él. La maleza, las hierbas… Pero ya no vio aquel trazo parecido a la sangre sobre el mar. Se llevó las manos a la cabeza, movida por un instinto imperativo. ¡Simon!

Simon en la base Kolder, al otro lado de la muerte flotante. Tenían que meterse dentro de aquello y atravesarlo.

—¡Simon, hay un gran peligro para nosotros!

—¡Aléjate! No te arriesgues —fue la respuesta inmediata.

Una cortina cayó de pronto entre ellos. Jaelithe no pudo atravesarla a pesar de hacer fantásticos esfuerzos. La cortina Kolder. ¿Lo sabían o era simplemente precauciones habituales? ¡Simon!

A Jaelithe le pareció que había chillado aquel nombre, y hasta llegó a sentir un dolor desgarrador en la garganta. Pero cuando abrió los ojos, no vio que Stymir estuviera alarmado.

—Lo que buscamos está ahí, al otro lado —dijo Jaelithe señalando el horizonte—. Quizás ellos también saben que vamos…

—¡Capitán! ¡Las hierbas! —No era una advertencia de Jokul, sino un grito.

Jaelithe, al ver el movimiento que estaban tomando las hierbas, fue corriendo hacia el lugar donde guardaba la jaula.

El gran halcón blanco la recibió con unos chillidos y continuó dándolos mientras abría la portezuela de la jaula. Una vez libertado el animal, tuvo que soportar no sólo su peso sobre el brazo, sino también la fuerza de sus uñas que se clavaban involuntariamente en la carne. Atado en una de sus fuertes estaba lo que buscaba, un ligero mecanismo que el pájaro podía llevar con facilidad. Jaelithe respiró profundamente, no sólo para aplacar sus nervios, sino también para detener en lo posible la carrera de su corazón. Era un asunto muy delicado y no podía permitirse el lujo de cometer un error. Con una uña oprimió una parte del adminículo poniéndola en la posición justa que requería lo acordado.

Hecho esto, llevó el pájaro a la cubierta, hablándole entretanto cariñosamente. Jaelithe no podía saber hasta qué punto el pájaro comprendía sus palabras. Tanto si era el entrenamiento o que el animal poseía una inteligencia natural, que le hacía superior a otros animales, era un asunto digno de discusión. De lo único que estaba segura Jaelithe era de que ésta era la sola oportunidad de advertir a la flota que les seguía.

—Vuela directo, vuela rápido. ¡Ha llegado tu momento!

Con un chillido el halcón se elevó en el aire, describió un círculo alrededor del barco, y salió disparado como un dardo en la dirección del lugar donde había sido entrenado para volver.

Jaelithe se volvió de nuevo hacia el mar. Las finas hilachas de

las hierbas avanzaban hacia el barco a gran velocidad. Era más que seguro que aquel rápido avance hacia la nave no era natural. ¿Cómo podía una planta flotante avanzar con tanta derechura y de un modo tan determinado, como estaba definitivamente probado que estaba ocurriendo ahora? ¡Ah, si tuviera su joya de hechicera! Había algo más que alucinaciones para controlar allí.

Pero no tenía la joya. Jaelithe contemplaba las hilachas que a modo de dedos avanzaban hacia el barco e intentó pensar. Iban sobre la superficie, y al menos hasta ahora no formaban espesas islas, como había temido Stymir. Bajo el agua no ocurría nada, pero el Wave Cleaver no podía navegar por debajo como hacía la nave de Kolder.

El agua proporcionaba soporte y vida. Sus dedos se movían con ansiedad aunque de un modo ya estudiado. Pero Jaelithe se halló de pronto recitando uno de los primeros y más antiguos conjuros que había aprendido: era el que se empleaba para grabar en la mente de un niño la base de todo "cambio":

—Aire y tierra, agua y fuego…

Fuego… el eterno oponente del agua. El fuego secaba al agua, y el agua extinguía el fuego. Fuego, la palabra se repetía una y otra vez de un modo incesante en su mente.

—¡Capitán! —se volvió hacia Stymir.

Éste la miró como si ella no fuera más que una distracción en aquellos momentos de lucha por salvar el barco.

—Capitán, ¡aceite! ¿Tiene aceite?

La expresión del capitán cambió como la de un hombre enfrentándose a una mujer histérica, pero ella continuaba:

—Las hierbas, ¿arderían?

—¿Arder… en el agua? —su protesta se detuvo de pronto como si un golpe violento le hubiera devuelto a las ideas claras—. ¡Aceite, fuego! —Conectó el significado de estas dos palabras con la rapidez propia de un hombre acostumbrado a improvisar en momentos de peligro—. ¡No, señora, no sé si arderían, pero podemos probar!

—¡Alavin, Jokul, traer tres bidones de aceite!

Los bidones de aceite pesado, que se conservaban para los días de tormenta, subieron a la superficie del barco, y al cabo de pocos momentos teñía la superficie del mar. Poco a poco la mancha que ocultaba el brillo de las olas se confundió entre los brazos tendidos

hacia la nave de aquellas hierbas mortales. El capitán Stymir preparó su dardo, y lo disparó lleno de temor de no hallar buenos resultados.

El humo se alzaba en todas direcciones movido por el viento, y las llamas se hacían cada vez más altas. Stymir reía.

—¡Las hierbas arden!

¿Pero arderían suficientemente, tanto en cantidad como en intensidad, aquellos tentáculos mortales? Ésta era la cuestión más importante ahora. A menos que las hierbas ardieran y el fuego se extendiera hacia otros cúmulos de ellas, no habrían ganado otra cosa que una pequeña fracción de tiempo.

¡Si tuviera la joya! Jaelithe estaba tensa, aplastada contra el muro de la impotencia. Continuaba moviendo las manos, igual por el nerviosismo que por invocación a los de su especie. Empezó a cantar. Las arcaicas palabras de su canto no significaban nada en aquellos momentos. Su estado nervioso la había llevado a no darse cuenta de la presencia del capitán ni de la tripulación, y hasta había perdido el contacto visual y de tacto con el barco. Sólo apercibía las llamas que cada vez eran más altas, y de vez en cuando la línea roja formada por las hierbas, que ya no avanzaban hacia el barco, sino que, por el contrario, se alejaban de él. Se alejaban y se hundían al mismo tiempo. El canto de Jaelithe ya no era más que un murmullo. Stymir y su tripulación permanecían expectantes en el holocausto que se alzaba tras ellos.

Se produjo un gran ruido y luego otro.

Jaelithe se sorprendió y por un momento su voz quedó entrecortada. Kolder, defensas de Kolder entre las hierbas salvajes. ¿O acaso habría barcos submarinos que se aprestaban a la batalla? Pero el fuego continuaba inclinado a su voluntad.

Las explosiones se repetían una y otra vez y cada una a intervalos más reducidos. Las llamas parecían cubrir el horizonte, y el calor de las mismas llegaba hasta el barco, acompañado de gases y humo que les irritaban la garganta. Pero Jaelithe seguía cantando, luchando a su modo por la muerte de aquella maleza marina. Y las hierbas murieron y se convirtieron en cenizas que el agua iba enterrando. Jaelithe sintió la explosión del triunfo, y luchó contra aquella sensación con todas sus fuerzas, pues la empresa no había terminado.

No quedaba ningún rastro sobre el agua. El fuego lo había devorado todo. La tripulación del Ware Cleaver contemplaba cómo la luz del día se apoderaba de las tinieblas que parecían escapar por el horizonte. Y Jaelithe volvió a cantar con más fuerza, hasta que su voz quedó enronquecida y convertida en un simple ronquido. Stymir trató de calmarla mientras uno de los hombres de la tripulación fue corriendo en busca de una copa de vino, espeso y sabroso, pero lo suficientemente reconfortante como para calmar la agonía de su boca. Bebió una y otra vez, y luego sonrió al capitán.

—El fuego acabará definitivamente con todo ello —dijo en un susurro.

—Fue algo mágico, señora —y había en su voz el respeto que los Sulcar ponen al mencionar un gran acontecimiento, una gran hazaña o un hecho memorable en una batalla.

—Todavía no lo sabe bien, capitán. El aceite y los dardos de fuego iniciaron el espectáculo, pero había que hacerlo continuar. Y… —alzó las manos vacías y las mostró a los presentes— ¡y no tenía joya! ¡No tenía joya! —con un ligero movimiento se separó del apoyo de Stymir, y anduvo con paso vacilante como alguien que estando enfermo ha permanecido durante mucho tiempo en la cama.

El capitán volvió a aproximarse a ella y, medio sosteniéndola, tratando de aguantar su peso, la ayudó hasta llegar a la litera, donde, una vez acostada, comenzó a temblar a causa de una terrible fatiga. Nunca había sentido ni experimentado nada igual desde los primeros días en que fue capaz de lograr tales objetivos. Pero antes de caer en la inconsciencia, que la acechaba como el mar azotaba los costados del barco, Jaelithe cogió la mano del capitán Stymir.

—¿Avanzamos ahora?

Él quedó pensativo, como si la estuviera estudiando.

—Quizá sea ésta la primera de sus defensas y la de menor importancia, pero después de lo que he visto… podremos continuar avanzando.

—Si algo no va bien, llámeme.

Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios:

—Puede estar bien segura, señora, de que un hombre no duda nunca en hacer uso de una buena arma si la tiene a mano. Y aún tenemos varios bidones de aceite abajo.

Se fue, y Jaelithe quedó en el lecho, demasiado cansada para hacer un examen de los últimos acontecimientos. Cruzó los brazos, sobre su dolorido cuerpo y se quedó dormida, sonriendo.

Capítulo XV
MÁGICO Y… MÁGICO

Simon permanecía en la ventana de su celda. A lo largo del horizonte no había noche, sino una cortina de fuego que se alzaba hacia el cielo, como si la verdadera sustancia del océano fuera la que alimentaba las llamas. Cada uno de sus nervios y de sus músculos necesitaba entrar en acción. Tras aquella muralla de fuego tenía que estar… ¡Jaelithe! Pero no había conexión entre ellos. No tenía más que su último mensaje, que en cierto modo no era más que un grito de socorro. Esto era alguna añagaza de Kolder. Ningún barco Sulcar, de madera, podría atreverse a querer atravesar aquella barrera.

Se oían ruidos en los arrecifes, que, a juzgar por las voces, deberían ser gentes que contemplaban las distantes llamas.

También había mucha actividad en tierra. La mayor parte de los vehículos iban y venían sobre el terreno rocoso, con grandes focos de luz ante ello» para avanzar sobre un camino seguro.

Los Kolder tenían prisa. Pero no podía haber ninguna armada de Estcarp en el mar. Al menos ninguna flota lo suficientemente cerca como para amenazar su reducto. Y el mismo fuego mantendría a distancia a cualquiera que quisiera acercarse. Entonces, ¿por qué aquellos preparativos? Nadie había venido a verle o a inspeccionar desde que le mandaron allí. Lo único que podía hacer era mirar y tratar de comprender. Simon llegó a una conclusión irrevocable. Kolder estaba presionado por algo, y el tiempo suplía aquella presión. Cualquiera que fuera la cosa que estuviera tramando, y que al parecer era tan importante, radicaba en el interior. ¡Quizá fuera su puerta de escape! ¿Acaso prevenía una vuelta a su propio mundo? No, los Kolder querían poder en éste, y se proponían alcanzar tal poder con la ayuda de armas superiores, aunque fuera muy limitado el número de sus hombres. ¿Querrían volver a su

mundo a través de aquella salida, o no eran más que preparativos para nuevo armamento?

Pero habían sido arrojados de su propio mundo. ¿Se aventurarían a volver? Lo más probable es que quisieran reclutar a más gente de los de su raza.

Inclinó la cabeza, y reposando la frente sobre el frío muro, intentó de nuevo, en vano, ponerse en contacto con Jaelithe. La necesidad de saber lo que había sido de ella en las últimas horas y los últimos acontecimientos era tan grande como la necesidad de entrar en acción. Pero… de nuevo el abismo de Kolder se presentaba ante él cerrando el circuito.

¡Loyse! ¿Dónde estaría Loyse? No lo sabía, pues no había estado en contacto con la muchacha desde que llegaran aquí. Simon fijó su atención sobre Loyse y la llamó.

—Aquí…

Era una respuesta muy débil y que llegaba a oleadas intermitentes. Simon se concentró hasta que el esfuerzo se convirtió en dolor. El contacto entre ellos nunca había sido tan perfecto y contundente, y era como si tratara de encerrar en sus manos una neblina que se escapaba entre sus dedos.

—¿Cómo estás?

—… habitación… rocas… —el contacto se iba, volvía y desaparecía de nuevo.

—¿Jaelithe? —preguntó sin mucha esperanza.

—¡Viene hacia aquí! —mucho más fuerte la respuesta y llena de convicción.

Simon estaba totalmente sorprendido. ¿Cómo sabía Loyse todo aquello? Por un impulso casi inconsciente intentó una vez más ponerse en contacto con Jaelithe; pero la barrera que había entre ellos era infranqueable. Pero Loyse parecía estar tan segura…

—¿Cómo lo sabes? —se apresuró a preguntar.

—Aldis es quien lo sabe…

—¡Aldis!

¿Qué papel desempeñaba la agente de Kolder en todo aquello? ¿Y cómo? ¿Sería una trampa? Simon le hizo esta pregunta.

—¡Sí! —la respuesta fue clara y potente.

—¿Y el cebo?

—Tú y yo… —de nuevo se desvaneció el contacto, y aunque

Simon trató de recuperarlo, fue en vano.

Simon se separó de la ventana para mirar por el interior de la habitación. Ya había calibrado sus posibilidades desde el primer momento de llegar aquí. Nada había cambiado. Pero tenía que hacer algo… ¡o terminaría loco! Tenía que haber algún medio, fuera de aquella habitación, para detener a Kolder.

Permaneció durante unos momentos mirando los armarios que habían permanecido obstinadamente cerrados desde el primer momento de su llegada. Se puso a recordar todo lo que había aprendido referente a los cuarteles generales de los Kolder en el corazón de Sippar. Recordaba aquello y los horrores de aquel laboratorio de donde había escapado y donde los poseídos eran transformados en seres vivientes pero inconscientes. Y allí también había armarios y cajones que no podían ser abiertos.

Pero había un medio mecánico en aquella fortaleza que los invasores Estcarpianos habían aprendido a utilizar, primero con cierta dificultad, y luego de la forma más natural. Y entre otras cosas se hallaba el ascensor, que corría en la dirección que dictaba el poder de pensamiento. Uno designaba el piso mentalmente y llegaba al piso de inmediato. Un motor podía proporcionar el poder, la mente la dirección. En realidad, ¿no existía ya el control mental en Sippar? Y en Estcarp el poder de las hechiceras era en realidad mental; podían controlar las fuerzas de la naturaleza por el pensamiento, sin el intermediario de las máquinas de las que dependían los Kolder. ¡Lo que significaba que el poder de la hechicería podía ser el más fuerte!

Simon cerró los puños con fuerza. No podía enfrentarse a los Kolder con las manos, no tenía armas, y por tanto no le habían dejado más que la mente. Pero nunca había intentado tal sistema de lucha. De Jaelithe habían dicho los Guardians que tenía tal fuerza mental que ningún varón de este mundo podía desarrollar en un grado semejante. Pero aquello no era más que una cosa pálida al lado de lo que eran capaces las hechiceras. Y él no se había entrenado en tales menesteres, salvo en los momentos en que las condiciones de vida lo habían exigido en aquellos últimos meses.

Simon llevó la vista a los armarios que había en el muro. Quizás iba a romperse la mente y la voluntad contra una barrera infranqueable, pero ¡tenía que hacer algo!

Era su deseo. Y su deseo era abrir una puerta. Visualizó una cerradura como las que existían normalmente en su propio mundo, y mentalmente se puso a abrirla. Quizá sus esfuerzos no le llevaran a ningún resultado positivo. Se esforzó más y más y continuó luchando con la idea hasta que sus pies no le aguantaron su peso y se desplomó, pero arrastrándose hasta la litera se sentó en ella. En ningún momento separó los ojos de la puerta del armario, donde esperaba que los movimientos de la cerradura respondieran a su voluntad.

Temblaba a causa de los esfuerzos cuando la puerta del armario se abrió de pronto, y miró en su interior. Durante unos instantes se quedó sentado donde estaba, apenas capaz de creer en el éxito que acababa de obtener. Luego, arrastrándose sobre las rodillas, se acercó más y pasó las manos por el quicio de la puerta del armario. No era una alucinación engañosa, ¡lo había conseguido!

Lo que había en el interior del armario no podía en modo alguno proporcionarle los medios para escapar o armas. Un montón de cajas en cuyo interior había pequeñas piezas de metal. Pero era el sistema de la cerradura lo que más le interesaba. Apoyado sobre la espalda, y usando los dedos para ayudar a los ojos, Simon llegó a hacerse una idea del mecanismo.

Se sentó frente al segundo armario. En esta ocasión la lucha no fue tan exhaustiva. Cuando la segunda puerta se abrió, miró en su interior con ánimo de encontrar lo que podría ser su pasaporte para el exterior de aquella habitación. Había un traje Kolder en un saco transparente.

Desgraciadamente, el propietario era más pequeño que Simon. Cuando se metió en el buzo gris, se dio cuenta de que le llegaba cerca de las rodillas, y le era muy estrecho de hombros. Pero quizá pudiera servirse de él. Y ahora… la puerta de la habitación.

Con el uniforme Kolder, Simon se enfrentó a la última barrera. En el exterior la noche era muy negra. Simon pensó en la cerradura…

¡Ábrete! ¡Ábrete!

La respuesta fue un clic. La puerta no había girado sobre sus goznes como las de los armarios, pero cedió cuando la empujó. Con los pobres ropajes sobre él, Simon miró por el pasillo. Salió más al exterior y permaneció a la escucha.

Haciendo uso del ascensor que le había llevado hasta allí, podría volver al nivel del suelo, pero eso también le llevaría al centro de la actividad. Lo que quería a toda costa era salir de allí. Loyse. Frunciendo el ceño, Simon consideró el problema de Loyse. Aldis y Loyse, esta última usada como cebo para atrapar a Jaelithe. Pero dónde y cómo encontrar a la muchacha. No se atrevía a hacer uso del contacto mental de nuevo.

Había otras cuatro puertas en el pasillo, pero era posible que pusieran a sus prisioneros uno al lado de otros. ¿Qué había dicho Loyse? "… habitación… rocas… " Lo que bien podía significar que sus ventanas daban a un terreno rocoso. La habitación de Simon estaba al final del pasillo y tenía dos ventanas que daban, una al mar y otra a una zona agreste y rocosa, o sea que las dos habitaciones que había a su izquierda tenían que comunicarse a la zona rocosa.

Simon empujó suavemente la primera puerta. Como consecuencia de su presión giró una pulgada aproximadamente y Simon se fue rápidamente hacia la puerta siguiente. Ésta no cedió a su impulso. Quedó pensativo. Una puerta cerrada no era signo inequívoco de que Loyse estuviera tras ella, y si la abría se arriesgaba a cometer un grave error.

Concentró el pensamiento en la cerradura. Era más fácil ahora que al principio, con lo que la confianza en sí mismo iba en aumento. Ya no se sentía prisionero en absoluto de Kolder.

La puerta cedió al segundo intento. Muy lentamente la fue girando hacia la derecha. Loyse estaba de espaldas a él, con las manos apoyadas en la ventana, escudriñando en la oscuridad de la noche.

A juzgar por la ojeada que Simon dirigió a todo lo largo y ancho de la habitación, la muchacha estaba sola, pero no podía estar seguro de ello. Intentó una nueva aplicación de su reencontrado poder, deseando que ella se volviera para mirarle. Ella reprimió un grito al volverse sin poder controlar su movimiento de rotación sobre sí misma. Ella, al verle, se cubrió el rostro con las manos, y se apoyó de frente contra el muro, como si deseara atravesarlo para escapar de aquella visión.

Simon, sorprendido por aquella reacción, avanzó y pensó inmediatamente en su uniforme. La muchacha debió confundirle

con uno de los Kolder.

—Loyse… —su voz era más bien un susurro, al mismo tiempo que se quitaba el gorro de Kolder que le servía de disfraz.

Simon vio el temblor que la estremecía, pero de pronto dejó caer las manos y le miró. El temor se convirtió en sorpresa. No habló, pero en su lugar se separó del muro, y corrió hacia él como si corriera hacia un santuario. Los dedos de Loyse se atenazaron sobre las solapas del uniforme de Kolder, mostrando en su rostro una mezcla de alegría y sorpresa contraídos por el miedo y el estado nervioso contenido.

—¡Vamos! —le urgió Simon cogiéndola por los hombros y arrastrándola con él hacia el pasillo. Una vez allí se detuvieron un momento para cerrar la puerta y escoger el camino a seguir.

Pero todo cuanto conocía de aquel lugar era aquel pasillo con sus dos habitaciones, y la otra habitación del piso inferior donde había sido interrogado por el representante Kolder.

—¡Aldis! —exclamó de pronto Loyse cogiéndole por el brazo.

—¿Qué pasa con ella? —estaban en el ascensor.

—¡Sabrá que me he ido!

—¿Cómo?

—Por el talismán de Kolder. Está siempre a la expectativa. Por eso fue por lo que, siguiendo la senda que le ofrecíamos con nuestros contactos, se enteró de lo de Jaelithe. Y estaba conmigo cuando nos pusimos en contacto. ¡Observaba muy detenidamente mis pensamientos!

Simon puso a la muchacha ante él. Se imaginó el pasillo que conducía a la habitación del oficial Kolder y la puerta cerrada tras él. Luego habló a Loyse.

—¿La presientes? ¿Puedes darte cuenta de cuándo está en contacto y dónde está ahora?

—No, pero ella forma parte de su nuevo plan. Ellos quieren apoderarse de Jaelithe, una hechicera.

Y cuando se dieron cuenta de que ella venía tras de nosotros, fue algo excitante para ellos. Sabían que había un barco que se acercaba, pero esto no les preocupaba. Pero algo les fue mal en su defensa, y entonces establecieron sus planes. Aldis estaba contenta. Dijo que todo les salía a pedir de boca. Pero yo no comprendo por qué están tan nerviosos y eufóricos. ¡Jaelithe ya no es una

hechicera!

—No igual que lo era antes —le dijo Simon—, ¿pero hubiera podido ponerse en contacto con nosotros si hubiera perdido todas sus atribuciones? Hay magia… y magia, Loyse.

¿Pero podrían su magia y la de Loyse enfrentarse a las fuerzas de Kolder?

Un leve susurro y la puerta del ascensor se abrió. Ante ellos, el pasillo que vio en su imaginación. No habían recorrido más que unos cuantos pasos, cuando una fuerza invisible se apoderó de él. Pero ambos continuaron andando, mientras una fuerza invisible, la fuerza Kolder, les atenazaba. Pero continuaron andando, indefensos, hacia el Kolder que les esperaba.

¿Indefensos?, se dijo Simon a sí mismo. En el caso de estar indefensos no hubiera podido resolver el problema de las puertas en el piso superior, y no estaría allí. Pero en aquel momento se hallaba controlado por los Kolder. ¿Pero por qué no se adueñaba de la situación él también? Ahora ya no era el momento, pero ¿hubiera tenido tiempo de hacerlo?

La puerta se abrió. Con Loyse, Simon se acercó hasta quedar frente a frente con los que esperaban. Eran Kolder, dos de ellos, y uno de éstos era el oficial que había conocido en esta misma habitación a su llegada. El otro llevaba un gorro metálico, tenía los ojos cerrados, y tenía la cabeza apoyada sobre el respaldo de la silla, con la actitud normal del que está totalmente concentrado en algo lejano a la presente reunión. También había dos de los poseídos que llevaban armas de vigilancia, y a un lado, Aldis, con toda la atención puesta en los prisioneros, y los ojos brillantes de excitación.

Fue el oficial Kolder quien habló primero:

—Parece que es usted algo más de lo que sospechábamos, Warder de March, y parece que también tiene ciertas cualidades que no habíamos tenido en consideración. Quizá hubiera sido mejor para usted si no las hubiera tenido. Pero antes que nada nos va a prestar un gran servicio ahora mismo, Parece ser verdad que su esposa hechicera no le ha abandonado a pesar de todos los inconvenientes que ha tenido, y que se dirige hacia aquí para ayudarle como es el deber de toda buena esposa. Y Jaelithe de Estcarp es de una gran importancia para nosotros, de tal

importancia que estamos dispuestos a hacer cuanto esté a nuestro alcance para que nuestros planes salgan a la perfección de lo que nos hemos propuesto. Así que ayúdenos a llevar a efecto esos planes.

El cuerpo de Simon obedeció aquella voluntad. Se volvió hacia la puerta y los dos guardias siguieron tras él. Detrás iba Aldis, el ruido que producía su ropa al andar era inconfundible. ¿Los Kolder también iban tras ellos? Sólo uno, según pudo observar cuando llegaron al ascensor. El hombre del gorro metálico se quedó en la otra habitación.

Bajaron. Aun a pesar de sentirse bajo control, tuvo una sensación de poder que antes no había sentido. Cuando llegaron al nivel del agua se sintió a punto para realizar un gran esfuerzo; sin embargo, prefirió reservarse para el momento oportuno.

Los muelles estaban despoblados; los submarinos, cuatro, permanecían inertes, con la quilla materialmente pegada al lugar de embarque, y dando una sensación momentánea de inservibles. El grupo integrado por Simon fue bordeando los límites del agua, hasta que llegaron a un lugar abierto a la noche, y formado por rocas vivas.

Continuaron andando, primero Simon, después Loyse y Aldis, y detrás el oficial Kolder. El fuego que parecía formar una cortina ante el horizonte había desaparecido. Sin embargo, pequeñas nubes de humo ocultaban algunas estrellas, que a primera vista parecían casi poderse tocar con la mano. El terreno era muy irregular. En un punto del terreno se abría una pequeña playa rodeada por rocas. Habían llegado al lugar pretendido. Simon y Loyse miraron a su alrededor. No veían los guardias.

—Ahora… —ordenó el oficial Kolder a Aldis—. ¡Haz uso de la muchacha!

Simon oyó gritar a Loyse a causa del dolor y el terror que sentía. La intensidad del mandato mental que en aquellos momentos estaban ejerciendo sobre la muchacha le llegaba a él mismo. Pero había llegado el momento de poner en acción su poder atacando al enemigo. No luchó por la libertad de su cuerpo, ni contra la acción de Aldis, sino contra el hombre del gorro metálico que se había quedado en la habitación.

Hubo cierta resistencia, aunque no le cogió de sorpresa. Pero

quizá lo inesperado de aquel ataque fuese su arma principal. Pensamientos confusos, luego rabia, y al final temor, temor y un rápido contraataque. Y sus lazos de unión desaparecieron.

Pero se quedó rígido, esperando…

Capítulo XVI
LA ESCAPADA

De entre las sombras surgió otra sombra en el mar que parecía acercarse lentamente. Simon oyó de pronto el susurro de unos remos, no de un barco marinero, sino de un bote que se acercaba al territorio enemigo. Distinguió a dos… tres en el bote, y no dudó ni un momento de que una de aquellas sombras era Jaelithe.

Tras él, Loyse no pudo impedir un impulso que le inclinó hacia delante con ánimo de acercarse a recibir a los recién llegados. Pero se detuvo repentinamente. Estaba bajo control. Y Simon no necesitaba ver la amenaza que se escondía entre las sombras.

—¡Sul! —lanzó irreprimiblemente ese grito de guerra que tantas veces oyera en la batalla, y se abalanzó, no hacia la muchacha, sino contra el Kolder que estaba a la expectativa de las sombras que se acercaban.

El Kolder cayó al suelo lanzando un grito que Simon trató de reprimir. Y éste se dio cuenta de que si los Kolder usaban máquinas y poseídos, también quizá tuvieran armas muy poderosas para salvar su propio pellejo. No era fácil dejar fuera de combate a un luchador con recursos especiales y sólo conocidos por él mismo. Pero la sorpresa inicial le daba ventaja a Simon, y se dispuso a sacar el máximo partido de ella.

No sabía lo que estaría pasando en aquellos momentos a su alrededor, pues toda su atención estaba puesta en la lucha para conseguir desembarazarse de su peligroso oponente. Por fin, aquel cuerpo quedó inerte bajo él y esperó con las manos cerradas sobre la garganta del Kolder, a la expectativa de una recuperación de energías.

—¡Simon!

A través de la sangre que se agolpaba en su cerebro, martilleándole los oídos, oyó gritar su nombre. Pero no soltó su

presa sobre el Kolder, y solamente se volvió una fracción de segundo para responder.

—¡Aquí!

Ella llegó a través de rocas y arena. Una sombra negra que se acercaba. Tras ella se movían otros.

Pero no hubiera podido llegar hasta allí si los otros no hubieran tenido también su refriega. Ahora estaba a su lado, con una mano apoyada sobre su hombro. No había necesidad. de nada más entre ellos… ahora, pensó Simon.

—Está muerto —dijo Jaelithe. Y Simon aceptó su juicio separándose del cuerpo inanimado del oficial Kolder. Por un momento le cogió las manos, y luego la apretó contra él, en algo que no era un abrazo, sino la necesidad de asegurarse de que no era un sueño, sino la verdad. Y la oyó esbozar una risa de ilusión, aquel sonido de felicidad que había oído en otras ocasiones.

—¡Tengo a mi guerrero, mi poderoso guerrero y señor! —su voz era un susurro que nadie más que ellos dos podía llegar a oír.

—¡Y yo tengo a mi hechicera, a mi señora hechicera con más poder del que se esperaba! —había orgullo en sus palabras.

—Y habían pagado nuestro tributo —dijo en un tono un tanto divertido—. Volvamos a las realidades. ¿Qué es lo que tenemos aquí, Simon? ¿El nido de Kolder?

—¿Cuántos hombres vienen contigo? —Simon no contestó a su pregunta, pero fue al punto crucial del asunto.

—Ninguna armada, March Warder; dos hombres Sulcar para traerme a tierra remando, y que por cierto me he comprometido a devolver al barco.

—¡Dos! —Simon no daba crédito a sus palabras—. Pero la tripulación del barco…

—No. No podemos contar con ellos hasta que llegue la flota. ¿Qué es lo que hay que hacer aquí? —le preguntó en un tono semejante al que emplearía capitaneando una tropa de sus Borderers.

—Muy poco —respondió divertido con cierta ironía—. Enfrentamos a una fortaleza Kolder… y su puerta de salida.

—¡Señora! —una llamada hecha en voz baja pero de modo imperativo desde tierra.

Sin embargo, antes de que pudieran contestar, una luz, un

chorro de luz como proyectado a través de un ojo mágico, cayó sobre el agua, trazando una línea discontinua y zigzagueante sobre las olas.

—¡Atrás! —Simon cogió a Jaelithe protegiéndola instintivamente, y la llevó hacia unas rocas más altas que ellos. La hizo no obstante inclinarse de rodillas apoyada sobre la piedra, al mismo tiempo que ordenaba con énfasis:

—¡No te muevas de ahí! —Y fue corriendo hacia la playa.

El bote todavía estaba en la orilla, y un cuerpo yacía a su lado. Se oían gritos.

—¡Cubrirse todos! ¡Aquí detrás! —decía gesticulando—. ¡Por aquí! ¡Loyse…!

La respuesta llegó por la izquierda.

—Estoy aquí, Simon, ¿qué es eso?

—¡Alguna de las demoníacas armas de Kolder! ¡Ven por aquí! ¡Rápido!

Se acercó para apresurar su marcha, y casi arrastrándola tras sus pasos oyó unas voces tras ellos pronunciadas en lengua Sulcar que le hicieron volverse para ver unas sombras que les seguían.

Cuando llegaron al espacio rocoso donde había dejado a Jaelithe, Simon observó que eran seis en total. Dos Sulcar arrastraban una tercera silueta tras ellos. Una vez a la protección de aquel lugar, se volvieron todos a la vez para contemplar el desastre que se originaba en la bahía. Aquella luz, o lo que fuera, iba hacia atrás o hacia delante con una precisión propia de un arma designada para tener la seguridad de que no quedara nada vivo sobre la superficie donde se posara. Cuando se posaba sobre el agua, ésta hervía y formaba cúmulos de espuma.

Jaelithe le sorprendió hablándole al oído:

—Vendrán, están viniendo…

Simon tomó en consideración su advertencia, y pensó que era necesario salir de la bahía. ¿Pero dónde iban a ir entre aquel conglomerado de rocas destrozadas? Cuanto más se separaran de Kolder mejor. Y así lo hizo saber a los demás.

—¡Ah! —era un hombre Sulcar quien hablaba—. ¿Pero por dónde nos dirigimos, señor?

Simon deshizo con toda rapidez el uniforme Kolder, puesto que no llevaba cinturón.

—¡Así! —ofreció un extremo a un hombre Sulcar—. Quítate tu cinturón y dale el otro extremo a tu compañero. En la oscuridad es mejor que vayamos unidos. ¿Qué armas tenéis?

—Revólveres de dardos y espadas de mar. Somos marineros, señor.

La sonrisa que quiso fingir Simon era todo un compendio de ironía. ¡Aquellas armas contra las de Kolder! Sin embargo, la noche y lo escabroso del terreno podrían ayudar a los fugitivos.

Se pusieron en camino. Jaelithe emparejada con él, Loyse con uno de los marineros Sulcar, y Aldis con el otro. Le habían atado las manos, y de vez en cuando, al principio, había habido que empujarla para hacerla andar. Simon discutió la necesidad de tener que llevarla con ellos, ante lo cual ella decidió no causar problemas, negando al mismo tiempo la traición que Simon decía podía ser lo único que esperaran de ella. Pero Jaelithe se mostró también en desacuerdo, diciendo que quizá les pudiera ser de alguna utilidad.

No podían andar más de prisa, aunque ya estaban bastante alejados del lugar donde había ardido el bote a causa de la luz que había demostrado ser una terrible arma de los Kolder. Simon les iba conduciendo por los lugares que les podían proporcionar mayor protección. Buscando siempre el amparo de las rocas, se metieron en una especie de cañón cuyas rocas laterales cortadas a pico apenas alcanzaban la altura de los fugitivos. De pronto la luz cruzó por encima de sus cabezas.

Los fugitivos se arrojaron al suelo, y aun a pesar de ellos, la radiación del foco luminoso quemaba sus espaldas, aunque sin llegar a producir heridas. El rayo de luz cruzaba de un lado a otro incansablemente y ellos continuaban escondidos en aquel cortante que habían encontrado no sin mucha fortuna. Simon esperó, aunque temía que aquella arma tuviera algún dispositivo que permitiera hacer entrar el rayo de luz en la abertura que habían hallado como protección. Se reincorporó para mirar hacia el cielo y observó la dirección y la intermitencia del rayo. Al fin se desvaneció todo indicio. Quizá los Kolder creyeron que habían acabado con ellos, convirtiéndolos en cenizas.

Había una dirección hacia la cual el enemigo no osaría dirigir su arma, y era el lugar de donde habían visto que salían los camiones. Encaminarse hacia allí les daría alguna seguridad de no ser

barridos. Expuso su punto de vista.

—Esa salida, su salida, ¿crees que está por ahí?

—preguntó Jaelithe.

—No es más que una suposición, pero casi estoy convencido de ello. Por alguna razón especial tienen que tener contacto con su mundo, y para ello, por esa necesidad, les es imprescindible esa puerta de escape.

—Y ahí es donde podemos encontrar a la mayor parte de sus guerreros —observó uno de los Sulcar sin molestarse en ocultar en demasía sus reparos.

—Hay que escoger entre eso y la fortaleza. Y yo, francamente, prefiero eso a tener que meterme de nuevo en el agujero de Kolder.

El hombre Sulcar gruñó algo que pareció un asentimiento y al fin dijo:

—Sí, al aire libre es mejor.

—Señor, ¿tenemos que seguir llevando a esta mujer con nosotros? —intervino el otro compañero.

—¡Sí! —se adelantó a responder Jaelithe—. La necesitamos, en este momento no veo para qué, pero la necesitaremos.

Simon deseaba confiar en el instinto de Jaelithe en aquel asunto.

—Le deberíamos quitar el símbolo de Kolder —propuso de nuevo el otro marino Sulcar.

Pero de nuevo Jaelithe intervino:

—No, en cierto modo esta mujer es una llave para nosotros que puede abrirnos muchas puertas. Y no creo que ese símbolo funcione salvo en los casos en que lo hace servir Aldis. ¡Y yo sabré si intenta usarlo, yo lo sabré!

La confianza en sus palabras era total, aunque Simon, sin demostrarlo, tenía sus pequeñas reservas.

Unidos nuevamente los unos a los otros por medio de los cinturones y los trozos de tela, comenzaron una marcha lenta, pues ninguno de ellos se opuso a andar, siempre buscando la protección de un cañón o un cortante que condujeran en la dirección general del interior. Cuando se hizo de noche, Simon era el guía, poniendo la máxima precaución a cada paso. Su avance era dolorosamente lento.

A intervalos descansaban, protegidos siempre por las rocas. El alba los encontró agotados. Pero con la luz del amanecer parecieron

recuperar fuerzas.

Tumbados sobre las piedras, se mantuvieron a la expectativa hasta que un ruido sordo atrajo su atención, resultando ser un vehículo que avanzaba tranquilamente en una dirección indeterminada. A la vista de ello, Simon lanzó un suspiro de alivio. Su mayor preocupación era que se hubieran perdido en aquel desierto de rocas. A la vista del vehículo dedujo que debían estar cerca del lugar que buscaban.

El artefacto volvía a su base una vez descargadas las provisiones. Provisiones. Simon tragó saliva.

Comida, agua… en aquella región agreste sólo se podrían hallar estas cosas en las manos de Kolder. Y necesitaban agua. Ellos cinco y un prisionero… y enfrente el poder de Kolder. Quizá hubiera sido más fácil invadir la base.

—Más simple… —la respuesta de Jaelithe fue una parte de sus pensamientos—. Más simple, pero no la verdadera solución.

Simon la miró. Tenía ella el casco puesto, lo cual velaba una gran parte de su rostro.

—Creo que te darás cuenta de que la solución no es ponernos a salvo, sino algo muy diferente.

—¡La puerta de escape!

—Eso es… —afirmó ella—. Tú crees que los Kolder tienen algo ahí, que les es fundamental para llevar a cabo lo que pretenden hacer en nuestro mundo. También es esa mi opinión, y por tanto tenemos que hacer todo lo necesario para que no salgan con éxito.

La puerta por la que Simon había llegado a este mundo había sido, junto con la forma de atravesarla, un asunto muy sencillo. Una ruda piedra entre pilares de la misma sustancia. Recordaba que un hombre le sentó allí, con las manos apoyadas en las caderas, y que él sentía una depresión que le entrecortaba la respiración. Esperó al amanecer y la puerta se abrió. El guardián de aquel lugar le había estado contando a Simon leyendas en las largas horas de la noche de espera. Tales leyendas hablaban de que era una piedra de gran historia: era el sillón que usaba Arthur de Perilous, una piedra encantada que leía el alma de los hombres, y que le transportaba al mundo que más le convenía.

Pero cualquiera que hubiera sido la piedra que trajo a los Kolder a este lugar, no era de la misma especie.

Simon no tenía ni la menor idea de cómo podrían hacer para acercarse allí ellos cinco. Pero, sin embargo, Jaelithe tenía razón, era allí donde debían acercarse.

A medida que la luz fue creciendo en intensidad, anduvieron investigando los alrededores y observando los movimientos de los camiones. Uno de los marineros se adelantó para llevar a cabo una pequeña exploración en el lugar donde estaban trabajando los Kolder. Los otros se turnaban para dormir entre los huecos de las rocas. Sólo Aldis continuaba sentada, mirando al frente, con las manos, aunque atadas por las muñecas, descansando sobre el talismán Kolder que aún tenía en el pecho, como si el tocarlo le proporcionara fuerzas.

Había sido una mujer bella en extremo, pero envejecía a cada minuto, y había adelgazado de tal forma que la piel se cerraba sobre los pómulos y el mentón y los ojos los tenía cercados de un tono morado violáceo. Su revuelta cabellera rubia era tan incongruente como la peluca de una joven en una vieja. Desde que habían comenzado aquella marcha, en ningún momento se fijó en ninguno de ellos; parecía uno de los poseídos.

Precisamente por la presente pasividad que demostraba tenía que ser vigilada, aunque no temida. Loyse era el vigilante, y Simon pensaba que la muchacha hasta había llegado a sentir un tanto de placer al haber llegado el momento de que los papeles se habían cambiado, y era ella ahora quien controlaba y Aldis quien obedecía.

Simon estaba tumbado con los ojos cerrados, pero no podía dormir. Las energías que había gastado en la base Kolder, y después en la playa, en lugar de haberle dejado agotado parecían haberle provocado una excitación de trabajo. Tenía la sensación del que está enfrentado a un grave problema y tiene al mismo tiempo la perentoria necesidad de resolverlo. Más acostumbrado a las armas tangibles, que podía sentir entre sus manos, esta nueva habilidad para trabajar mentalmente mantenía su mente sin descanso, despertando malestar en él. Abrió los ojos y encontró a Jaelithe mirándole. Ella le sonrió.

Se oyó el ruido de botas sobre la roca. Simon se puso en pie, mirando a lo lejos. Llegó Sigred. Se quitó el casco y se pasó el brazo por el rostro sudoroso. Tenía las mejillas enrojecidas.

—Están ahí cerca y forman todo un campamento; la mayoría de

ellos son poseídos. Tienen una cosa emplazada. —Frunció el ceño y trató de encontrar las palabras entre su vocabulario de marino para mejor describir lo que había visto. Hizo uso de las manos para ayudar su descripción—. Hay unos pilares colocados así… —con el dedo índice hizo un trazo vertical—, y una pieza cruzada… así… —una línea horizontal—. Es todo de metal, creo, y tiene un color gris.

Loyse avanzó. Separó una de las manos de Aldis que cubrían el talismán de Kolder, dejando al descubierto una parte de aquel símbolo extraño.

—¿Como esto?

Sigred se acercó más, mirando el talismán detenidamente.

—Sí…, pero es más grande. Cuatro o cinco hombres pueden pasar a través.

—¿Y uno de los vehículos de los suyos también? —preguntó Simon.

—Quizá también. Pero no es más que eso, un arco en un terreno desierto. Y todo muy alejado de él.

—Como si tuviera que evitarse la presencia de cualquier otro objeto ante él —comentó Jaelithe—. Sí, deben estar concentrando, o al menos intentándolo, poderosas y extrañas fuerzas aquí. Fuerzas peligrosas si consiguen abrir tal paso.

Un arco de metal gris. Simon tomó una decisión.

—Tú —le dijo al marinero— te quedarás aquí con lady Loyse. Si al cabo de un día no volvemos os dirigís hacia la playa. Quizás allí podáis encontrar algo que os permita escapar.

Las protestas por tal decisión estuvieron a flor de labios, pues se leía en sus ojos, pero ninguno se atrevió a discutir su autoridad. Jaelithe sonrió de nuevo, serenamente. Luego avanzó hasta llegar junto a Aldis y la tocó en un hombro.

El agente de Kolder, casi como una autómata, se levantó y se puso en camino. Jaelithe iba tras ella. Simon se volvió para hacer un gesto con la mano a modo de saludo, pero sus palabras fueron para Loyse.

—Tu parte en todo esto ha acabado, lady. Que tengas suerte.

—Para ti también, suerte.

No se volvieron a mirar atrás en el largo camino que les iba separando de sus compañeros, El sol empezaba a calentar. Sin saber por qué, Simon estaba seguro de que la puerta de los Kolder no era

su único fin en la empresa que iban a afrontar.

Capítulo XVII
MUNDO DE DESTRUCCIÓN

El sol ya estaba muy alto, y tal como Simon había previsto, calentaba hasta el punto de que la camisa de malla que llevaba sobre los hombros, le era una carga. Se había puesto a modo de turbante unos trozos del uniforme Kolder sobre la cabeza, a falta del casco, pero el calor continuaba haciendo mella en su cabeza, cuando por fin llegaron a las proximidades de la puerta Kolder. A la vista de ella, juzgó que debía estar acabada, pues nadie trabajaba allí. Algunos hombres yacían en el campo de rocas, exhaustos.

—¡Simon!

Jaelithe y Aldis estaban a la sombra de un pináculo de rocas. El agente Kolder se había puesto en pie, mirando no hacia sus compañeros, sino hacia los destellos de la puerta. Tenía las manos puestas sobre el talismán, pero su rostro había vuelto a adquirir vivacidad. Había ansiedad en su expresión, como si todo cuanto ella necesitara estuviera ante ella y a su alcance. Empezó a caminar, y su paso se fue haciendo cada vez más rápido a medida que avanzaba.

Simon la hubiera interceptado, pero Jaelithe le hizo una señal con la mano. Aldis había salido al exterior, sin prestar atención a los rayos del sol. Su paso rápido se convirtió casi en una carrera.

—¡Ahora!

Jahelithe se puso a correr y Simon se unió a ella.

Estaban más cerca de la puerta que los hombres que había en el desierto de piedras.

Aldis se dirigía hacia la puerta, y aunque había andado a tumbos durante el recorrido desde la playa toda la noche anterior, ahora no mostraba signo alguno de fatiga. En realidad su velocidad era casi sobrehumana, en su carrera delante de sus perseguidores.

Simon dudaba de si podrían alcanzarla, aunque Jaelithe no

estaba a mucha distancia de ella. Desde donde se hallaban la estructura de la puerta parecía mucho mayor.

Jahelithe aceleró su carrera hasta el extremo de sus fuerzas lo que le permitió asirse al extremo del vestido de Aldis. Ésta intentó desasirse con todas sus fuerzas, y al no conseguirlo se debatía por llegar hasta la puerta. Simon les dio alcance, con el corazón que parecía saltarle del pecho, y sin apenas poder sostenerse en pie, a causa del esfuerzo.

Se oyó un ruido tremendo, que pareció proceder de por encima de sus cabezas. Se hallaban bajo el fuego de los hombres del campamento, y en el descampado en que se hallaban eran fáciles blancos. Simon no veía más que un posible escape. Tiró con todas sus fuerzas de las dos mujeres que se debatían, y medio arrastrando su peso y el de ellas llegó bajo la barra cruzada de la puerta.

Se hizo un cambio del medio día a la noche en un sólo instante. Sintieron una sensación durante unos segundos, extrañísima, que pareció una eternidad. De pronto Simon notó como un diluvio de agua que caía sobre su cuerpo, y un estremecedor chasquido de rayos cegadores que les tuvo petrificados. Jaelithe se hallaba bajo el círculo de sus brazos, mientras escondía instintivamente la cabeza en su pecho.

El agua continuaba cayendo implacablemente resbalando por sus rostros como si se hallaran inmersos en la rápida corriente de un río. Simon alzó el pecho como si buscara respiración moviendo con él a Jaelithe. Ella gritó algo que quedó ahogado con el ruido de la tormenta. Por la luz de un rayo, Simon vio otro cuerpo, al que el agua azotaba sin piedad, mientras estaba tendido en el suelo. Se inclinó para recoger a Aldis. Tenía los ojos cerrados, e incluso llegó a pensar Simon que estaría muerta, pero la retiró no obstante del lecho de la corriente.

Se hallaban en una especie de valle, rodeado por dos muros que el agua iba llenando rápidamente. Algunos objetos flotaban en la superficie. Simon subió a la parte alta del muro buscando algún posible sendero. Sí que le había, pero hacer aquella ascensión con Aldis, sería algo que les dejaría extenuados a los dos. Subió por fin a Jaelithe y después fue en busca de Aldis.

El cielo estaba muy oscuro y la lluvia continuaba cayendo. No muy lejos de allí se divisaba un refugio.

—¡Vamos!

Quizá no oyó esta palabra a causa de la furia de la tormenta, pero sujetándose en él comenzaron a avanzar. La dejó a cubierto y volvió en busca de Aldis.

Cuando volvió fue cuando Simon se dio cuenta de la naturaleza del lugar que les albergaba. No era una roca, ni uno de los refugios que habían utilizado en el territorio Kolder, sino un edificio. El resplandor de los relámpagos daba de vez en cuando idea de los despojos del edificio que ocupaban. Sabía que eran despojos porque en el extremo del recinto el techo estaba semiderruido y el muro con un gran agujero.

Su destrucción debía datar de mucho tiempo a juzgar por las hierbas que crecían aquí y allá por el suelo. A pesar de la pureza del aire que azotaba la lluvia, había olor a podredumbre en aquel lugar.

Muy despacio se fue hacia el otro lado de la habitación. Había cascotes sobre el suelo, y en dos ocasiones estuvo a punto de caer. De pronto pisó algo que brilló a la luz de un relámpago. Fue tanteando con las manos hasta encontrarlo, y con él salió a la puerta donde el fulgor de los relámpagos le permitiera ver con más claridad.

Lo que llevaba en las manos no podía ser más que un arma, pensó. Y tenía cierto parecido con los rifles de su propio mundo. Pero el metal era más ligero en peso que cualquier arma de fuego que hubiera conocido nunca.

Jaelithe puso las manos en la frente de Aldis.

—¿Está muerta? —preguntó Simon.

—No, se ha debido dar un golpe en la cabeza al caer. ¿Este es el mundo de donde vinieron los Kolder? —no había temor en su voz, sino más bien interés.

—Eso parece. —Lo que sí era cierto era que no debían alejarse de aquel punto a donde habían llegado a través de la puerta. Salirse de aquellos contornos podía significar el no poder volver a su punto de origen.

—Me pregunto si quedará algún rastro de la puerta en este lado. —Como de costumbre Jaelithe había seguido los pensamientos de Simon.

La tormenta iba amainando. La oscuridad de la noche que les había rodeado cuando llegaron a la puerta, se había modificado,

tornándose poco a poco en la claridad de día. Simon vigilaba los alrededores con la misma intensidad que un experto explorador. No era un lugar desierto, como el que hacía poco habían abandonado.

Había signos evidentes de que la ciudad había sido ocupada en otro tiempo.

El sol no brillaba todavía, pero la luz era la de un día normal, y entonces pudo ver las ruinas de aquellos alrededores. La visión le sobrecogía. ¿Una guerra atómica? ¿Tierra radioactiva? Volvió a realizar una nueva inspección y aun así no creyó en sus primitivas sospechas. Una bomba atómica no hubiera dejado edificio sin terminar de destruir. Alguna otra arma…

—¡Simon!

No hubiera necesitado llamada aunque en voz baja de Jaelithe, pues él también se había apercibido de algunos movimientos tras unos muros en ruinas. Algo viviente, y lo suficientemente grande como para atraer su atención, y que se movía aproximadamente en la dirección en que estaban. Jaelithe se llevó la mano al cinturón donde todavía tenía la espada y la daga. Simon se previno con el arma que había encontrado en el suelo.

Su similitud con el rifle, aun a pesar de su ligereza, le hizo tomarlo en consideración. Pero la estrecha abertura del cañón le preocupaba. Demasiado pequeña para disparar ni tan siquiera los dardos de las armas de Estcarp. ¿Para qué serviría aquel tubo? Simon lo puso en posición de disparar. No había gatillo, sino un botón plano. Y sin confiar en que aquello diera resultado alguno, disparó.

El arbusto próximo a donde había encontrado el arma, tembló y el agua acumulada en él durante la lluvia fue desprendiéndose de las hojas. Simon se quedó de tal manera sorprendido que apenas daba crédito a lo que veía. No se había apenas oído ningún ruido, ni tan siquiera fogonazo, nada más que el resultado de su disparo.

—¡Simon! Algo se acercaba… alguien viene hacia aquí… — Jaelithe miraba desde detrás de otro arbusto.

Él no veía nada; pero sentir… eso era distinto. La sensación de peligro se hacía cada vez más ostensible. Ella le tocó significativamente en el brazo que todavía llevaba el arma.

—Prepárate —con aquella palabra salieron de su garganta otros sonidos que en realidad quedaron convertidos en un murmullo.

Había tres caminos frente a ellos. De los tres fueron llegando corriendo en silencio. Uno detrás de un muro, otro tras un arbusto y el otro por detrás de un edificio medio derruido.

Eran hombres, pensó Simon, o al menos tenían la apariencia de ello. Iban vestidos con algunos harapos que cubrían alguna parte de su cuerpo, pero esto aún les daba un aspecto más terrorífico en lugar de parecer humanos. Sus cuerpos eran muy delgados hasta el extremo de que los brazos y las piernas no parecían más que huesos cubiertos con piel, sin carne ni músculo debajo. Sus cabezas soportadas por rígidos cuellos, eran más bien calaveras. De pronto se detuvieron, eh silencio, avanzando tan solo uno o dos pasos más. Sus cuerpos temblaban como el arbusto sobre el que había disparado Simon.

Se pusieron a hablar, pero su voz no tenía nada de humano, y mientras lo hacían danzaban y se contorsionaban de modo extraño, hasta que por fin se detuvieron. Simon luchaba contra las náuseas que le producía la visión de todo aquello, reflejada por un gusto amargo en su boca.

—Entonces…

Tanto Jaelithe como Simon se volvieron atraídos por la voz que se había oído tras ellos. Aldis, de pie, con una mano apoyada en el muro, se acercaba hacia la puerta del edificio. La sonrisa que había en su rostro, que denotaba un hálito de muerte, todavía agrandó el malestar de Simon.

—Entonces… ¿todavía viven los de la última guarnición? —No prestó atención ni a Simon ni a Jaelithe; como si no existieran—. Bien, pues su vigilia está tocando a su fin.

Jaelithe se separó de Simon:

—¿Quiénes eran ésos? —se lo preguntó de un modo que denotaba el requerimiento de una respuesta urgente.

Aldis no volvió la cabeza. Sin dejar de sonreír, continuó contemplando y estudiando la muerte.

—La guarnición… los que quedaron para defender la última barrera. Naturalmente, no sabían que era su único deber, mantener aquella posición mientras el Alto Mando se ponía a salvo. Se creían los pobres idiotas que se trataba solamente de una retirada momentánea, y que en seguida les llegarían refuerzos. Pero el Alto Mando tenía otros problemas. —Se echó a reír—. Sin embargo, esto

será una gran sorpresa para todos, pues nadie creía que hubieran podido aguantar durante tanto tiempo.

¿Cómo podía ella saber todo eso? Aldis no era Kolder de nacimiento. En realidad, al menos que se supiera, no había mujeres entre los Kolder. Pero de cualquier modo Simon no dudaba que habría ocurrido como estaba diciendo. Jaelithe hizo un gesto con la mano en requerimiento de precaución.

—Hay más…

Tampoco en esta ocasión necesitó su advertencia…

—Se reúnen… pero no contra nosotros…

Aldis continuaba hablando despreocupadamente:

—¡Oh!, esperan… —decía—. Han esperado durante mucho tiempo. Y ahora vienen los que irán en nuestra caza. —Hizo un chasquido de dientes que fue peor que cualquier grito de dolor o de terror.

Pero lo que decía no dejaba de tener sentido. Los Kolder vendrían a través de la puerta en busca de ellos tres. Y éstos —éstas cosas— se reunían aquí para recibirlos. ¿Sabían los Kolder a lo que se enfrentaban?

Había una base de aspecto sólido, que quizá en otro tiempo había servido de soporte a una superestructura. Con las espaldas pegadas a aquella base estarían en situación privilegiada para vigilar la puerta. Siempre con el rifle en la mano, Simon cogió a Aldis y la conminó a que avanzara. Jaelithe iba tras ellos…

Lo que Simon creyera durante la tormenta que era o podía ser el lecho de un río, se mostraba ahora como un trozo de antigua carretera cubierta en algunos tramos por deshechos de paredes y muros derruidos. Un poco hacia la derecha del lugar en que se hallaban, pero un poco más abajo del nivel de la carretera había bloques de metal gris apoyados en pilares.

—La puerta —dijo Simon.

—Y sus defensores —añadió Jaelithe susurrando.

Se les podía ver al otro lado del cortante. A pesar de su aspecto inhumano iban tomando posiciones, lo que denotaba un algo de inteligencia o al menos un resto de la que hubieran tenido antes. Por todas partes Simon veía armas como la que tenía en sus manos.

—¡Se acercan!

No había ningún cambio hasta el momento en los pilares

metálicos, ni ningún signo de que la puerta estuviera en uso, hasta que los otros hombres aparecieron como si llegaran del aire. Eran hombres guerreros poseídos, que se mostraban precavidos en sus movimientos, pero que no tenían ninguna preocupación por esconderse. Llegó una compañía entera, encabezada por uno de los poseídos, pero había un agente Kolder a su lado.

—Sienten odio —dijo Jaelithe en voz baja—, un odio terrible.

—Sienten odio —repitió Aldis queriendo ridiculizar la voz de Jaelithe—. ¡Pero esperan! Han aprendido a esperar.

Un camión llegó de la nada. Pero los invasores de a pie ya habían recorrido un largo trecho en la vieja ruta. Y vino otro vehículo, éste de cabina más grande, sobre la cual había un recinto transparente. Dentro de él, dos verdaderos Kolder, con cascos metálicos.

La emisión había llegado a su punto álgido. Pero los que habían formado la emboscada no se movían. Una pequeña parte de los poseídos caminaba abriendo paso al grueso de la columna.

Y luego… nada más.

¡Ahora!

Un ruido, inferior al trueno, pero que reflejaba un odio mortal en cada uno de sus elementos, los cuales no debían nada a la comprensión humana ni a la inteligencia. La furia que se había ido forjando en ellos estallaba de un golpe, derribando a los poseídos de un modo incomprensible.

No había bastante espacio en el cortante como para que los camiones dieran la vuelta. Pero el que llevaba a los dos Kolder lo consiguió, y al lanzarse en retirada fue atropellando y derribando cuanto se hallaba a su paso.

El ataque de aquellos seres incalificables era incontenible.

—Ahora tienen lo que querían —decía Aldis todavía sonriente—. Ya han encontrado un maestro para que les de una llave para su puerta. —Continuaba riendo.

Habían salido de sus escondrijos, aquellos hombres esqueleto. La huida de los Kolder les había hecho perder todas las precauciones.

Se oían gritos desgarradores. La mitad de la compañía yacía en el suelo, moviendo los miembros espasmódicamente. Llegaron varios que llevaban un recipiente metálico, tiraron su contenido por el suelo en diferentes puntos y en seguida el fuego se extendió entre

la muchedumbre desesperada.

Jaelithe se llevó la mano a los ojos. Había presenciado el saqueo de algunas ciudades, y las cosas hechas por los Karsten cuando el Old Race había sido sumido en el peor de los desórdenes, pero esto era algo que no podía contemplar.

—Sólo uno —gritaba Aldis— tiene que salvarse uno para poder tener su llave, ¡tienen que tener su llave!

Uno de los dos Kolder había caído entre las manos de los hombres esqueleto. Todos ellos reunidos, o en grupo, formaban una armada grotesca y demoníaca tras un cautivo. Algunos llevaban sus propias armas pero otros se armaban con las de los poseídos. Y su odio era todavía latente. Llevando al Kolder medio a rastras, caminaban, como si una olvidada costumbre de uniformidad hubiera revivido en ellos, a causa de su unión para un mismo propósito. Iban hacia la puerta.

Simón vio como el primero de ellos avanzaba hasta situarse entre los dos pilares, y desaparecía.

Capítulo XVIII
KOLDER, ATACADO

Sólo la muerte hacía acto de presencia en aquel lugar. ¿Cuántos hombres habían constituido la fuerza de aquel ataque? ¿Cincuenta? ¿Cien? Simon no los había contado, pero estaba seguro de que no debía haber más de cien. ¿Y cómo podían tan pocos, atacar de aquel modo tan irreprimible? Porque, desde luego, no había sido la emboscada la que jugara el papel definitivo en aquel asunto.

Pero los Kolder estarían demasiado ocupados ahora para recordar a los fugitivos, y había llegado el momento de volver con las fuerzas.

—Volvamos…

Aldis lanzó una de aquellas horribles risas. Se había ido alejando de ellos aprovechando los momentos de confusión o sorpresa, y ahora subía una ladera, mirándolos por encima de su hombro, y con un gesto horrible en los labios. Casi recordaba a los habitantes esqueléticos de aquella tierra. Sus últimos vestigios de belleza habían desaparecido totalmente.

—¿Y cómo os iréis? —les decía gritando—. Una puerta sin llave, y que no puede derribarse. ¿Cómo os iréis, poderoso guerrero y señora hechicera?

Corría en zigzag hacia la zona derribada.

—Tras ella —gritó Jaelithe, tras él—. ¿No lo comprendes? El talismán… es la llave… para ella y ¡para nosotros!

Sin detenerse a pensar si sería cierto o no, Simon la siguió. Aun siendo poco pesado, el rifle era una molestia en aquellos momentos que había que andar entre la maleza. A pesar de la vegetación que crecía entre las ruinas de los edificios, el aspecto de todo aquello era impresionante. En sus tiempos había sido, si no una ciudad, al menos un fuerte o un destacamento de cierta magnitud. Y el número de lugares propios para ocultarse era inmenso. Cuando

Simon y Jaelithe llegaron a un espacio abierto, éste se detuvo y alzó el brazo en señal de alto.

—¿Dónde?…

Seguramente estaría muy cerca, ¿pero dónde?

Jaelithe alzó las manos y las puso sobre los ojos, manteniéndose rígida y casi sin respirar. Simon no estaba muy seguro de lo que ella haría, pero esperó confiado. Jaelithe giró sobre sí misma y separó las manos del rostro.

—¡Por ahí!

—¿Cómo lo…?

—¿Qué cómo lo sé? Porque la barrera Kolder ya no existe y ella lleva el talismán de Kolder.

Fueron avanzando, entre piedras y masas de ruinas, y Simon sentía el tiempo que la búsqueda de aquella mujer les estaba haciendo perder.

Llegaron a un lugar donde los edificios estaban en mejor estado, a causa probablemente de que las estructuras, que no tenían en absoluto la apariencia de las de los Kolder, habían sido diseñadas por gentes distintas. En cualquier lugar de aquéllos podía estar escondida Aldis.

—¿Dónde? —preguntó Simon.

Jaelithe apoyó la mano sobre un muro que se alzaba sobre un espacio abierto. La respiración se hizo más excitada, y unas señales patentes de fatiga aparecieron con claridad en sus ojos. Habían bebido un poco de agua de lluvia durante la tormenta, pero hacía mucho tiempo que no habían comido. Simon dudaba si podrían aguantar durante mucho tiempo aquella situación. Jaelithe movió la cabeza despacio.

—No… lo… se… Se me ha escapado. Su respiración entrecortada casi se convirtió en un llanto. Simon la cogió, la estrechó contra él, y ella agradeció aquella muestra de aliento.

—Escucha —le habló dulcemente—, ¿crees que podrías atraerla invocándola?

—¡Debo conseguirlo!, ¡debo conseguirlo! —su voz era un susurro amargo, mezclado con histeria.

—¡Y lo podemos conseguir!

Ella se revolvió entre sus brazos, para mirar hacia el frente, aunque sin separarse de él. Sus dedos se clavaban su los de Simon

como si con ello buscase ayuda para su esfuerzo. Una vez más empezó a cantar el canto de la invocación, que empezaba muy bajo y terminaba alto.

Luego el canto, que salía de lo más profundo de su ser, murió, y abriendo los ojos volvió a ver la ciudad desierta. Había un movimiento, un movimiento entre las sombras. Se acercaba, arrastrándose… Aldis, venía arrastrándose. No intentó ponerse en pie, sino que de pronto quedó rígida e inerte. Jaelithe se separó de Simon.

—Está muerta…

Simon corrió a su vez para acercarse al cuerpo inánime. Sangre, tenía las manos llenas de sangre, que todavía fluía de su cuerpo. Tenía el rostro intacto, pero más abajo la sangre no dejaba de fluir.

Y tenía la carne y el vestido rotos, desgarrados por la herida, en el mismo sitio donde antes llevaba el talismán. Jaelithe gritó, pero Simon cogió una de las manos que tenía cerradas en el momento de la muerte, y que así había quedado, como si algo protegiera. Luchó por abrir aquellos dedos que encerraban lo que la había llevado hasta el final de la razón y de la vida. Había perdido la vida en aquella batalla, pero no lo que había luchado por retener. Simon tenía el talismán.

—¡Vamos! —propuso Simon poniéndose en pie, mirando al mismo tiempo a las ventanas, a las puertas y por todas partes, en busca del o de los que Aldis había encontrado allí.

Jaelithe se inclinó y cubrió con un trozo de vestido de la mujer su rostro y la descomunal herida sobre el pecho. Luego hizo un signo al aire como si invocara reposo.

Caminaban con la mayor rapidez que les permitían los accidentes del terreno y sus fuerzas. Simon se volvió varias veces hacia atrás como si le fuera imposible comprender no ser asaltados por los que habían matado a Aldis. ¿Habría tenido algo que ver la posesión del talismán Kolder en aquel asalto? Creyó que sí y que por tanto, lo mismo ocurriría a ellos.

Los poseídos muertos yacían en la carretera. No parecía que nadie hubiera pasado por allí desde que habían abandonado aquel lugar unas horas antes. Las sombras eran más largas, los signos inequívocos de la noche, la anunciaban.

Bajaron hasta la carretera, y desde allí se fueron acercando poco

a poco hasta los pilares que enmarcaban la puerta. Simon levantó la mano, mostrando en la palma el talismán de Kolder, mientras Jaelithe se apoyaba en su hombro, sin dejar de guardar aquel contacto a medida que se aproximaban más y más a la puerta. ¿Les haría pasar el talismán a través de la puerta? Eran tres a la vez cuando hicieron el paso inverso. Simon continuaba avanzando.

No sabía lo que ocurriría en esos casos, pero no se sorprendió al ver que el objeto en su mano se ponía cada vez más frío.

Otro paso y estarían en el centro mismo de la puerta. Una vez más experimentó la sacudida, una sensación agobiante de ser engullido en la nada, y ya estaba el paso hecho. Simon se hallaba tumbado hacia adelante, con las manos y las rodillas sobre las rocas, bajo un sol abrasador. Jaelithe estaba a su lado.

La caída de la tarde no llegaba a ocultar lo que yacía ante ellos. Sin duda había habido una batalla.

Y no había sido igual a la que ellos mismos habían presenciado al otro lado de la puerta.

Simon se puso en pie y ayudó a Jaelithe a levantarse a su vez. Nada se movía ante ellos, todo había sido reducido a la muerte. Lo que iba a hacer ahora, quizá fuese una equivocación, pero era lo único que se podía hacer en aras de la libertad de este mundo y contra Kolder y lo que Kolder había traído a él.

Levantó el rifle que había traído consigo y descargó, cualquiera que fuese la energía que desprendía, sobre la base de la más próxima de las columnas de la puerta. Por un momento creyó que, o bien se le había acabado la carga del rifle, o bien que éste no surtía ningún efecto sobre la estructura.

Pero súbitamente se oyó un resquebrajamiento, un chirrido, y la columna cayó sobre el pilar opuesto.

Simon lanzó un grito y soltó al arma. ¡Su mano… su mano!

El talismán Kolder que conservaba en la mano mientras disparaba aquella especie de energía o rayo, se le había caído, dejando su carne ardiendo.

Fueron juntos hacia el lugar donde había estado el campamento Kolder, y donde aún quedaban algunas máquinas. Simon iba arrastrándose apretando su mano contra el cuerpo, igual que Aldis hacía con el talismán. No se daba cuenta más que del dolor, un dolor mezclado con una sensación de debilidad que iba aumentando

a cada momento y que no le dejaba pensar con claridad…

Después el dolor no fue tan grande, o quizás es que se había acostumbrado a él, en la medida en que un hombre puede acostumbrarse a un tormento duradero. Probó el agua, y después le pusieron una sustancia sólida entre los labios, y oyó una voz que le apremiaba a comer. ¿Cuánto tiempo había permanecido en aquel lugar de puro dolor? No lo sabía. Pero sus sentidos iban tomando conciencia poco a poco de la realidad de su existencia, y se apercibió de que era de noche y de que hacía casi tanto frío como por el día había hecho calor; de que su cabeza descansaba en las rodillas de Jaelithe, y que ella hacía todo lo posible por mantenerle despierto, llegando hasta él solamente un suave murmullo al principio, y luego sus palabras formando ideas con un sentido para él.

—… vienen. No podemos quedarnos aquí…

Era tan agradable estar allí tumbado, que el tormento de su mano se reducía a un fuerte dolor. Simon intentó mover los dedos y se dio cuenta de que los tenía vendados. Afortunadamente, pensó en su semiinconsciencia, era la mano izquierda.

—Por favor, Simon —era algo más que un ruego, era casi un mandato. La mano de Jaelithe reposaba sobre sus mejillas moviéndole la cabeza de un lado a otro. Después el brazo de Jaelithe pasó por debajo del cuello, tratando de levantarle. Simon protestó.

—¡Tenemos que irnos! —decía ella, inclinándose hacia él—. Por favor, Simon, ¡viene alguien!

Su memoria retrocedió unas horas, y se sentó. Por fin se puso en pie, apoyándose sobre uno de los camiones de los Kolder. Por un momento tuvo la idea de hacer uso de una de aquellas máquinas, pero luego dedujo que no comprendería los mandos. Una vez bien erguido se dio cuenta de que se encontraba mejor de lo que había pensado en un principio. Comenzó a andar con Jaelithe a su lado.

—¿Quién viene? ¿Kolder?

—No lo creo…

—¿Los otros?

—Quizá. ¿No los presientes tú también?

Pero si había algo a sentir o presentir en la noche, quedaba en secreto para Simon, y así se lo expresó. Por primera vez, desde

hacía muchas horas, recordó a aquellos que dejaron cuando empezaron esta terrible aventura.

—¿Acaso sean Loyse y los hombres Sulcar?

—He hecho todo cuanto he podido por ponerme en contacto con ellos, pero hay fuerzas nuevas por aquí, Simon, fuerzas extrañas para mí. Aun no he atravesado una barrera, entonces, ya se ha ido, el contacto. Creo que los Kolder luchan por su vida, y que los que tienen su misma sangre están haciendo uso de todas las armas que tienen en sus manos. El que atravesó la puerta desde aquel mundo olvidado todavía vive, para odiar. Y si no queremos que nos cojan entre dos fuegos tenemos que ponernos a salvo. Hay que tener en cuenta que Kolder lucha contra lo que también es Kolder, o contra lo que dio vida a Kolder, y esa es una guerra que nuestro mundo no ha visto nunca.

Continuaban caminando en dirección al lugar donde habían dejado a Loyse y los hombres Sulcar cuando una piedra, que caía dando tumbos desde lo alto de la ladera, hizo a Jaelithe esconderse tras él. Había perdido el rifle al lado de la puerta pero todavía tenía el cuchillo que Jaelithe le había dado, y mientras escuchaba lo puso a punto de ataque en su mano derecha.

—¡Sul…! —no era un grito de guerra, sino un susurro en la oscuridad.

—¡Sul! —respondió Simon.

Cayeron más piedras y al fin apareció un hombre que venía con agilidad propia de los hombres de mar acostumbrados a permanecer colgados de los mástiles.

—Sigrod —se identificó él mismo—. Les vimos llegar de no sé donde por aquel lado, señor. Pero ha habido demonios en estas colinas que destruyeron cuanto se movía, así que no nos atrevimos a reunimos con ustedes. Ynglin tiene a lady Loyse en un buen escondrijo, y yo he venido para guiarles.

—¿Qué ha ocurrido?

Sigrod se puso a reír.

—¡Qué no ha ocurrido, señor! Esos Kolder pasaban por esa puerta y se iban como si hubieran hecho uso de alguna invocación para convertirse en nada ante los ojos de los hombres. Luego…, fue como un demonio de la noche. Después vinieron los otros que marchaban como un ejército de muertos salidos de sus tumbas y

alzando sus espadas por una causa tan muerta como ellos. Cayeron sobre el campamento Kolder y… —esta es la verdad, lo juro por las Olas de Asper que es verdad—. miraban a un hombre y éste se estremecía y moría como azotado por el rayo o como si alguien hubiera disparado contra él. Brujería, señora, pero de la que nunca vi en Estcarp.

—… recorrieron todo el campamento como si los que había en él estuvieran imposibilitados para levantar una espada o disparar un solo dardo. Pero luego vino aquel rayo de luz que nos persiguió cuando llegamos a la playa, y cruzando de un lado a otro, fue devolviendo a sus tumbas a los demonios. Pero otros se salvaban, y apoderándose de algunos Kolder los llevaron hacia la playa. Desde aquel momento han ocurrido cosas muy extrañas en aquella dirección. Y desde esa altura he visto algo en el mar. ¡Lady, su mensaje fue obedecido, pues se ven barcos!

—Pero si la flota entra en esta batalla… —Esto le preocupaba—. Había que advertirles, ¿pero cómo hacerlo? ¿Emplearían los Kolder sus armas contra un nuevo enemigo, metiéndose en lucha contra un segundo enemigo? ¿Y cómo reaccionarían los esqueletos? Tenía que enterarse más a fondo de cómo estaba la situación.

Se reunieron en concilio después de reunirse con Ynglin y con Loyse.

—Hay un medio de llegar a la costa sin mucho esfuerzo —decía Ynglin—, y yo al menos me siento más seguro en el agua. Éste es un terreno que favorece exactamente igual al perseguidor que al perseguido.

—Lo que puede ocurrir es que estén asediando a los Kolder —especuló Simon— y, si es así, el ir hacia el mar sería tanto como encontrarnos con ellos.

—Un explorador —comenzaba a decir, cuando habló Jaelithe.

—Tenemos que ir juntos, los cinco. El mar es nuestra respuesta.

¿Esta idea era de ella o de él? El mar podía ser su respuesta, dándoles no sólo una oportunidad para comunicar con la flota, sino también para vigilar a los Kolder. Simon accedió.

Emprendieron el camino que los Sulcar habían trazado durante aquel tiempo y mientras Loyse se quedaba en el refugio. Era un terreno abrupto y en ocasiones muy peligroso. Pero la noche no había caído totalmente y anduvieron lo más deprisa posible. Los

Sulcar, además, habían hecho alguna incursión en el campamento Kolder y habían traído el mayor número posible de provisiones, lo que les proporcionaba las energías suficientes.

Simon aprovechó algunos momentos de descanso de los demás para escalar algunas rocas y tratar de divisar la flota. En el segundo intento, dijo a Sigrod que no veía por parte alguna a las embarcaciones.

—¡Ah!, sin duda están costeando. Ése es un pequeño truco que siempre nos hizo gran servicio. Han partido la flota en dos, yendo el uno hacia el norte y el otro hacia el sur para encontrar un terreno apropiado para desembarcar.

Estas explicaciones aliviaron a Simon. No sabía nada de tácticas navales y menos de los métodos de lucha de los hombres Sulcar. Pero esta información le daba esperanzas. Si pudieran ponerse en contacto con una de las expediciones que iban hacia el norte o hacia el sur… Empezó a hacer preguntas a los dos marinos. No había posibilidad de ponerse en contacto con los que iban hacia el norte, pero la mitad de la flota que se dirigía hacia el sur, iba en su misma dirección y había una excelente posibilidad de hacerles señales desde tierra. Ynglin se encargó de intentarlo.

Continuaron la marcha.

Capítulo XIX
EL ÚLTIMO ASALTO

—Para sacarles de ahí, señor, hace falta más de una flota. —Sigrod yacía boca abajo sobre el pico de una roca al lado de Simon contemplando el intrincado enigma del reducto Kolder.

Se veía mucho movimiento a sus pies. Aparentemente, los que habían atravesado la puerta estaban reunidos ante aquellos muros inescalables, deseosos de esperar. En materia de asedio pensó Simon que Kolder tenía todas las ventajas. Sin embargo aquellos hombres no tenían provisiones y ésta era una tierra totalmente desierta. Quizá pensaban que podrían retirarse a través de la puerta. ¿Cuánto tardarían en descubrir que ya no existía la tal puerta?

De todos modos, recordó Simon, desde que estaban aquí, solamente había visto a cuatro verdaderos Kolder, dos en su reducto y otros dos que se metieron en la emboscada. Y dos de ellos habían muerto. Simon indicó el camino de vuelta donde habían dejado a Loyse y a Jaelithe.

Le escucharon mientras sin determinar ningún plan en concreto, hablaba en voz alta.

—¿Y ésos son los que controlan a los demás? —preguntó Sigrod.

—Al menos ellos son los que controlan las instalaciones y dan órdenes a los demás, de eso estoy seguro. Los extranjeros trajeron a uno con ellos; le emplearon para poder atravesar la puerta.

—Pero no les metió en el fuerte —señaló Jaelithe— porque de otro modo no estaría ahora ahí.

—Puede ser que les hayan matado en el asalto al campamento —señaló Loyse.

—Y aquel contra quien luchaste —continuó Jaelithe—, ¿crees que puedes apoderarte de él por el poder y obligarle a hacer tu voluntad?

—Podríamos… —corrigió Simon.

—¿Y entonces abrirles las puertas a esos demonios? —intervino Sigrod—. También eran Kolder, ¿verdad, señor? ¿Y qué ocurrirá pues si no hacemos más que cambiar a uno de los Kolder por otro?

—Es verdad —admitió Simon—. Mantengamos la esperanza de que Ynglin nos traerá refuerzos, y esperemos.

La mayor parte de la guerra con los Kolder estaba basada en la espera. Y esperar era lo más pesado para todo guerrero, esta guerra estaba llena de "date prisa y espera". Se tumbó mirando hacia el cielo nebuloso.

—Yo me hago cargo de la primera guardia, señor —dijo Sigrod, comenzando a andar hacia la vertiente. Simon asintió levemente y continuó considerando el problema que les acechaba: la huida. Pensando en los días pasados, se dio cuenta de que muchas cosas dependían de la suerte. ¿Podía uno desear buena o mala suerte? Sus pensamientos se fueron hacia otro sitio.

Una mano se apoyó sobre su frente.

—Simon…

Él extendió la mano y acarició la que se apoyaba sobre él.

—Descansa —después de echar hacia atrás sus cabellos revueltos, retiró la mano, y éste la volvió a coger para besarla. Cerró los ojos y se dispuso a dormir.

Nada había cambiado en aquella noche.

—No han vuelto a hacer uso del látigo de fuego —observó Sigrod.

—Quizá no se atrevan estando tan cerca de sus propios muros.

—O a lo mejor ya no funciona.

—Pero no podemos contar con esa eventualidad.

—Perdieron a muchos poseídos en el primer ataque. Demasiados quizá. ¿Cuánto tiempo cree que estarán sentados ahí, de ese modo?

Simon se encogió de hombros. ¿Acaso se podía juzgar a los Kolder bajo el sistema comparativo de cualquier otro estándar de vida? Quizá fueran capaces incluso de permanecer sin agua y sin comida durante días, o quizá semanas…

—Simon…

Mientras él miraba a un lado y otro Jaelithe le contemplaba fijamente. Pero en esta ocasión sus ojos estaban alterados por el nerviosismo.

—¡Un mensaje, Simon! ¡Vienen los nuestros!

Él miró inmediatamente hacia el mar, pero en la bahía no se veía un solo barco. Pero Jaelithe miraba hacia el sur, con la cabeza erguida. Loyse la miraba como si quisiera ayudarla a que se realizaran sus palabras.

—¡Sigrod!

—¿Señor?

—Hacia el sur. Recoge a los que vengan. Describir un círculo aunque tardéis más, y venir hacia nosotros por detrás, así… —Simon ayudó a interpretar sus palabras con gestos.

—De acuerdo, señor. —el Sulcar desapareció.

Loyse se acercó a Jaelithe y le dijo en voz baja:

—¿Koris?

—No lo sé, hermanita. No te lo podía asegurar. El hacha de Koris blandirá el aire por ti —como en otras ocasiones—, eso es verdad. Pero que eso sea aquí, no te lo puedo decir.

Otra vez a esperar. Bebieron del recipiente que llevaban con ellos. El sol comenzaba a alzarse y continuaban esperando. En cuanto al campamento Kolder, todo seguía igual, y los atacantes esperaban también, con su super o inhumana paciencia, en el sitio que habían escogido desde un principio.

Poco después del medio día, Sigrod apareció entre las rocas, y tras él una larga cola de hombres. La mayoría de ellos eran hombres Sulcar, aunque con ellos se distinguía un casco alado característico de los Falconers, y otra parte de hombres de oscura tez que fueron rápidamente hacia Simon; era un grupo de sus Borderers.

—¡Señor! —Ingvald levantó la espada en señal de saludo—. Éste es terreno que favorece la contienda.

—Esperemos que así sea —respondió Simon.

Rápidamente hicieron un consejo de guerra, y Simon expuso el único plan que a su juicio podría abrir el reducto de Kolder.

—¿Se puede hacer? —preguntó el capitán Stymir.

—Lo podemos intentar —respondió Simon. Miró a Jaelithe y ella le dedicó un casi imperceptible asentimiento.

De entre los grupos de hombres se distinguía otra figura que había venido con el grueso de las tropas. Como los otros llevaba malla y casco, pero también llevaba el característico atuendo gris de Escarp, y por encima de toda la ropa se veía la joya de hechicera.

Se abrió paso y se acercó a Simon y a Jaelithe, reteniendo

mucho más la mirada sobre ésta.

—¿Crees que lo podréis conseguir? —Simon observó en su pregunta cierto tono de duda.

—Estoy segura —Jaelithe casi hizo una promesa de su respuesta —. Hemos conseguido cosas más difíciles en estos últimos días, hermana.

La actitud de la hechicera despertó en él la misma sensación de desafío, aunque no quizás en el mismo grado, que había expresado Jaelithe en su tono de voz. Quizá fue aquel desafío lo que le dio nuevas fuerzas para intentarlo.

Se imaginó la habitación del reducto Kolder, donde se había encontrado a aquellos dos hombres. Después redujo su visión al que llevaba el gorro metálico simplemente. Su voluntad se convirtió en algo sólido, en algo tangible y mortal como un dardo a una espada.

Su voluntad, llegó, buscó y ¡encontró! Su primer temor se demostraba ahora que había sido innecesario, pues el hombre del gorro vivía. Vivía, sí, pero todo cuanto había habido en él estaba vacío, se había ido. Y un espacio vacío podía llenarse desde cualquier sitio con un… ¡propósito! La voluntad de Simon entró en él, ¡y en su ayuda vino la de Jaelithe!

Simon ya no se daba cuenta de las rocas, ni de los hombres que esperaban, ni del rostro de la hechicera, ni siquiera de Jaelithe, a excepción que ella era la otra fuerza que formaba parte de él. La voluntad corrió sobre el vacío del Kolder, haciéndole totalmente suyo, tan poseído como habían sido los esclavos que él y los de su especie habían tenido en Gorm, en Karst, en Sulcar y en otras muchas naciones de este mundo.

El Kolder se hallaba dentro de su reducto moviéndose de un lado a otro siguiendo las instrucciones que se le daban. Una de ellas era simple, para empezar: Abrir el cerco. Dejar entrar el desastre en su territorio. Y habiendo dejado de ser un Kolder para convertirse en un poseído, obedeció.

En todo momento se mantuvo sometido a su obediencia.

Por fin llegó el acto final, la imagen de un cuadro de mandos, mandos cubiertos de luces y muchos diales y controles. Y las manos del Kolder se movieron apretando botones y alzando palancas. Con su acto, las defensas de su reducto… murieron.

Hubo unos segundos de oscuridad y de la nada. Simon volvió de

ella, y se encontró con las manos cogidas a las de Jaelithe, para después mirarse mutuamente.

—Está muerto. —No fue Jaelithe, sino la hechicera quien habló —. Habéis conseguido lo que os habíais propuesto.

Simon se volvió hacia ella.

—¿Fue suficiente?

—¡Sul! —fue el grito de un vigía—. Esos demonios se ponen en movimiento.

Era verdad, habían comenzado a moverse de un lado a otro.

En el momento en que salían del lugar donde habían estado reducidos, se oyó una voz que gritó:

—¡Adelante! —era uno de los capitanes, que alzando la espada añadió—: ¡Sul ¡Sul! —una oleada de Estcarpianos le siguió por la ladera.

No era agradable aquella lucha por apoderarse del corazón de Kolder. Era más una carnicería que una batalla. Los hombres Kolder defendían su reducto de habitación en habitación, pero pronto sus armas fueron reducidas y cayó la defensa. Pareció como si el corazón de Kolder hubiera dejado de existir.

Cuando Simon y sus Borderers, junto a un destacamento de los Falconers llegaron a las habitaciones de los Kolder, encontraron seis de ellos muertos al mismo tiempo que sus aparatos mortales.

Pronto empezó la segunda batalla, pues los esqueletos de la puerta se volvieron contra los hombres de Estcarp.

Caían guerreros muertos y heridos, pero los dardos también causaban muchas bajas en el enemigo.

—¡Kolder ha muerto! —gritaba el capitán Stymir blandiendo el hacha.

—¡Kolder ha muerto! —repetía Jaelithe, que junto con Loyse y la hechicera habían entrado por la retaguardia—. Pero el demonio que lo engendró todavía vive. Y quizás otros vengan a hacer uso de esto. —Se fue hacia los mandos.

—¡Eso no! —La hechicera sacó la joya de entre sus ropas y la puso frente al tablero de mandos—. Eso no, hermana, ¡asegurémonos!

Las mejillas de Jaelithe, pálidas normalmente, estaban un tanto enrojecidas en el momento de avanzar hombro a hombro con la hechicera. Juntas miraron la joya. La luz entre aquellas paredes era

muy tenue, pero de pronto empezaron a saltar chispas de todos los colores en el tablero de mandos, agudas explosiones rompieron el silencio, y el olor a quemado se extendió rápidamente. Cualquiera que hubiera sido la energía que usaran las dos mujeres, el caso es que estaban destruyendo para siempre los mandos que utilizaran los Kolder, y con los cuales quizá no sólo querían dominar su territorio, sino también extender su poder más allá de los mares.

Simon se mostró de la misma opinión mientras esperaba, con los capitanes e Ingvald, los últimos informes de los que estaban registrando los pasillos y las habitaciones, para asegurarse de que no quedaba ningún enemigo con vida.

—La semilla aún perdura —la hechicera estaba sentada a un lado, con el rostro contraído por la fatiga que le había producido los últimos esfuerzos—. Y mientras los Kolder extiendan esta semilla los odios, los acuerdos, las envidias, ya habían invadido el mundo. Karsten está en el caos, y durante un tiempo este caos nos ha servido, porque preserva a los ojos y la voluntad de los grandes señores de mirar hacia el norte o hacia otros sitios donde pueda implantarse la guerra, pero eso no durará siempre.

—No, no durará —asintió Simon—. Siempre surgirá alguien que con su poder atraerá la atención de otros que querrán disputárselo en una guerra que se extenderá más allá de sus propias fronteras.

Jaelithe y la hechicera asintieron; Ingvald también. Los capitanes Sulcar mostraban interés por el desarrollo de la conversación.

—¿Y Alizon? —Loyse intervino por vez primera—. ¿Cómo va la guerra con Alizon?

—El Senescal ha reaccionado como un fuego violento dentro de su país. Ha reaccionado mejor de lo que nosotros mismos podíamos esperar. Pero no podemos intervenir en Alizon, igual que no podemos someter a Karsten a nuestras leyes. Los de Estcarp no queremos otra cosa, que no sea que se nos deje tranquilos en nuestro atardecer. Sabemos que es nuestro atardecer, el cual nos conduce hacia una noche sin amanecer. De entregarnos a la guerra, nuestra noche sería de llamas de muerte y de tormentos. Ningún hombre ni ninguna mujer mueren por su propia voluntad, y por tanto, en nosotros está el mantener y respetar sus vidas. Pero si tuviéramos que tener una noche de guerra ante nosotros —alzó la

mano y la dejó caer de nuevo—, entonces lucharíamos hasta el final.

—¡No hace falta que sea así! —era Simon que rehusaba aceptar las predicciones del futuro.

Miró primero a Simon, después a Jaelithe, Loyse, Ingvald y los cuatro capitanes Sulcar. Luego sonrió y añadió:

—Ya veo que vuestra intención es otra. Bueno, Estcarp puede continuar como es, pero quizás es ahora un campo en el que sembramos extrañas y diferentes semillas, y que de ellas salga un nuevo fruto. Ha llegado el momento de cambiar y los Kolder han precipitado el acontecimiento. Sin los Kolder, todas las cosas quedan tal como las habíamos conocido, y así podemos hacer comparaciones durante un buen espacio de tiempo. Al menos os diré esto, compañeros de armas; ésta ha sido una hazaña de un valor tal, que será cantada por los juglares durante miles de años. Y si es necesario nuestras victorias se contarán una por una, y nos sentiremos orgullosos de ella. Mejor que no fuera así, mejor no tener que luchar. ¡Pero nunca conoceremos la derrota!

—¡Pero Kolder ya no existe! —expuso Ingvald.

—Kolder ya no existe —accedió Simon—. Pero aún habrá muchas batallas que ganar, como ha dicho la hechicera, muchas batallas que ganar.

Extendió la mano, y Jaelithe se acercó para que la rodeara. En aquel momento no preveían ni derrotas, ni guerras, ni noches en Estcarp. No veía nada… más que lo que era suyo.

F I N

ANDRE NORTON fue el seudónimo con que se dio a conocer como escritora Alice Mary Norton, nacida en 1912 en Cleveland (Ohio, EE.UU.). Norton fue bibliotecaria de la sección infantil de la Cleveland Public Library hasta que, en 1958, se dedicó exclusivamente a su trabajo de escritora. Especialista de la ficción escrita para niños y adolescentes, Norton ha obtenido gran éxito con temáticas que siempre bordean tanto la ciencia ficción como la fantasía.

Su obra todavía se conoce poco en España, donde sólo se tradujeron dos o tres novelas en los años sesenta. Cabe destacar el gran éxito mundial de la serie del Mundo de Brujas, que ha alcanzado ya casi la docena de títulos y transcurre en un mundo de fantasía en el que la magia se explica por habilidades y poderes psi. Publicada en 1963 con la novela del Tipismo título, la serie se ha convertido en un clásico, habiendo sido una de las primeras y más famosas apariciones de la temática fantástica en la ciencia ficción clásica.

En 1983 la sociedad norteamericana de escritores de ciencia ficción (SFWA) concedió a Andre Norton el titulo de «Gran Maestro Nébula». Por ello, Norton es la primera y por ahora única mujer en el reducido y selecto grupo de escritores a los que se ha concedido tal honor por toda una vida dedicada con gran éxito a la ciencia

ficción y la fantasía. No en vano la prestigiosa revista *Life* la ha denominado «La gran dama de la ciencia ficción».

Durante el final de su carrera, y pese a su avanzada edad, Norton colaboró activamente en nuevas novelas de fantasía, como *Imperial Lady* (1989, escrita con Susan Schwartz [*Dama imperial*, 1991]), *The Elvenbane* (1991, con Mercedes Lackey) y otras colaboraciones como *El trillium negro*. También publicó la interesante antología *Moon Mirror* (1989).